

BERNARD SHAW

LUCHA DE SEXOS

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



Copyright, by Julio Broutá, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

LUCHA DE SEXOS

• Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

BERNARD SHAW

LUCHA DE SEXOS

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

· TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID,

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DEPL.^o

Teléfono número 551

—

1908

PERSONAJES

MISTRESS CLANDON.

GLORIA

DOLLY

FELIPE

} Sus hijos.

MISTER VALENTINE, dentista.

MISTER FINCH MAC-COMAS, abogado.

MISTER BOHUN, abogado.

UN CAMARERO.

UNA DONCELLA.

UN MOZO DE COMEDOR.

UN COCINERO.

Lugar de la acción: Una playa inglesa.—Época: 1896

NOTAS DEL TRADUCTOR

En el prólogo que escribí para mi traducción de *Arms And The Man*, la primera obra de Bernard Shaw por mí vertida al español, decía que habiendo adquirido el solemne compromiso de traducir en breve plazo las obras completas del referido autor inglés, me corría prisa el publicar desde luego la serie de obras escénicas que Shaw designó con el epígrafe general de *Plays Pleasant and Unpleasant*. La razón de esa prisa era la siguiente: La mencionada serie está contenida en dos tomos, que juntos suman 555 páginas, y comprende siete comedias. Cuando empecé á traducir, estábamos en Julio de 1907, y para el 1.º de Abril de 1908, tenían que estar traducidas y publicadas las siete obras de referencia. Traducir á un autor tan sutil como Shaw, á vuela pluma, es imposible, aun para quien conoce á fondo el idioma inglés, así es que al asumir la formidable tarea de traducir esos centenares de páginas en menos de nueve meses, confieso que me asaltaron dudas y temores. Como redactor corresponsal de numerosos periódicos extranjeros, estoy de continuo abrumado de trabajos, así que lo perentorio del plazo me angustiaba. ¡Cuántas circunstancias imprevistas, viajes é informaciones extraordinarias, encargadas por los periódicos, accidentes, enfermedades, et-

cétera, podían impedir el cumplimiento del compromiso!

Hoy me cabe la inmensa satisfacción de ver terminada, dos semanas antes del plazo fatal, la versión española de la séptima y última comedia de la precitada serie. ¡Todo se salvó, el honor inclusive!

Para que no se atribuya á capricho del autor el haberme impuesto el aludido plazo, diré que *Plays Pleasant and Unpleasant*, se imprimieron por primera vez en Marzo de 1898, y un artículo del acta de la conferencia internacional de Berna sobre propiedad intelectual dispone que á los diez años de la primera publicación de una obra literaria ó científica, si en este plazo no se ha traducido, caducan para su autor los derechos que se deriven de la traducción, y todo el que quiera puede traducirla sin abonar al autor derechos algunos.

Fué, pues, con el objeto de poner en salvo la propiedad intelectual de Shaw sobre la versión española de *Plays Pleasant and Unpleasant* por lo que he publicado las siete comedias, cuyos títulos son: «De Armas Tomar», «Cándida», «Los despachos de Napoleón», «Lucha de Sexos», «Non Olet», «El Enamorado» y «Trata de Blancas».

La publicación de esas piezas, sin embargo, trajo algún perjuicio, pues en América, donde no hay defensa legal contra la piratería literaria, se han apoderado de varias de ellas, representándolas sin abonar derechos. Así, por ejemplo, el 3 de Febrero de este año, se estrenó con gran éxito en el Teatro Victoria de Buenos Aires la comedia *Arms And The Man*, en mi traducción «De Armas Tomar». La función (día de moda) estuvo dedicada á la colonia in-

glesa, y el Director, D. Manuel de la Haza (muy señor mío), en su tarjeta de invitación, á vuelta de anunciar que «esta notable obra no era conocida aún de ningún público, sería la primera de la serie del mismo autor que la dirección pensaba poner en escena», hacía constar que dicha comedia «considerada por los críticos literarios como la perla de las obras de Shaw, es deliciosamente simpática por su comicidad».

La presente comedia es la cuarta y última de la serie *Pleasant Plays* (Piezas Agradables). En el original lleva el título de *You never can tell* (No podéis decir nunca). Le he dado el de *Lucha de Sexos* porque en esta pieza apuntan ya con toda claridad las teorías de Shaw, que más tarde desarrolló extensamente en su obra *Hombre y Superhombre*, acerca de la tragedia sexual, en la que el hombre vacila entre el horror á la esclavitud y los instintos que le atraen hacia la mujer, y la mujer con la implacable obstinación de la Naturaleza misma, busca un padre para sus hijos futuros, con el inconsciente fin de asegurar la propagación de la especie.

Esta pieza se estrenó el 26 de Noviembre de 1899 en el Teatro Independiente (*Stage Society*) de Londres. En 1900 el *Strand Theatre* dió de la misma seis representaciones de tarde con objeto de hacerla conocer á un público más extenso. En 1907 obtuvo en Nueva York un éxito sensacional, y en el mes de Mayo del mismo año se representó con igual éxito en el *Court Theatre* de Londres.

JULIO BROUTÁ.

Madrid 15 de Marzo de 1908.





ACTO PRIMERO

El salón de un dentista en una hermosa mañana de Agosto. No es el habitual cuchitril de Londres, sino la mejor habitación de un piso amueblado situado hacia el mar en una elegante población de playa. La silla de operar, con una bomba de gas y un cilindro al lado, está poco más ó menos entre el centro y un ángulo de la habitación. Si miráis la habitación desde la ventana que está enfrente de la silla, veis la chimenea en medio de la pared del lado opuesto, con una puerta á la izquierda, en la misma pared. Un diploma de dentista, en un marco, está colgado por encima de la chimenea; junto á la chimenea hay un sillón forrado de cuero negro; á la derecha, en el rincón, se halla un bonito taburete y un estante con tornillo, herramienta y un mortero con su mano. Cerca de aquel estante se yergue un aparato parecido á un látigo, provisto de una peana, un pedal y un manubrio exagerado. Reconociendo en él un horador dental, os estremecéis y apartáis la vista hacia la izquierda, en donde podéis ver otra ventana, debajo de la que hay una mesa de escribir con papel secante y un registro en ella, y delante, una silla. Junto á la mesa de escribir, hacia la puerta, hay un sofá forrado de cuero. La pared de enfrente, á vuestra derecha, está ocupada casi enteramente por una librería larga. La silla de operar está cerca de ella, enfrente vuestra, con el arsenal de instrumento al alcance, por la izquierda. Observais que el mueblaje y los aparatos profesionales son nuevos, y que el papel de las pare-

des, representando guirnaldas y urnas, revela el gusto de un empresario de pompas fúnebras; echais de ver la alfombra con sus simétricas hileras de ricos ramilletes en forma de berzas; la araña de gas, de cristal; los candelabros ornamentales esmaltados de azul y dorado en los extremos de la ménsula de la chimenea con fanales, y entre ellos, el reloj de bronce dorado, también debajo de un fanal (su inutilidad se patentiza por la presencia de un reloj americano barato, irrespetuosamente colocado al lado, que ahora indica las doce del mediodía); todo combinado con el mármol negro de la chimenea, que da á ésta el aspecto de un pequeño panteón de familia, contribuye á evocar la idea de que el dueño de la casa debió de ser un respetable comerciante á principios del reinado de la reina Victoria, el que consideraba al dinero como á Dios supremo, era fanático de la Biblia, temía el infierno al par que la pobreza, tenía horror instintivo al carácter pasional del arte, al amor y á la religión católica; en una palabra, nos encontramos en presencia de las primeras manifestaciones de la plutocracia en los albores de la revolución industrial.

No hay ni sombra de esas tradiciones en las dos personas que en el momento se hallan en la habitación. Una de ellas, una muchacha lindísima, cuya diminuta figura viste con la más exquisita elegancia, es de una generación más reciente y tendrá á lo sumo dieciocho años. Esta encantadora criatura, evidentemente no pertenece á la habitación, ni siquiera al país, porque su tez, á pesar de ser muy delicada, está tostada por un sol más caliente que el de Inglaterra; y, sin embargo, para un observador muy sutil existe algún nexo entre ella y lo que la rodea. En la mano tiene un vaso de agua, y mientras su boquita apretada y sus bien delineadas cejas expresan por un momento un dolor violento sufrido con firmeza espartana, su frente tersa es inocente como la de una gatita.

El dentista, mirándola con la satisfacción de un operador de éxito, es un joven de unos treinta años. No hace la impresión de ser un trabajador excesivo; el aire profesional del dentista recién establecido desaparece ante cierta amable despreocupación que caracteriza al joven soltero en busca de aventuras divertidas. No le falta cierta dignidad, pero las tías aletas de su nariz parecen revelar que es la dignidad del bromista. Sus

ojos son claros, vivos, escépticos y algo inquietos; tiene una frente magnífica y amplia; su nariz y su barba están muy bien formadas. En suma, es un principiante simpático y notable, de cuyo porvenir un hombre de negocios auguraría muy favorablemente.

JOVEN (Dándole el vaso.) Gracias. (A pesar de su tez morena habla sin acento extranjero.)

DENT. (Pone el vaso sobre el borde de la caja de instrumentos.) Este ha sido el primer diente que saqué.

JOVEN (Asustada.) ¡El primero! ¿Quiere usted decir con eso que ha empezado conmigo su práctica?

DENT. Alguien ha de ser el primero.

JOVEN Alguien en los hospitales, pero no alguien que paga.

DENT. (Riendo.) ¡Oh! El hospital no cuento. Solo quise decir que era mi primera operación en la práctica privada. ¿Por qué no quiso usted que le diera gas?

JOVEN Porque dijo usted que costaría cinco chelines extra.

DENT. (Herido en su delicadeza.) ¡Oh! no diga usted eso. Parece como que la he hecho sufrir por la cuestión de cinco chelines.

JOVEN (Con fría insolencia.) Pues así es. (Levantándose.) Además, no tiene nada de particular. Es su oficio el hacer sufrir á la gente. (A él le divierte ser tratado así; se ríe silenciosamente al empezar á limpiar y ordenar sus instrumentos. Ella pone en orden su traje y mira con curiosidad por toda la habitación; va hacia la ventana.) Tiene usted una bonita vista al mar desde esta habitación. ¿Paga usted mucho por el cuarto?

DENT. Ya lo creo.

JOVEN No ocupa usted toda la casa, ¿verdad?

DENT. No.

JOVEN (Cogiendo la silla que está junto á la mesa de escribir y mirándola con atención mientras la hace girar en una pata.) Los muebles no son de última moda, ¿verdad?

DENT. Son de mi casero.

- JOVEN ¿También es de él aquella cómoda mecedora? (Enseñando la silla de operar.)
- DENT. No, esa la he alquilado.
- JOVEN (Despreciativa.) Me lo figuré. (Mirando á su alrededor para encontrar más de que hablar.) Creo que no hace mucho tiempo que está usted aquí.
- DENT. Hace sólo seis semanas. ¿Hay algo más que quiera usted saber?
- JOVEN (No comprendiendo la alusión.) ¿Tiene usted familia?
- DENT. Soy soltero.
- JOVEN Naturalmente, eso se ve desde luego. Lo que yo preguntaba es si tenía usted madre, ó hermana, ó cosa así.
- DENT. Nada de eso.
- JOVEN Vaya. Diga usted, se me ocurre, si está usted aquí desde hace seis semanas y mi diénte fué el primero que sacó, no tendrá una clientela muy grande.
- DENT. Todavía no. (Cierra la caja de herramientas después de haber puesto todo en orden.)
- JOVEN Pues que tenga mucha suerte. (Saca el portamonedas.) Son cinco chelines, ¿verdad?
- DENT. Cinco chelines, eso es.
- JOVEN (Sacando una pieza de una corona.) ¿Toma usted cinco chelines de cada operación?
- DENT. Sí.
- JOVEN ¿Por qué?
- DENT. Es mi sistema. Soy un dentista de á cinco chelines.
- JOVEN ¡Qué gracioso! ¡Pues tome (Levantando la pieza al aire.) una pieza de corona, limpia y nueva. Su primer ingreso. Hágame un agujero con aquel chisme con el que horada las muelas y llévele de dije.
- DENT. Muchas gracias.
- DONC. (Apareciendo en la puerta.) Ahí está el hermano de la señorita.
- Un guapo muchacho en miniatura, evidentemente el gemelo de la señorita, entra con prisa. Lleva un traje de cachemir de color de terracotta; la americana elegantemente cortada, tiene cuello y solapas de seda color café. Tiene en la mano un sombrero hongo color café y guantes de color parecido. La tez es la misma

que la de su hermana, y su estatura también muy pequeña, como la de ella. Pero es musculoso y fuerte, elástico y decidido en sus movimientos. Su manera de hablar es, más de lo que se podía esperar, incisiva y su voz tiene una entonación muy honda. Su aplomo podría dar envidia á hombres de muchos más años. Sabe dominarse perfectamente y ostenta siempre maneras finas, y aunque todo eso, bien considerado, no es si no el modo de ser afectado de los muchachos modernos, no deja de producir cierta impresión en las personas de más edad y, si no fuera por su simpática juventud, sería inaguantable. Es la vivacidad personificada, y ya al entrar tiene una pregunta en la punta de la lengua.

EL JOVEN

¿Llego á tiempo?

JOVEN

No, ya acabó todo.

EL JOVEN

¿Chillaste mucho?

JOVEN

Un poquito. Mister Valentine, (Pronúnciese Valentain. N. D. T.) este es mi hermano Felipe. Felipillo: este caballero es mister Valentine, nuestro nuevo dentista. (Valentine y Felipe se inclinan mutuamente. Ella prosigue, todo en un aliento.) No hace sino seis semanas que está en esta población y es soltero. La casa no es de él, y los muebles son del casero, pero el sillón de operar lo alquiló en otra parte. Me sacó el diente muy bien, del primer tirón, y él y yo somos amigos.

FEL.

A este señor le habrás abrumado con preguntas, como si lo viera.

JOVEN

(Como si ella fuera incapaz de hacer cosa semejante.)

¡Yo! Nada de eso.

FEL.

Me alegro. (A Valentine.) Caballero, debe usted dispensarnos. El caso es que nunca hemos estado en Inglaterra hasta ahora, y nuestra madre ya nos dijo que la gente aquí no nos podría aguantar. Venga usted á almorzar con nosotros. (Valentine está espantado por la rapidez conque adelantan sus relaciones y trata de respirar, pero no puede meter baza, porque los gemelos no cesan de hablar con la mayor volubilidad.)

DOLLY

Sí, venga usted.

FEL.

Estamos en el Hotel de la Marina y le esparemos á la una y media.

- DOLLY Podremos decir á mamá que un caballero inglés de posición decente se sirve almorzar con nosotros.
- FEL. Mister Valentine, no diga usted más: almorzará con nosotros; nada, nada.
- VAL. ¡Que no diga más! Pero si no he abierto la boca todavía. ¿Me permiten preguntar con quienes tengo el gusto de hablar? No puedo almorzar en la fonda con personas que no sé cómo se llaman.
- DOLLY Pero, ¿qué más da? Sus dientes no le echarán de menos. ¡Para uno que tiene cada seis semanas!
- FEL. (Con aire de superioridad.) No hables así, Dolly; mi conocimiento del mundo confirma plenamente el concepto de mister Valentine. El tiene razón. Permítame que le presente á miss Dorotea Clandon, comunmente llamada Dolly. (Valentine le hace una reverencia á Dolly. Ella se inclina ligeramente.) Yo soy Felipe Clandon. Somos de la isla de Madera; pero, á pesar de ello, gente decente.
- VAL. ¡Clandon!... ¿Son ustedes parientes de...?
- DOLLY (Gritando con desesperación.) Sí, somos.
- VAL. (Asombrado.) Dispense usted.
- DOLLY ¡Oh, sí, sí, somos! Ya se acabó todo, Felipe; ya lo saben todo en Inglaterra, todo lo que nos pasa. (A Valentine.) ¡Oh! no sabe usted lo terrible que es ser pariente de una persona célebre y no ser apreciado nunca por sí mismo.
- VAL. Pero dispense usted; el caballero á quien me refiero no tiene nada de célebre.
- DOLLY (Mirándole con asombro.) ¡Caballero ha dicho usted! (Felipe también está asombrado.)
- VAL. Sí. Iba á preguntarla á usted si tal vez era hija de mister Densmore Clandon, de Newbury Hall. (Proúnciese Niubre Hol. N. D. T.)
- DOLLY (Distráida.) Pues no.
- FEL. Eso es mucho decir, Dolly; ¿cómo lo sabes?
- DOLLY (Divertida.) ¡Oh, es verdad, lo olvidaba! Claro, tal vez sea yo hija de aquel señor.
- VAL. ¿No lo sabe?
- FEL. Ni pizca.

- DOLLY Somos huérfanos.
FEL. (Interrumpiéndola bruscamente.) ¡Chist! (Valentine se pone nervioso y no sabe qué decir. El sonido emitido por Felipe se parece al que se produce cuando se corta en dos una camisa de seda. Es el resultado de una larga práctica encaminada á oponerse á las indiscreciones de Dolly.) El caso es, mister Valentine, que somos hijos de la célebre mistress Lanfrey Clandon, una escritora de gran fama... en Madera. No hay casa completa sin sus obras. Hemos venido á Inglaterra á ver si las vendemos. Se llaman los tratados del siglo XX.
- DOLLY La cocina del siglo XX.
FEL. Las creencias del siglo XX.
DOLLY El vestido del siglo XX.
FEL. La conducta del siglo XX.
DOLLY Los niños del siglo XX.
FEL. Los padres del siglo XX.
DOLLY En rústica, medio dollar.
FEL. O encuadernados para uso diario de las familias, dos dollars. No debieran faltar en ninguna familia. Léalas, mister Valentine, ensancharán sus vistas.
- DOLLY Pero no hasta que no nos hayamos marchado.
- FEL. Sí, es verdad, preferimos á las personas sin vistas ensanchadas. Las nuestras propias están en su estado primitivo y natural.
- VAL. ¡Hum!
- DOLLY (Imitándole.) ¡Hum!... Felipe, este señor prefiere, por lo visto, á la gente de vistas anchas.
- FEL. En ese caso tendremos que presentarle al otro miembro de la familia: á la mujer del siglo XX, nuestra hermana Gloria.
- DOLLY (Ditirámica.) La obra maestra de la Naturaleza.
- FEL. La hija de la ciencia.
- DOLLY El orgullo de Madera.
- FEL. El *summum* de la hermosura.
- DOLLY (Volviéndose de repente prosaica.) Tontería. Su tez deja bastante que desear.
- VAL. (Desesperado.) ¿Me permiten decir una palabra?

- FEL. (Cortés.) Dispénsenos. Hable usted.
- DOLLY (Muy amable.) ¡Cuánto siento haberle interrumpido!
- VAL. (Tratando de hablarles paternalmente.) Debo hacerles á ustedes, mis jóvenes amigos, una pequeña advertencia.
- DOLLY (No pudiéndose contener.) ¡Oh, sí, eso me gusta! ¿Cuántos años tiene usted?
- FEL. Más de treinta.
- DOLLY Quiá, te equivocas.
- FEL. No me digas.
- DOLLY Veintisiete cuando más tiene.
- FEL. Pues yo te digo que tiene treinta y tres.
- DOLLY Tonterías.
- FEL. (A Valentine.) Apelo á usted, mister Valentine.
- VAL. (Reconviniéndoles) Señores. . (Resignándose.) en fin, bueno, treinta y uno.
- FEL. (A Dolly.) No tenías razón, va lo oyes.
- DOLLY El que no la tenía eras tú.
- FEL. (Reportándose de repente.) Dolly, me parece que nos estamos portando muy mal.
- DOLLY Es verdad.
- FEL. Dispense usted, mister Valentine, que le hayamos interrumpido.
- DOLLY Creo que iba usted á tratar de ensanchar nuestras vistas.
- VAL. La verdad es que su...
- FEL. (Interrumpiéndole.) Nuestro aspecto...
- DOLLY Nuestros modales.
- VAL. (Desesperado.) Por Dios, déjenme hablar.
- DOLLY Lo de siempre. Hablamos demasiado.
- FEL. Sí, sí, es verdad. Callémonos los dos. (Se sienta en el brazo de la silla de operar.)
- DOLLY ¡Hum! (Se sienta en la silla á la mesa de escribir y se cierra los labios con las puntas de los dedos.)
- VAL. Muy bien (Trae el taburete del rincón, lo coloca entre los dos y se sienta con aire de juez. Ellos esperan con extremada seriedad lo que va á decir. Se dirige primero á Dolly.) Para empezar quisiera saber si ustedes han estado ya antes en una población de playa inglesa. (Ella meneaba la cabeza. Valentine se vuelve hacia Felipe quien meneaba la cabeza á prisa y expresivamente.)

te.) Ya me lo figuraba. Pues bien, mister Clandon, aunque hace sólo un rato que nos conocemos, ya hemos hablado mucho, y creo haberlos observado lo suficiente para deducir que ustedes no tienen una idea de lo que es la vida en una playa inglesa. No se trata de modales y de apariencia. En ese concepto disfrutamos de una libertad desconocida en Madera. (Dolly meneaba vehementemente la cabeza.) Sí, sí, créame. La hermana de Lord Cresci anda en bicicleta llevando calzón bombacho, y la esposa del rector lleva traje reformado y calza sandalias. (Dolly furtivamente se mira los pies; Valentine la sorprende en ello y añade al punto.) No son como los lindos zapatos de usted. (Dolly retira los pies.) En Inglaterra nos preocupamos muy poco del vestir y de los modales. Ya es sabido, los ingleses vestimos mal y tenemos malas maneras. Pero... y ahora dispénsenme la franqueza. (Ellos hacen un gesto de condescendencia.) gracias... pues bien, hay una sola cosa que en una playa inglesa tienen ustedes que tener á la fuerza, si se han de tratar con las personas, y esa cosa es un padre, vivo ó muerto. (Los mira alternativamente con seriedad. Ellos sufren horriblemente bajo esas miradas.) ¿Debo inferir acaso que ustedes han omitido esta parte indispensable de su equipo social? (Ellos menean afirmativa y melancólicamente la cabeza.) Entonces, siento mucho tener que decirles que si piensan permanecer algún tiempo en esta población, no puedo aceptar su amable invitación de almorzar con ustedes. (Se levanta como dando por terminada la entrevista y vuelve á colocar el taburete en su rincón.)

FEL.

(Levantándose con cortesía seria.) Vámonos Dolly. (Le da el brazo.)

DOLLY

Adiós. (Van los dos hacia la puerta con perfecta dignidad.)

VAL.

(Vencido por los remordimientos) ¡Oh! no se vayan, esperen un momento. (Se paran y vuelven, siempre del brazo.) Parece que me consideran como un groserote.

- DOLLY. Nosotros no, pero tal vez su conciencia.
VAL. (Enérgico y abandonando del todo, su tono profesional.) ¡Mi conciencia! Mi conciencia ha sido mi ruina. Oiganme. ¡Ya dos veces me establecí como médico en diferentes poblaciones de Inglaterra! En ambos casos obré con toda conciencia y dije á mis pacientes la verdad pura en vez de engañarlos como ellos hubieran querido. El resultado fué mi ruina. Ahora me he establecido como dentista, como dentista de á cinco chelines, y sigo obrando con conciencia. Esta es mi última probabilidad. Me gasté el último soberano en la mudanza y todavía no he podido pagar ni un chelín del nuevo alquiler. Estoy comiendo y bebiendo á crédito; mi casero es rico como un judío y duro como el acero, y he ganado cinco chelines en seis semanas. Si me aparto un tanto así de las normas de la más rígida respetabilidad, soy hombre perdido. Comprenderán ustedes que en estas circunstancias me es imposible almorzar con ustedes, ya que no conocen á su padre.
- DOLLY. En cambio conocemos á nuestro abuelo, que es canónigo de la catedral de Lincoln.
- VAL. (Cual marino náufrago en proceloso mar que ve una vela en el horizonte.) ¡Cómo! ¡Tienen ustedes abuelo!
- DOLLY. Uno solo.
- VAL. Mis queridos jóvenes amigos, ¿por qué no me lo han dicho desde un principio? ¡Un canónigo de Lincoln! Esto lo arregla todo, naturalmente. Un momento me dispensarán mientras me pongo otro traje. (Se lanza hacia la puerta y desaparece. Dolly y Felipe le siguen con la mirada y luego se miran mutuamente. No viéndose observados recaen en seguida en la ordinariéz.)
- FEL. (Soltando el brazo de Dolly y avanzando malhumorado hacia la silla de operar.) Ese sacanuelas tro-nado pone tantas dificultades para aceptar un almuerzo, como si fuese un honor para nosotros el matarle el hambre. Regularmente no habrá comido caliente desde hace varios meses. (Da un golpe á la silla como de ira.)

DOLLY. Es demasiao lo bestial lo que pasa. No puedo aguantarlo más, Felipe. Aquí en Inglaterra lo primero que le preguntan á uno es si tiene padre.

FEL. Yo tampoco estoy dispuesto á aguantarlo. Mamá tiene que decirnos quién fue nuestro padre.

DOLLY. O quién es; puede que viva.

FEL. No lo espero. Ningún vivo hará de padre conmigo, te lo aseguro.

DOLLY. Sin embargo, puede que sea muy rico.

FEL. Lo dudo. Mis conocimientos del mundo me hacen suponer que, si fuese tan rico, no se hubiese tan fácilmente quitado de encima á su amante familia. De todos modos, miremos las cosas por su lado mejor. Creeme que murió. (Va hacia la chimenea y se pone de espalda á ella, patiabierta. La Doncella entra. Los gemelos, en presencia de ella, vuelven de repente á adoptar sus actitudes atildadas.)

DONC. Señorita, allí hay dos señoras que preguntan por usted. Dicen que son su mamá y su hermana.

Mistress Clandon y Gloria entran. Mistress Clandon es una señora de cuarenta á cincuenta años con una ligera tendencia á engordar y restos muy apreciables de belleza, sin afeites de ninguna clase, pues por lo visto en esto sigue la venerable regla antigua de que la mujer casada no debe componerse. Casi se la podría sospechar de llevar papalina para andar por casa. Su porte tiene algo de artificial, como se lo enseñaban antaño á las mujeres los profesores de baile hasta que fueron reemplazados por el culto artístico moderno de la belleza y la salud. Su cabello rubio claro, en el que brillan hilos plateados, está ondulado, con una raya por medio, y recogido por atrás en un nudo grueso, de lo que los observadores de cierta edad pueden deducir que mistress Clandon en su mocedad tuvo bastante individualidad y buen gusto para oponerse resueltamente á la adopción del moño hoy olvidado. En resume: tanto en lo que concierne á sus maneras como á su traje y peinado, no va con la moda del día, pero sí á la cabeza de su propia época (que fué entre el 1860 y el 1880) por su carácter valiente y su inteligencia clara,

y ser mujer más bien de intereses intelectuales que de afectos pasionales. Su voz y sus modales son suaves y amables, y en cierto modo goza en acentuar su bondad natural que le granjean el cariño de sus hijos. Pero la exteriorización de sentimientos personales en el fondo la impresionan desagradablemente; en ella la pasión es más humanitaria que humana; se interesa vivamente por cuestiones y principios sociales y no por las personas. Únicamente se puede observar que trata á Dolly con muchísimo más cariño que á Felipe y Gloria; esto se revela en todas las inflexiones de su voz. No es de extrañar, por tanto, que sus mimos hayan echado a perder por completo el carácter de Dolly.

Gloria, que apenas pasa de veinte años, es una persona mucho más temible que su madre. Es la encarnación del orgullo y la altanería. Su carácter dominante sólo es refrenado por la inexperiencia de su juventud y el constante peligro de caer en ridículo ante sus hermanos menores. En nada parecida á su madre, es toda pasión, y el conflicto de su carácter apasionado con su orgullo tiene por resultado una gran frialdad de maneras. En una mujer fea todo eso sería repulsivo, pero Gloria es muy hermosa. Su pelo es de color castaño obscuro, su tez morena, sus pestañas son largas, sus ojos grises tienen á veces un brillo extraordinario, sus labios algo gruesos están muy bien delineados; todo eso y su cuerpo de hermosas curvas, hieren poderosamente la imaginación y los sentidos. Sería una muchacha peligrosa, á decir verdad, si las cualidades morales de Gloria no encontraran su expresión noble en una frente perfecta. Su traje, hechura de sastre de seda color castaño azafrañado, parece adocenado visto por detrás, pero de frente se ve un peto de seda verde mar elegantísimo, que le da un aspecto, lo mismo que sucede con sus dos hermanos, bastante distinto del de la generalidad de los demás veraneantes.

Mistress Clandon avanza unos pasos por la habitación y mira á su alrededor para ver quién está. Gloria, que deliberadamente evita demostrar el mas mínimo interés por sus hermanos, va á la ventana y mira absorta afuera. La Doncella, en vez de retirarse, cierra la puerta y espera delante de ella.

CLAN.

¿Qué tal, hijos míos? ¿Cómo va el dolor de muelas, Dolly?

- DOLLY Ya estoy bien, gracias á Dios. Me sacaron el diente careado. (Se sienta en el estribo de la silla de operar. Mistress Clandon toma la silla que está delante de la mesa de escribir.)
- FEL (Avanzando con aire de gravedad desde la chimenea.) Y el denti-ta, una lumbrera en su profesión al par que un caballero de la mejor sociedad, va á ir á almorzar con nosotros.
- CLAN. (Mirando con aprensión hacia la Doncella) ¡Felipe!
- DONC. Dispense usted, señora. Estoy esperando á mister Valentine. Tengo un recado para él.
- DOLLY ¿De quién?
- CLAN. (Reconviniéndola.) ¡Pero Dolly! (Dolly se cierra la boca con las puntas de los dedos y disimula una pequeña explosión de alegría.)
- DONC. Es del casero, señora.
- (Valentine, en traje de jerga azul, con sombrero de paja en la mano, vuelve de excelente humor, sin aliento, por la prisa que se ha dado. Gloria se vuelve desde la ventana y le examina con fría atención.)
- FEL. Permítame que le presente, mister Valentine. Mi madre, mistress (Pronúciense misis. N D. T.) Lanfrey Clandon. (Mistress Clandon se inclina. Valentine le hace una reverencia con la mayor soltura.) Mi hermana Gloria. (Gloria se inclina con fría dignidad y se sienta en el sofá. Valentine se enamora de ella á primera vista y queda indeciblemente confuso. Nerviosamente revuelve su sombrero entre sus dedos y le hace una reverencia de las más desgraciadas.)
- CLAN. Según tengo entendido tendremos el gusto de que almuerce usted con nosotros, mister Valentine.
- VAL. Muchas gracias... hum... si no estorbo... digo, si es usted tan amable... (A la Doncella, algo brusco.) ¿Qué desea?
- DONC. El casero, señor, desea hablarle antes de que usted salga.
- VAL. ¡Bah! Dígale que tengo aquí cuatro pacientes. (Los Clandon se miran sorprendidos, excepto Felipe, que permanece imperturbable.) Pero, si quiere esperar dos minutos, bajaré á hablarle un momento. (Dándose importancia.) Dígale que estoy muy ocupado pero que, sin embargo, iré á verle.

- DONC. Bien, señor. (Sale.)
- CLAN. (Queriéndose levantar.) Me temo que le estemos deteniendo.
- VAL. Por Dios, nada de eso. La presencia de ustedes podrá ser de un gran recurso para mí. El caso es que debo el alquiler de seis semanas y hasta hoy no había acudido ni un solo paciente. Mi entrevista con el casero será menos desagradable ahora por el aparente mejoramiento de mis negocios.
- DOLLY. (Contrariada.) Pero, hombre, ¿qué necesidad tenía usted de decir todo eso? Nosotros, precisamente, acabábamos de afirmar que era usted un dentista de brillante posición.
- CLAN. (Horrorizada.) ¡Por Dios, Dolly, Dolly! ¿Cómo puedes ser tan sin miramientos? (A Valentine.) Mister Valentine, dispense usted a esos bárbaros hijos míos.
- VAL. No haga usted caso, señora. Ellos y yo nos entendemos perfectamente. ¿Quieren ustedes hacerme el favor de esperarme aquí cinco minutos, mientras despacho a mi casero?
- DOLLY. No tarde usted mucho, que tenemos hambre.
- CLAN. (Reconviniéndola otra vez.) ¡Dolly, vamos!
- VAL. (A Dolly.) Descuide. Vuelvo al instante. (Lanza una mirada a Gloria y se vuelve para salir. Gloria le mira con seriedad. Se ruboriza él.) Me... me... dispensarán. (Sale de un modo ridículo.)
- FEL. ¿Habéis notado? (Señalando a Gloria.) Amor fulminante. Gloria, puedes añadir su escalpo a tu colección.
- CLAN. ¡Christ! Felipe. Podría haberte oído.
- FEL. El, ¡quial! (Tomando alientos para una escena.) Y ahora, mamá, escúchame. (Coge el taburete del rincón y se sienta majestuosamente en medio de la habitación, imitando el tono de la anterior exposición de Valentine. Dolly, persuadida de que su posición en el estribo de la silla de operar no corresponde a la dignidad de la ocasión, se levanta y toma un aire de importancia y determinación. Avanza hacia la ventana y se queda de pie, de espalda a un extremo de la mesa de escribir, con las manos detrás, sobre la mesa.)

Mistress Clandon los mira con asombro. Gloria empieza á prestar atención. Felipe se incorpora, coloca las manos sobre las rodillas y abre el fuego.) Dolly y yo hemos estado hoy hablando de ciertas cosas, y dado mi conocimiento del mundo, no creo que... es decir, no creemos que tú, mamá... (Hablando con gravedad y lentitud.) te hayas compenetrado bien del hecho...

DOLLY. (De un salto se sienta en la mesa.) De que ya no somos criaturas.

CLAN. ¿De vera? ¿En qué, pues, os he dado motivo de queja?

FEL. Mira, hay ciertos asuntos respecto de los que empezamos á opinar que debieras un poco más hacernos confidentes.

CLAN. (Levantándose de repente muy excitada é indignada, precipitándose hacia él.) Cuidado, Felipe. No olvides lo que siempre te he enseñado. Hay dos clases de vida familiar, Felipe, y tu conocimiento del mundo sólo se extiende á una de ellas hasta la fecha. (Con tono retórico.) La vida familiar que conoces se funda en el respeto mutuo, en el reconocimiento del derecho de cada individuo de la familia á su independencia é intimidad personal. (Acentúa estas dos últimas palabras.) Y como siempre habéis gozado de esas ventajas, parece que no las apreciáis. Pero (con acrimonia amarga.) hay otra clase de vida familiar; una vida en la que los maridos abren las cartas de sus mujeres y les piden cuenta del gasto de cada céntimo y del empleo de cada momento; en la que las mujeres hacen lo mismo con sus hijos; en la que no hay habitación reservada, ni sagrada hora alguna; en la que la obligación, la obediencia, el afecto, el hogar, la moralidad y la religión son tiranías detestables, y la existencia es una vulgar cadena de castigos y mentiras, esclavitud y rebeldía, celos, sospechas, engaños y recriminaciones. ¡Oh, no os la puedo describir; felizmente para vosotros no la conocéis! (Se sienta jadeante. Gloria le escuchó con ojos centelleantes y comparte toda la indignación de su madre.)

- DOLLY (Inaccesible á la retórica.) Véase «Los padres del siglo XX», capítulo «De la libertad».
- CLAN. (Tocándole cariñosamente el hombro, sin ofenderse por nada de lo que ella dice.) Querida Dolly, cuánto me alegro de que todo lo tomes á broma, por mas que para mí es cosa muy seria. (Con más decisión, volviéndose hacia Felipe.) Felipe, nunca te pregunto por tus asuntos particulares. Supongo que no querrás preguntarme por los míos.
- FEL. El caso es, mamá, que lo que tenemos que preguntarte es tanto asunto particular nuestro como tuyo.
- DOLLY Además, no es bueno tener una porción de cuestiones enfrascadas dentro de sí. Tú lo hiciste, mamá, pero ya ves qué mal resulta.
- CLAN. Veo que queréis á todo trance interrogarme. Pues, bien, adelante.
- DOLLY }
FEL. } (Hablando al mismo tiempo) ¿Quién...? (Se paran.)
- FEL. Bueno, Dolly, ¿en qué quedamos? ¿Soy yo quien lleva este asunto ó tú?
- DOLLY Tú.
- FEL Entonces, cállate. (Dolly se cierra la boca con los dedos.) La cuestión es bien sencilla. Cuando el sacamuelas...
- CLAN. (Reconviniéndole.) ¡Por Dios, Felipe!...
- FEL Mira, mamá, dentista me parece una palabra fea. El hombre del marfil y del oro, para emplear otro término, nos preguntó si éramos hijos de mister Densmore Clandon, de Newbury Hall. Pues bien, observando los preceptos de tu tratado sobre la conducta en el siglo XX y las repetidas exhortaciones personales que nos diste de restringir lo más posible las mentiras inútiles, nosotros contestamos sinceramente que no lo sabíamos.
- DOLLY Como que realmente no lo sabemos.
- FEL ¡Pch! En fin, el resultado fué que el susodicho rompemandibulas puso la mar de dificultades para aceptar nuestra invitación, á pesar de que, regularmente, no habrá comido más que tostadas con té en los últimos

quince días. Ahora te diré que mi conocimiento del mundo me indica á creer que hemos tenido un padre, y que tú debes saber quién fué.

CLAN. (Volviendo á su excitación.) Cállate, Felipe, hazme el favor. Vuestro padre no fué nadie para vosotros ni para mí. (Con vehemencia.) Esto basta. (Los gemelos se quedan callados, pero no satisfechos. Bajan la vista. Pero Gloria que ha estado siguiendo la disputa con atención, interviene de repente.)

GLOR. (Avanzándose.) Mamá, realmente, tenemos derecho á saberlo.

CLAN. (Levantándose y encarándose con ella.) ¡Gloria! ¿Qué dices?

GLOR. (Sin inmutarse.) Pues que nosotros, tus hijos, tenemos el derecho de saber quién fué nuestro padre.

CLAN. (Ofendida.) Gloria, ¿qué modo es ese de hablarme!

FEL. (Se levanta con decisión y pone el taburete otra vez en su sitio.) Te estamos molestando, mamá, dejemos la conversación. No creíamos que lo tomarías tan á pecho. Por mi parte, no quiero saberlo.

DOLLY. (Avanzando desde la mesa.) Yo tampoco. Mamá, no te pongas así, que no es para tanto. (Mira enfadada hacia Gloria.)

CLAN. (Tocándose rápidamente los ojos con el pañuelo y volviéndose á sentar.) Gracias, querida. Gracias, Felipe.

GLOR. (Inexorable.) Tenemos derecho á saberlo, mamá.

CLAN. (Indignada.) ¡Como! ¿Tú insistes?

GLOR. ¿Es tu intención que no lo sepamos nunca?

DOLLY. Por Dios, Gloria, cállate, no seas cruel.

GLOR. (Con tranquilo enfado.) ¿De qué sirve ser débil? Ya ves lo que ha pasado aquí con ese caballero, mamá. Lo mismo me ha pasado á mí varias veces.

CLAN. ¿Qué quieres decir?

DOLLY. Cuenta, á ver.

FEL. ¿Qué te ha pasado?

GLOR. Nada de particular. (Se aparta de ellos y va hacia

} Todos juntos.

el sillón delante de la chimenea, en el que se sienta, casi de espaldas á ellos. Estando ellos esperando con curiosidad, ella añade, por encima del hombro, con estudiada indiferencia:) A bordo del vapor, el primer teniente me pidió relaciones.

DOLLY. Mentira, fué á mí á quien se declaró.

CLAN. ¡El primer teniente, dices, Gloria! ¿Hablas formalmente?... ¿Y qué le digiste? (Rectificándose.) Dispensa, que no tengo derecho á preguntar eso.

GLOR. Se cae de su peso. Una mujer que no sabe quién fué su padre, no puede aceptar semejantes ofrecimientos.

CLAN. Seguramente que tampoco tendrías gusto en aceptarlos.

GLOR. (Volviéndose un poco y levantando la voz.) No, pero supón que hubiese tenido gusto.

FEL. ¿Te hubieses tú arredrado por esa dificultad, Dolly?

DOLLY. Quiá. Tanto es así que acepté su proposición.

GLOR. ¡Qué aceptaste!

CLAN. ¡Dolly!

FEL. Pero, ¿qué oigo?

} Todos gritando á la vez.

DOLLY. (Ingenua.) Parecía tan bobo...

CLAN. Pero, ¿por qué hiciste eso, Dolly?

DOLLY. Por broma, ya puedes figurarte. Quiso tomar la medida de mi dedo para el anillo nupcial. Yo creo que hubieses hecho lo mismo.

CLAN. Yo no, Dolly. Por cierto que debo confesar que el primer teniente también se me declaró á mí y le dije que con esas cosas fuese a mujeres bastante jóvenes para divertirse con ello. Parece haber seguido mi consejo. (Se levanta y va hacia la chimenea.) Gloria, siento mucho que me creas débil, pero no puedo decirte lo que deseáis. Sois todos demasiado jóvenes.

FEL. Eso es apartarse completamente de los «Principios del siglo XX».

DOLLY. (Citando.) «Contesta todas las preguntas de tus hijos y contéstalas con verdad, tan pronto como ellos tengan la suficiente edad para

hacerlas.» Véase «La Maternidad en el siglo XX».

FEL. Página primera.

DOLLY Capítulo primero.

FEL. Párrafo primero.

CLAN. Queridos míos, no he dicho que sois demasiado jóvenes para entender. He dicho que sois demasiado jóvenes para que os haga mis confidentes. Sois todos muy listos y muy inteligentes, pero me alegro por vosotros de que todavía tengáis poca experiencia de la vida y, por lo tanto, no podáis comprender ciertas cosas. Entre mis experiencias hay algunas de las que solo puedo hablar con personas que hayan pasado por otras iguales. Dios quiera que nunca merezcáis mi confianza por ese concepto. Pero procuraré que sepáis todo lo que necesitéis saber. ¿Os basta eso?

FEL. ¡Otra ofensa, Dolly!

DOLLY ¡Que no comprendemos ciertas cosas!

GLOR. (Echando el cuerpo hacia adelante en su silla y levantando la vista hacia su madre) Mamá, no creía yo que había ciertas cosas que yo no comprendiese.

CLAN. (Cariñosa.) No te preocupes, hija mía; comprendo perfectamente vuestra curiosidad.

GLOR. (Levantándose) Pero mamá...

CLAN. (Retrocediendo un poco.) ¿Pues?

GLOR. (Con obstinación.) Es una tontería decirnos que nuestro padre no es nada para nosotros.

CLAN. (Provocada á súbita resolución.) ¿Te acuerdas de tu padre?

GLOR. (Meditando como si sus recuerdos fueran tiernos) No estoy segura del todo, pero creo que sí.

CLAN. (Con amargura) ¡No estás segura!

GLOR. No.

CLAN. (Con calma y energía.) Gloria, si alguna vez yo te hubiese pegado, (Gloria retrocede, Felipe y Dolly están penosamente impresionados; los tres la miran fijamente, sublevados, mientras prosigue imperterrita.) pegado sin razón, fríamente, con el solo propósito de hacerte daño, con una fusta comprada al efecto, ¿lo recordarías? (Gloria

ria emite una exclamación de repulsión indignada.)
Ese hubiese sido el último recuerdo de tu padre, Gloria, si yo no te hubiera separado de él. Lo segregué de tu existencia: procura segregarle también de la mía no volviendo á mencionarle en mi presencia.
(Gloria, con un estremecimiento, se tapa la cara con las manos durante un momento. Oyendo á alguien en la puerta se vuelve hacia otro lado y hace como que está ocupada en mirar los títulos de los libros de la librería. Mistress Clandon se sienta en el sofá. Vuelve Valentine.)

VAL. Espero que no les he hecho esperar mucho. Ese casero mío es realmente un viejo raro.

DOLLY. (Con vivacidad) Cuéntenos usted. ¿Qué plazo le ha concedido para el pago?

CLAN. (Espantada por la manera de su hija.) ¡Dolly, Dolly! ¡Por Dios! No hagas preguntas por el estilo.

DOLLY. (Comedida.) Dispense. Nos contará usted, Mister Valentine, ¿verdad?

VAL. No habló una palabra del alquiler. Lo que hay es que se ha roto una muela queriendo abrir á mordiscos una nuez del Brasil, y quería que se la arreglase y almorzase luego con él.

DOLLY. Entonces mándele subir y sáquele su muela en el acto, y le llevaremos también á almorzar. Dígale á la Doncella que vaya á buscarle. (Se precipita hacia la campana y tira de ella vigorosamente. Luego, con una duda súbita, se vuelve hacia Valentine y añade:) Supongo que es una persona decente, decente de veras.

VAL. Muy decente, más que yo.

DOLLY. ¿Palabra de honor? (Mistress Clandon la mira con extrañeza, pero ya renuncia á reconvienirla más.)

VAL. Palabra de honor.

DOLLY. Entonces ya está usted aquí con él.

VAL. (Mirando con vacilación á mistress Clandon.) Creo que tendrá mucho gusto, si... si...

CLAN. (Levantándose y mirando su reloj.) Me alegraré mucho de que ese caballero almuerce con nosotros si viene con usted. Pero no puedo esperar á verle ahora. Tengo una cita en la

fonda á la una menos cuarto con un antiguo amigo, á quien no he visto desde que me marché de Inglaterra, hace dieciocho años. ¿Me querrá usted excusar?

VAL. Seguramente, mistress Clandon.

GLOR. ¿Voy contigo, mamá?

CLAN. No, querida. Necesito estar sola. (Sale aun algo agitada. Valentine abre la puerta y la sigue.)

FEL. (Significativamente á Dolly.) ¡Hjén!

DOLLY. (Significativamente á Felipe.) ¡Hum! (La Doncella acude á consecuencia del campanillazo.) Dígale al caballero anciano que suba.

DONC. (Asombrada.) ¿Cómo, señorita?

DOLLY. Sí, el viejo raro con la muela rota.

FEL. El casero, mujer.

DONC. Quieren decir mister Crampton.

FEL. ¿Se llama Crampton?

DOLLY. (A Felipe.) Este apellido me suena á reuma, ¿verdad?

FEL. No oigas bobadas.

DOLLY. Bueno, bueno, diga usted á ese señor que suba.

DONC. Voy, señorita.

DOLLY. De modo que se llama Crampton. Tengo que fijarme bien, no vaya á llamarle de de otro modo y se ofenda.

GLOR. Felipe, ¿habrá cosa más horrible que aquello de nuestro padre, aquello que acaba de decir mamá?

FEL. ¡Oh! Hay una porción de gentes que son así. El viejo Chamico solía pegar á su mujer y á sus hijos con un látigo de carretero.

DOLLY. (Despreciativa.) Bueno, un portugués.

FEL. Mira, Dolly, si hablamos de hombres brutos, no hay diferencia entre portugueses é ingleses. En eso no me engaña mi conocimiento del mundo. (Vuelve á colocarse delante de la chimenea con aire de importancia.)

GLOR. (Con sentimiento profundo) No creo que podamos volver alguna vez á jugar nuestro antiguo juego de adivinanzas, aquel de ¿quién era nuestro padre? Dolly, ¿dónde queda tu padre, aquel del capitalazo?

DOLLY Sí, ¿y el tuyo, el viejo solitario con el tierno corazón dolorido? Voló, me parece.

FEL No hay duda de que el tal padre no ha existido más que en nuestra imaginación. (Se oye fuera á Valentine hablando con alguien.) Pero callad, que vienen.

GLOR (Nerviosa.) ¿Quiénes?

DOLLY El viejo de los reumas.

FEL. ¡Chist! ¡Cuidado! (Todos adoptan actitudes correctas. Felipe añade en voz baja á Gloria.) Si conviene convidarle, le haré una señal á Dolly, y si ella te hace luego otra, convidale sin más.

Valentine vuelve con su casero Mister Fergus Crampton es un hombre de unos sesenta años, alto, recio, musculoso, con una boca atrozmente obstinada, mal-humorada, avariciosa, y una voz imperativa y reñidora. Además, es muy nervioso y sensitivo, á juzgar por su piel delgada y transparente y sus dedos afilados. Su consiguiente capacidad de sufrir intensamente por todos los disgustos que su mal genio y testarudez le acarrearán, se expresa en su mirada seria y triste, en el tono quejumbroso de su voz, en una como muda imploración de benevolencia, y en un constante pero muchas veces inútil esfuerzo en corregir sus maneras bruscas y su facilidad en ofenderse. Sus cejas enérgicas y despejada frente le dan aire de hombre listo, y no se revelan en él señales de estrechez pecuniaria ó dificultades en los negocios: viste con elegancia, y, á primera vista, podría serle tomar por el jefe de una fábrica próspera heredada de una familia perteneciente á la aristocracia de la industria. La guerrera azul marino no está cortada según la moda moderna. Se parece á la de un piloto, cerrada, con botones grandes y anchas solapas: cuadraría mejor en un astillero que en un escritorio comercial. Le ha cogido cariño á Valentine, quien no se preocupa por su brusquedad y le trata con una llaneza que en secreto le agrada.

VAL. Permítanme que les presente unos á otros. Este caballero es mister Crampton... Miss Dorotea Clandon, mister Felipe Clandon, miss Clandon. (Crampton se inclina nerviosamente. Todos se inclinan.) Siéntese, mister Crampton. (Señalando la silla de operar.) Esta silla es la más á propósito, mister Cra. . Crampton.

DOLLY

GRAM. Gracias, pero tal vez esa señorita... (Indicando á Gloria que está junto á la silla.)

GLOR. Gracias, mister Crampton, nosotros nos vamos al momento.

VAL. (Empujándole hacia la silla con familiaridad.) Siéntese, siéntese, que está usted cansado.

GRAM. Bien, puesto que por mucho el más viejo de todos, yo... (No concluye la frase y se sienta, con alguna dificultad en la silla de operar. Mientras tanto, Felipe, que le ha observado con atención, hace una señal á Dolly, y Dolly la hace á Gloria.)

GLOR. Mister Crampton, según parece le impedimos á mister Valentine almorzar con usted llevándonoslo nosotros. Mi mamá se alegrará mucho que venga usted también á almorzar con nosotros.

GRAM. (Agradecido después de mirarla un momento.) Muchas gracias, con mucho gusto.

GLOR. Muchas gracias, ejém...

DOLLY Tanto gusto, ejém...

FEL. Con qué placer, ejém...

(Los tres murmurando cortesmente.)

La conversación se para. Gloria y Dolly se miran una á otra, luego á Valentine y á Felipe. Valentine y Felipe no están á la altura de la situación, apartan la vista de ellas para mirarse mutuamente y al punto se quedan tan confusos que vuelven otra vez la vista hacia ellas. Así se miran todos hasta que concluyen por mirar en el vacío, sin saber á qué santo recomendar-se. Crampton mira á su alrededor y espera que los otros empiecen. El silencio se hace intolerable.

DOLLY (De repente, para reanudar la conversación.) ¿Cuántos años tiene usted, mister Crampton?

GLOR. (Interrumpiéndola.) Me temo que sea tiempo de marcharnos, mister Valentine. De modo que queda entendido que nos reuniremos á la una y media. (Va hacia la puerta. Felipe la sigue. Valentine retrocede hacia la campana.)

VAL. Bien, á la una y media. (Tira del cordón.) Seremos exactos. (Sigue detrás de Gloria y Felipe hacia la puerta y sale con ellos.)

DOLLY (Quien mientras tanto se ha acercado á Crampton.) Haga usted que le den gas. Cuesta cinco chelines más, pero vale la pena.

- CRAM. (A quien divierte la cosa.) Lo tendré presente. (Mirándola más serio.) De modo que quería usted saber mi edad. Tengo cincuenta y siete años.
- DOLLY (Con convicción.) Es lo que aparenta.
- CRAM. (Con amargura) Ya lo creo.
- DOLLY ¿Por qué me mira usted con tanta atención? ¿Tengo alguna cosa mal puesta? (Echa las manos á su sombrero para ver si está derecho.)
- CRAM. Se parece usted á alguien.
- DOLLY ¿A quién?
- CRAM Pues, pues... se parece usted de un modo asombroso á mi madre.
- DOLLY (Incrédula.) ¡A su madre!... Querrá usted decir á su hija.
- CRAM (Con repentino acceso de odio.) No, nada; no quería decir mi hija.
- DOLLY (Condoliéndose.) ¿Le hacen mucho daño las muelas?
- CRAM. Nada, nada, miss Clandon. Un acceso de recuerdos, no de dolor de muelas.
- DOLLY Ecrelo fuera. (Citando de Macbeth.) «De la memoria estirpad el pesar arraigado.» Con gas, cinco chelines extra.
- CRAM. (Vengativo.) No, no es un pesar, es una ofensa que se me infirió un día: nada más. No olvido nunca una ofensa, ni quiero olvidarla. (Su semblante adquiere arrugas implacables.)
- DOLLY (Fijándose en su expresión.) No creo que le querremos á usted cuando esté rumiando sus ofensas.
- FEL. (Quien ha entrado sin ser observado y se ha puesto detrás de ella.) Mi hermana no tiene ideas malas, mister Crampton, pero es muy indiscreta. Vamos, Dolly, vente (La empuja hacia la puerta.)
- DOLLY (En voz baja, pero perfectamente perceptible.) Dice que sólo tiene cincuenta y siete años, y que yo soy el retrato de su madre, y odia á su hija, y... (La vuelta de Valentine la interrumpe.)
- VAL. Miss Clandon ya se marchó.
- FEL. Bien. No olvide usted que el almuerzo es á la una y media.
- DOLLY Déjele á mister Crampton bastantes muelas

para que pueda comer. (Salen. Valentine va hacia la caja de herramientas y la abre.)

CRAM. ¡Qué niña más traviesa, mister Valentine! Es uno de vuestros productos modernos. Cuando tenía yo la edad de esa muchacha me enseñaban á cachetes lo que es la buena educación.

VAL. (Levantando su espejo dental y sacando la sonda de la caja) ¿Qué tal le parece á usted la hermana?

CRAM. Esa le gusta á usted más, ¿eh?

VAL. (Con entusiasmo) Me ha flechado, lo confieso, como que es... (Se para y añade prosaicamente.) Pero no es cosa de hablar ahora de ello. Vámonos á lo que estamos. (Se coloca detrás del hombro derecho de Crampton y toma el tono profesional.) Tenga la bondad de abrir la boca. (Crampton abre la boca. Valentine coloca adentro el espejito y examina la dentadura.) ¡Caramba! aquella está rota. ¿Qué lastima de echar á perder tan magnífica dentadura! ¿Por qué casca usted nueces con ella? (Retira el espejo y se pone más adelante para hablar con Crampton)

CRAM. Siempre he ca-cado nueces así; ¿para qué se tienen las muelas, si no? (Doctrinal.) El mejor camino para conservar la dentadura en buen estado es usándola continuamente rompiendo huesos y nueces y lavándola á diario con jabón—con vulgar jabón moreno.

VAL. ¿Jabón? ¿Y por qué jabón?

CRAM. Porque así me acostumbraron de niño y así hice toda la vida, y nunca he tenido un dolor de muelas.

VAL. ¿Y no le da á usted algo de asco?

CRAM. He observado que casi todo lo que hace provecho es asqueroso. Pero me enseñaron á aguantarlo, y lo agunto. Ahora estoy acostumbrado; hasta me agrada el gusto del jabón cuando éste es bueno.

VAL. (Haciendo cara de asco á pesar suyo.) Parece usted haber sido educado muy cuidadosamente, mister Crampton.

CRAM. (Con amargura.) No me mimaron, de todos modos.

VAL. (Sonriendo un poco.) ¿Está usted seguro?

- CRAM ¿Qué quiere usted decir?
- VAL. Pues, mire usted, confieso que tiene buena dentadura, pero he visto otras tan buenas en bocas mejor cuidadas (Va hacia la caja de las herramientas y cambia la sonda por otra)
- CRAM Los mimos no ejercen su efecto sobre la dentadura, sino sobre el carácter.
- VAL. (Condescendiente.) El carácter. Ya, ya. (Recomienza la operación) Haga el favor de abrir un poco más. ¡Hum!... habrá que sacarla. No es posible salvarla. (Retira la sonda y vuelve hacia la parte delantera de la silla para hablar.) No se apure, que no le causaré daño alguno. Le daré el gas.
- CRAM Tontería, hombre. No quiero ese gas. Fuera con la muela. En mis días la gente se acostumbraba á aguantar el dolor cuando hacía falta.
- VAL. Oh, si le gusta á usted sufrir, perfectamente. Le haré sufrir cuanto usted quiera, sin sobreprecio.
- CRAM (Incorporándose y mirándole.) Joven, me debe usted seis semanas de alquiler.
- VAL. Es verdad.
- CRAM ¿Puede usted pagarme?
- VAL. No.
- CRAM (Satisfecho de su ventaja.) Ya me lo figuré. ¿Cuándo cree usted que me va á poder pagar si no hace usted más que guasearse de sus pacientes? (Se vuelve á echar.)
- VAL. Caballero, no todos mis pacientes han formado su carácter á fuerza de jabón moreno.
- CRAM (Agarrándole de repente del brazo cuando se vuelve otra vez hacia la caja de las herramientas.) Tanto peor para ellos. Le digo á usted que no sabe con quien trata. Si no necesitase mi dentadura le mandaría sacarme todos mis dientes y todas mis muelas, una tras otra, para demostrarle lo que puede aguantar un hombre que se ha criado con dureza. (Menea la cabeza hacia Valentine para dar mas fuerza á sus palabras, y le suelta.)
- VAL. (Sin perder su descuidado buen humor.) Y desea endurecerse aun más, ¿verdad?
- CRAM Sí.

- VAL. (Yendo hacia la campana.) Pues para mí es usted bastante duro... como casero. (Crampton oye esto con un gruñido. Valentine tira del cordón y sigue hablando para distraerle.) ¿Por qué no se ha casado usted nunca, mister Crampton? Una mujer y unos hijos le hubieren ablandado algo.
- CRAM. (Con inesperada fiereza.) ¿Qué demonios, le importa á usted? (La doncella aparece en la puerta.)
- VAL. (Cortés.) Haga el favor de traer un poco de agua caliente. (Ella se retira, y Valentine vuelve hacia la caja de las herramientas, sin hacer el más mínimo caso de la rudeza de Crampton, y continúa la conversación, mientras escoge unas tenazas y las coloca al alcance de su mano, con un dilatador y un vaso.) Me decía usted que qué demonios me importaba á mí. Pues le diré, yo tengo la idea de casarme.
- CRAM. (Gruñendo.) Naturalmente, caballero, naturalmente. Cuando un joven se ve sin un céntimo y abocado al embargo de sus muebles por parte de su casero, se casa. Ya observé esto bastantes veces. Bueno, cátese usted y sea infeliz.
- VAL. ¡Oh! ¿qué sabe usted de eso?
- CRAM. No soy soltero.
- VAL. Entonces existe una señora Crampton.
- CRAM. (Extremeciéndose, con un estallido de furor.) Sí... ¡maldita sea!
- VAL. (Imperturbable.) ¿A que resulta que también es usted padre, no solamente esposo?
- CRAM. Tengo tres hijos.
- VAL. (Cortés.) Malditos sean. ¿No?
- CRAM. No, señor. Los hijos son tanto míos como de ella (La doncella entra con una jarra de agua caliente.)
- VAL. Muy bien. (Le toma la jarra y la pone en la caja de los instrumentos, continuando en el mismo tono desprecupado.) Yo realmente me alegraría de conocer á su familia, mister Crampton. (La doncella sale; Valentine echa un poco de agua caliente en el vaso.)
- CRAM. Siento no poderle presentar, pues le diré que no sé dónde está mi familia, y no me preocupó mientras no se cruce en mi camino. (Valentine mueve ligeramente los hombros y las cejas

y mete en el vaso las tenazas que suenan al chocar con el cristal.) No hace falta calentar ese chisme para emplearlo conmigo. No me asusta el acero frío. (Valentine se inclina para preparar la bomba de gas y el cilindro al lado de la silla.) ¿Qué es ese chisme?

VAL. No haga usted caso. Es para yo poner el pie y tomar carrera. (Crampton á pesar suyo parece alarmado. Valentine está de pie á su lado y coloca el vaso con las tenazas dentro al alcance de su mano siguiendo su charla.) ¿De modo que me aconseja usted no casarme, mister Crampton? (se inclina para adaptar la manivela por la que la silla puede ser elevada y bajada.)

CRAM. (Irritado) Lo que le aconsejo es que me saque la muela y deje de recordarme á mi mujer. Ande usted, hombre. (Agarra los brazos de la silla y se apoya en ellos)

VAL. (Parado, con la mano en la manivela, le mira y dice.) ¿Qué apuesta á que le saco esa muela sin que lo note usted?

CRAM. Su alquiler de seis semanas, joven. No me venga á mí con bromas.

VAL. (Da á la manivela y hace subir rápidamente la silla.) Bien, aceptado. ¿Está usted listo? (Crampton que en el susto que le causa la súbita ascensión suelta los brazos de la silla, se cruza de brazos, se incorpora y se prepara á pasarlo mal. Valentine de repente baja el respaldo de la silla de modo que forme un ángulo obtuso.)

CRAM. (Al caer hacia atrás se agarra de los brazos de la silla.) Déjeme... hombre. En esta posición... no puedo...

VAL. (Con habilidad le mete el dilatador en la boca, así como el extremo del tubo de la máquina de gas) Menos podrá usted ahora. (Le aplica el gas según todas las reglas del arte. Crampton emite un sonido inarticulado y trata de defenderse, pero al poco rato sus brazos se mueven sin dirección fija, luego recaen como los de una persona sin vida. Está insensibilizado y narcotizado. Valentine, con una exclamación de triunfo algo preocupado, quita rápidamente la boquilla del aparato, coge las tenazas, la acerca á la boca del paciente y... cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

La terraza del Hotel de la Marina. Es una plataforma cuadrada, con pavimento de losas que brillan al sol y provista, por el lado del mar, de una balaustrada pesada de piedra. El mozo de comedor del establecimiento, ocupado en colocar servilletas en una mesa cubierta, vuelve la espalda al mar; tiene, á su derecha, el hotel, y, á su izquierda, en el ángulo que está más próximo al mar, la escalera por la que se baja á la playa. Mirando la terraza enfrente de él ve, un poquito á su izquierda, á un caballero de cierta edad sentado en una silla de hierro á un pequeño velador del mismo metal, en el que hay un azucarero con tres avispas revoloteando alrededor. Lee el *Standard* y tiene el quitasol abierto para defenderse del sol que, en Agosto y á la una de la tarde, le está tostando las piernas tendidas hacia delante. Justamente enfrente de él, por el lado del hotel, hay un banco rústico de la forma habitual. En medio de la fachada del hotel se encuentra una entrada dando acceso á él por medio de unos escalones anchos. Cerca de la balaustrada hay un camino para la cocina oculto por una pequeña galería enrejada. La mesa en la que el Camarero está ocupado es larga y está colocada al través de la terraza, con sillas y cubiertos para cinco personas, dos á cada lado, y uno á la cabecera por el lado del hotel. Junto á la balaustrada hay otra mesa que hace de aparador ó trinchero.

El Mozo, en su clase, es una persona notable. Es un viejo suave, de pelo blanco y mirada tierna, pero con tal aire de contento y buen humor, que en su animado-

ra presencia la ambición parece una vulgaridad sin razón de ser, y la imaginación una traición cometida con la abundante riqueza é interés de la realidad. Tiene cierta expresión peculiar á los hombres que sobresalen en su profesión ú oficio, y que, conociendo la vanidad del éxito, son inaccesibles á la envidia.

El Caballero sentado al velador de hierro no lleva traje de playa. Lleva, como si estuviese en Londres, levita y guantes, y su sombrero de copa se halla en el velador al lado del azucarero. La excelente condición y cualidad de esas prendas, los lentes de oro con que lee el *Standard* y el *Times* colocado á su lado por encima del periódico local, todo denota que pertenece á la clase elevada. Tiene unos cincuenta años, toda la cara afeitada y el pelo cortado á rape. Baja las comisuras de los labios como si conociese su tendencia á subir y estuviese resuelto á no dejarles hacer su voluntad. Posee orejas grandes algo separadas de la cabeza, ojos con párpados enojecidos y una frente espaciosa que se esfuerza en no arrugar, como si en su juventud hubiese resuelto ser sincero, magnánimo é incorruptible, pero nunca hubiese logrado que ese hábito del alma fuese automático é inconsciente. No obstante, no hace una impresión ridícula. En él no hay indicio de tontería ó de flaqueza de carácter; al contrario, en todas partes pasaría, á primera vista, por un hombre de talento y conocimientos nada comunes. En este preciso momento está gozando del buen tiempo y del mar demasiado para impacientarse, pero ha agotado todas las noticias en sus periódicos y ha llegado á la parte de los anuncios que no son bastante succulentos para inducirle a seguir con ellos.

- CAB. (Bostezando y tirando el periódico.) Camarero.
CAM. ¿Señor? (Acercándose.)
CAB. ¿Está usted seguro de que mistres Clandon vendrá antes del almuerzo?
CAM. Segurísimo, señor. La señora espera al señor a la una menos cuarto. (El Caballero, calmado al punto por la voz del Camarero, le mira con plácida sonrisa. El Camarero tiene una voz melodiosa y simpática que dan interés á sus dichos más insignificantes. Habla lo necesario, ni demasiado poco ni mucho, y tiene en todo un tacto exquisito. Mirando

su reloj, prosigue.) Todavía no es la hora, son las doce y cuarenta y tres minutos. ¡Qué hermosa mañana está hoy!

CAB. Sí, deliciosa y fresca cuando se viene de Londres.

CAM. Así dicen todos nuestros huéspedes. Hace mucho calor en Londres. ¡Qué familia más simpática son los señores de Clandon!

CAB. Sí, ¿eh?

CAM. Ya lo creo. Y tan llanos como son. Sobre todo la más joven de las señoritas y el señorito

CAB. Miss Dorotea y mister Felipe.

CAM. Sí, señor. La señorita Dorotea, siempre que me da una orden, dice: «William, no olvide que vinimos á este hotel por usted, por haber oído qué perfecto camarero es usted». El señorito siempre me dice que le recuerdo á su padre (Al oír eso el Caballero le mira con extrañeza.) y que espera que como tal le trataré. Todos son muy amables, muy amables.

CAB. ¡Que le recuerda usted á su padre! (se ríe al decirlo.)

CAM. ¡Oh, señor, no hay que tomar al pie de la letra todo lo que dicen! Si fuera verdad, también las señoritas hubiesen notado el parecido.

CAB. ¿Y no lo notaron?

CAM. No, señor. Miss Dolly me dijo que me parecía algo al busto de Shakespeare en la iglesia de Stratford. Por eso me llama William. Mi nombre verdadero es Walter. (se vuelve para ir hacia la mesa cuando ve á mistress Clandon subir la escalera, viniendo de la playa.) Ahí tiene usted á la señora Clandon, caballero. (á la señora.) Señora, este caballero pregunta por usted.

CLAN. Dos caballeros más almorzarán con nosotros, William.

CAM. Muy bien, señora. (Se retira en el hotel. Mistress Clandon avanza y mira al Caballero, pero pasa á su lado sin reconocerle.)

CAB. (La mira con malicia desde debajo de su quitasol.) ¿No me conoce usted?

- CLAN. (Incrédula.) ¿Es usted Finch McComas? (Pronúnciese: Finch Mek Comes. N. D. T.)
- M'COM. ¿No lo ve usted? (Cierra el quitasol, lo pone á un lado y se levanta plantándose, riendo, dcíante de ella, con las manos en las caderas, dejándose inspeccionar.)
- CLAN. ¡Ah! sí, es usted. (Le da la mano. El aprieto que sigue es de dos antiguos amigos encontrándose después de larga separación.) ¿Pero qué ha hecho usted de su barba?
- M'COM. (Festivamente serio) ¿Tomaría usted un abogado con barba?
- CLAN. (Señalando el sombrero de copa en la mesa.) ¿Es ese su sombrero?
- M'COM. ¿Tomaría usted un abogado con chambergo?
- CLAN. Con barba y chambergo le he tenido presente en mi imaginación durante esos últimos dieciocho años. (Se sienta en el banco rústico. McComas vuelve á ocupar su silla.) ¿Sigue usted yendo á los meetings de la Sociedad Dialéctica?
- M'COM. (serio.) Ya no frecuento meetings.
- CLAN. Finch, v+o lo que ha pasado. Usted se ha hecho conservador.
- M'COM. ¿Y usted, no?
- CLAN. ¿Yo? ¡Ca!
- M'COM. ¿Y tiene usted todavía sus antiguas opiniones?
- CLAN. Más que nunca.
- M'COM. ¡Bendito sea Dios! ¿Y sigue usted tan entusiasta de hablar en público á pesar de su sexo? (Mistress Clandon meneas afirmativamente la cabeza) ¿Abogando por el derecho de la mujer casada á administrar por sí misma sus bienes y tenerlos separados de los del marido? (Mistress Clandon meneas otra vez la cabeza.) ¿Defendiendo las teorías de Darwin sobre el origen de las especies, y las de John Stuart Mill sobre la libertad? (Otro meneo de cabeza.) ¿Leyendo á Huxley, Tyndall y George Eliot? (Tres menecos de cabeza.) ¿Y pidiendo los grados universitarios, los empleos públicos y las libertades parlamentarias lo mismo para las mujeres que para los hombres?
- CLAN. (Enérgica.) Sí, no me he apartado ni una pul-

gada de mi camino, y he educado á Gloria para que continúe mi obra en donde yo la deje interrumpida. Esta es la finalidad de mi vuelta á Inglaterra: Me dí cuenta de que no tenía derecho á enterrarla viva en Madera... mi Santa Elena, amigo Finch. Supongo que la silbarán como me silbaron á mí, pero está preparada para ello.

M'COM. ¿Que la silbarán? Mi querida señora, con esas opiniones que usted dice no habría obstáculo para que se casara con un arzobispo. Usted hace un momento me reprochó el haberme hecho conservador. No tuvo usted razón. Sostengo nuestros antiguos principios con tanto ahínco como antes. No voy á la iglesia ni aparento ir. Me llamo lo que soy: un radical filosófico luchando por la libertad y los derechos del individuo, y mis doctrinas son las de mi maestro Herbert Spencer. ¿Y me silban aca-o? Nada de eso, se sonríen de mí por anticuado. Estoy fuera de todos los partidos por negarme á hincar la rodilla delante del socialismo.

CLAN. (Con extrañeza.) ¡El socialismo!

M'COM. Sí, el socialismo. Esa es la doctrina con la que le llenarán los oídos á miss Gloria antes de un mes si la deja usted abandonada á sí misma.

CLAN. (Con énfasis.) Pero yo puedo demostrarle á ella que el socialismo es una falsedad.

M'COM. (Conmovido.) Es queriendo demostrarlo cómo he perdido á todos mis discípulos jóvenes. Tenga usted cuidado con lo que hace, déjela ir por su propio camino. (Con alguna amargura.) Somos anticuados, amiga mía, el mundo cree que nos ha dejado atrás. Solo hay un sitio en Inglaterra en donde sus opiniones pasarían por avanzadas.

CLAN. (Irritada y no convencida.) ¿La iglesia tal vez?

M'COM. No; el teatro. Y ahora vamos á hablar más concretamente, ¿por qué me ha hecho usted venir aquí?

CLAN. Se lo voy á decir. Por un lado, porque deseaba verle...

- M'COM (De buen humor y con alguna ironía.) Muchas gracias.
- CLAN. ... Y por el otro, porque necesitaba explicarle á usted algo referente á mis hijos. No saben nada, y ahora que hemos regresado á Inglaterra, es imposible dejarlos por más tiempo en la ignorancia. (Agitada) Finch, no puedo decidirme á hablarles yo. Yo... (La interrumpe la venida de los gemelos y Gloria. Dolly viene, subiendo á toda prisa la escalera para ver si llega antes que Felipe, quien combina una velocidad espantosa con paraditas que le hacen perder la carrera, de modo que Dolly llega primero, y á poco vuela el banco rústico en su precipitación.)
- DOLLY (Sin aliento.) Mamá, todo está arreglado. El dentista está viniendo y trae al viejo.
- CLAN. Hija mía, querida, ¿no ves á mi-ter McComas? (McComas se levanta sonriendo.)
- DOLLY (Quedando completamente desilusionada.) ¿Pero es él? ¿Dónde está la ondulante cabellera?
- FEL. (En el mismo tono.) ¿Dónde está la barba? ¿La capa? ¿El exterior poético?
- DOLLY ¡Oh! Mister McComas, se ha desfigurado usted. ¡Y nosotros que teníamos tanta impaciencia por verle!
- M'COM. (Sorprendido, pero recobrando su buen humor para hacer frente á la situación) Porque dieciocho años son demasiado tiempo para un abogado estar sin cortarse el pelo.
- GLOF. (Por el otro lado de McComas.) ¿Cómo está usted, mister McComas? (El se vuelve y ella le toma y aprieta la mano, con mirada franca y decidida) Tenemos mucho gusto en encontrarle á usted por fin.
- M'COM Es usted miss Gloria, supongo. (Gloria sonríe y suelta su mano. Luego se retira detrás del banco rústico, apoyándose en el respaldo al lado de su madre) ¿Y ese caballero joven?
- FEL. Me bautizaron en un rato asaz prosaico. Diéronme el nombre de...
- DOLLY (Completando la frase de un modo declamatorio.) «Nerval. En los montes de Grampian...»
- FEL. (Declamando muy serio) «Mi padre apacenta su rebaño; pastor sencillito...»

CLAN. (Reconviniéndolos.) ¡Hijos míos, por Dios, no seáis tontos! Todas las cosas aquí, amigo Finch, son tan nuevas para ellos que están completamente alborotados. Se figuran que cada inglés que ven es un chiste andante.

DOLLY. Sí, así es, no podemos remediarlo.

FEL. Mi conocimiento del mundo es bastante grande, sabe usted, mister McComas, pero me es imposible tomar en serio á los habitantes de esta isla.

M'COM. Supongo, caballero, que es usted Felipillo.
(Le da la mano.)

FEL. (Apretando la mano de McComas y mirándole muy serio) Fui Felipillo, como en un tiempo fué usted Finchito. (Da á la mano de Finch una sacudida cínica y retira la suya; luego se aparta diciendo meditabundo.) ¡Qué extraña es una mirada retrospectiva a nuestras mocedades! (McComas le mira no del todo con agrado.)

DOLLY. (A mistres Clandon.) ¿Ha tomado Finch algo?

CLAN. (Reconviniéndola.) Querida, mister McComas almorzará con nosotros.

DOLLY. ¿Has pedido el almuerzo para siete personas? No olvides al caballero anciano.

CLAN. No le he olvidado. ¿Cómo se llama?

DOLLY. Mister Reumaticón. Vendrá á la una y media. (A McComas.) ¿Somos como usted se había figurado?

CLAN. (Seria y aun un poco imperativa.) Dolly, mister McComas tiene cosa más seria que hacer que no hablar contigo. Hijos míos: he rogado á mi antiguo amigo que conteste las preguntas que me hicisteis esta mañana. El es amigo de vuestro padre lo mismo que mío, y él os contará la historia de mi vida matrimonial mucho mejor que yo. Gloria, ¿estás satisfecha?

GLOR. (Con grave atención.) Mister McComas es muy amable.

M'COM. (Nervioso.) Nada, nada, señorita. Me coge de sorpresa la proposición de su señora madre. No estoy preparado yo...

DOLLY. (Suspicaaz.) Si no se trata de decirnos cosas preparadas.

- FEL. (Exhortándole.) Díganos sencillamente la verdad.
- DOLLY (Con énfasis.) La pura verdad.
- M'COM (Enfadado.) Espero que han ustedes de tomar en serio lo que diga.
- FEL (Con seriedad profunda.) Descuide usted, mister McComas. Por lo demás, mi conocimiento del mundo me enseña á no esperar mucho de sus revelaciones.
- CLAN. (Reprendiéndole.) Felipe...
- FEL. Tienes razón, mamá. Le pido perdón, mister McComas. No haga usted caso de nosotros.
- DOLLY (Conciliadora.) No tenemos mala intención.
- FEL. Cállate, tonta.
- (Dolly se coge los labios entre dos dedos. Mister McComas coge una silla de la mesa del almuerzo, la coloca entre el velador y el banco, con Dolly á su derecha y Felipe á su izquierda, y se sienta con el aire de uno que va á empezar una conversación larga. La familia Clandon le miran con expectación.)
- M'COM. ¡Ejem!... Su padre...
- DOLLY ¿Cuántos años tiene?
- FEL. ¡Chist!
- CLAN. (Suavemente.) Querida Dolly, no interrumpamos á mister McComas.
- M'COM. Gracias, señora, gracias. (A Dolly.) Su padre de usted tiene cincuenta y siete años.
- DOLLY (Pegando un salto, sorprendida y excitada.) ¡Cincuenta y siete! ¿En dónde vive?
- CLAN (Reconviniéndola.) ¡Dolly, Dolly!
- M'COM. (Interrumpiéndola.) Deje que conteste á eso, mistress Clandon. La contestación la sorprenderá á usted no poco. Vive en esta población.
- (Mistress Clandon se levanta muy agitada, pero se vuelve á sentar sin decir una palabra. Gloria la observa con perplejidad.)
- DOLLY (Con convicción.) Ya lo sabía yo, Felipe. Reumaticón es nuestro padre.
- M'COM. ¡Reumaticón!
- DOLLY Bueno, Crampton creo que dijo llamarse. Me dijo que yo me parecía á su madre. Conoció que quería decir su hija.
- FEL. (Muy serio.) Mister McComas, no quisiera

ofenderle á usted en lo más mínimo. Pero si su imaginación é inventiva llegan hasta el punto de quererme hacer creer que el mister Crampton que vive aquí, es mi padre, no podre ni por un momento tomar en serio semejante aserto.

M'COM. ¿Y por qué? dígame.

FEL. Porque le he visto á ese caballero, y no tiene aspecto de ser mi padre, ó el padre de Dolly, ó el padre de Gloria, ó el marido de mi madre.

M'COM. No, ¿eh? Pues permítame que le diga que, lo quiera ó no lo quiera, es su padre de usted y el padre de sus hermanas y el marido de mistress Clandon. ¿Qué dice usted á eso?

DOLLY (Llorosa.) No tiene para qué ponerse así, puesto que Crampton no es el padre de usted.

FEL. Mister McComas, su conducta de usted es poco caritativa. Aquí se encuentra usted con una familia gozando de la indecible paz y libertad que da el ser huérfanos. Nunca hemos visto la cara de un pariente, nunca hemos conocido una obligación como no sea la que impone una amistad libremente elegida. Y ahora quiere usted poner en la más íntima relación con nosotros á un hombre á quien no conocemos.

DOLLY (Vehemente.) Un viejo feucho. (Con tono de reproche.) Y luego hacía usted como si tenía para nosotros un padre de primera.

M'COM. ¿Cómo sabe usted que no es de primera? ¿Y qué derecho tiene usted de escoger á su propio padre? (Levantando más la voz.) Permítame que le diga, miss Clandon, que es usted demasiado joven para. .

DOLLY (Interrumpiéndole bruscamente.) Calla, se me olvidaba. ¿Tiene algún dinero?

M'COM. Tiene muchísimo dinero.

DOLLY (Contentísima.) ¡Oh, lo que yo siempre decía, Felipe!

FEL. Dolly, tal vez nos hayamos precipitado en juzgar al anciano. Siga usted, mi ter McComas.

M'COM. No, señor; no quiero seguir. Estoy demasia-

do ofendido, demasiado enfadado para seguir.

CLAN. (Luchando con su agitación.) Finch, ¿se da usted cuenta de lo que está pasando? ¿Sabe usted que mis hijos le han invitado á almorzar y que estará aquí dentro de pocos momentos?

M'COM. (Completamente trastornado.) ¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Es que...?

FEL. Calma, Finch. Piénselo despacio y bien. Viene... viene á almorzar.

GLOR. ¿Quién de nosotros le dirá la verdad? ¿Lo ha pensado usted?

CLAN. Usted, Finch, tendrá que hablarle.

DOLLY. Finch no vale para esas cosas. No hay más que ver el trastorno que ha causado con hablarnos á nosotros.

M'COM. No me han dejado ustedes hablar como yo quería. Protesto contra sus palabras.

DOLLY. (Cogiéndole el brazo cariñosamente.) No se enfade usted, querido Finch.

CLAN. Gloria, entremos, que puede venir de un momento á otro.

GLOR. (Con orgullo.) No te muevas de aquí, mamá; yo no pienso moverme. No debemos huir.

CLAN. (Reprendiéndola.) Querida, no podemos ir á la mesa así como estamos. Luego volveremos. Nuestra actitud no debe ser provocativa. (Gloria se encoge y entra en el hotel sin decir palabra.) Ven también, Dolly. (En el momento en que va para la puerta del hotel, entra el camarero con una bandeja cargada de platos, etc., para dos cubiertos más.)

CAM. ¿Vinieron ya los señores, señora?

CLAN. Tienen que venir dos más. En seguida vendrán. (Entra en el hotel. El camarero coloca la bandeja en la mesa de servicio.)

FEL. Tengo una idea. Dígame, McComas; esa comunicación tiene que hacerse por un hombre de gran tacto; ¿no es así?

M'COM. Seguramente que exige un hombre de tacto.

FEL. Bien. Oye, Dolly; ¿á quién estabas tú ponderando por su tacto aun esta mañana?

DOLLY. (Comprendiendo al punto.) ¡Ah! sí, comprendo. William.

- FEL. Ese es el hombre. (Llamando.) ¡William!
- M'COM. (Horrorizado.) ¡El camarero! Calle usted, por Dios, no lo permitiré. Yo...
- CAM. (Presentándose ante Felipe y McComas.) Aquí me tiene usted, señor. (McComas se pone livido, con ojos sin expresión, y se sienta despavorido.)
- FEL. William, ¿se acuerda usted de mi ruego de mirarme como á un hijo?
- CAM. (Con indulgencia respetuosa.) Sí, señor. Lo que usted quiera, señor.
- FEL. Pues bien, William, apenas ha dado usted sus primeros pasos en su carrera de padre mío, cuando ya surge un rival.
- CAM. Su verdadero padre, señor. Tenía que suceder tarde ó temprano. (Volviéndose con suave sonrisa á McComas.) ¿Es usted, señor?
- M'COM. (Indignado.) No, gracias á Dios. Mis hijos sabrían cómo tienen que portarse.
- FEL. No, William, este caballero sólo por casualidad no es mi padre. Hizo la corte á mi madre, pero ella le rechazó.
- M'COM. (Ofendido.) Pues le diré...
- FEL. ¡Chist! De modo que sólo es nuestro abogado. ¿Conoce usted á un Crampton, de esta población?
- CAM. ¿Un señor que es bizco y vive allá abajo en el barrio pobre?
- FEL. No sé. Finch, dígame, ¿ese señor, es dueño de una taberna?
- M'COM. (Levantándose escandalizado.) ¡No, por Dios! Su padre de usted es un constructor de yates, bien conocido aquí, un hombre de buena posición.
- CAM. (Impresionado.) ¡Oh! dispense usted, señor. ¡Un hijo de mister Crampton! ¡Dios mío! ¡Quién pensara!
- FEL. Mister Crampton vendrá á almorzar con nosotros.
- CAM. (Cohibido.) Sí, ¿eh? (Diplomático.) ¿Tal vez no almuerza ordinariamente con su familia, señor?
- FEL. ¡Ah! William, no sabe que somos su familia. No nos ha visto hace dieciocho años. No nos conocerá. (Para dar más fuerza á su comunica-

- ción, Felipe se sienta de un salto sobre el velador de hierro y mira al Camarero con los labios apretados y las piernas balanceándose.)
- DOLLY. Le necesitamos á usted, William, para comunicarle la noticia.
- CAM. Pero me parece, señorita, que ya adivinará al ver á su mamá de usted.
- (Las piernas de Felipe dejan de moverse. Contempla al Camarero con admiración.)
- DOLLY. (Extrañada.) No se me había ocurrido.
- FEL. Ni á mí. (Bajando á la mesa y volviéndose hacia McComas.) Ni á usted
- DOLLY. ¡Y es usted abogado!
- FEL. Finch, no hay que darle vueltas; su incompetencia profesional es asombrosa. William, su sagacidad de usted nos avergüenza á todos.
- DOLLY. Se parece usted realmente á Shakespeare, William.
- CAM. No haga usted caso, señor. Señorita, no diga usted eso. Manden como gu-ten. (Vuelve modestamente á la mesa del almuerzo y pone los dos cubiertos adicionales; el uno en el extremo cerca de la escalera y el otro de modo que haya tres cubiertos del lado de la balaustrada.)
- FEL. (Cogiendo de repente el brazo de McComas y llevándole hacia el hotel) Finch, venga conmigo á lavarse las manos.
- M'COM. Mistress Clandon, estoy verdaderamente enfadado y ofendido.
- FEL. (Interrumpiéndole.) Dejese usted de tonterías. Ya se acostumbrara á nuestro modo de ser. (McComas se suelta y entra en el hotel. Felipe sigue sin inmutarse.)
- DOLLY. (Volviendo por un momento delante de la escalera antes de seguirlos.) William, ande usted listo. Mucho ojo, que va á haber la de Dios es Cristo.
- CAM. Descuide, señorita. (Ella entra en el hotel.)
- Valentine viene por la escalera á paso ligero desde la playa, seguido pesadamente de Crampton. Valentine lleva bastón de pasear. Crampton, sea por ser viejo y friolero, ó sea para ocultar algo su traje poco elegante, lleva un gabán ligero. Se para en la silla dejada por

McComas en medio de la terraza, y se apoya un momento colocando la mano en el respaldo.

CRAM. Esas escaleras me marean (Se pasa la mano por la frente.) Todavía siento el efecto de aquel gas infernal.

Va á la silla de hierro y apoya los codos en el velador y la cabeza en las manos. Pronto se serena y se desabrocha el gaban. Mientras tanto Valentine interroga al Camarero.

VAL. ¡Camarero!

CAM. (Viene y se pone entre los dos.) Mande, señor.

VAL. ¿Está la señora Lanfrey Clandon?

CAM. (Con suave sonrisa de bienvenida.) Sí, señor. Le están os esperando a usted, señor. Esta mesa es para ustedes. Mistress Clandon va á bajar al momento. La pollita más joven y el señorito estaban hace un rato hablando de su amigo de usted.

VAL. Sí, ¿eh?

CAM. (Con voz suave y melodiosa.) Sí, señor. Los señoritos son sumamente chistosos. Siempre están bromeando, pero con una gracia. . (se precipita hacia Crampton, que acaba de levantarse para quitarse el gabán) ¿Me permite usted caballero? (Le quita el gabán. Crampton vuelve á sentarse y el Camarero prosigue.) La última broma del señorito consiste en decir que usted, caballero, es su padre.

CRAM. ¿Qué?

CAM. Es su broma favorita. Ayer era yo su padre. Esta mañana, tan pronto como supo que venía usted, trató de convencerme de que usted era su padre... perdido hace tanto tiempo. Dijo que no le había visto á usted durante dieciocho años.

CRAM. (Atónito.) ¡Dieciocho años!

CAM. Sí, señor. (como con malicia.) Pero ya le he conocido. Le vi coger la idea cuando se hallaba en este sitio pensando en la nueva broma que me había de dar. Sí, señor, a-í es; muy bromista y muy afable con todo, sí señor. (Varía otra vez de tono para decir á Valentine quien está poniendo su bastón en el rincón del banco rústico.) Permitame, señor. (Toma el bastón de

Valentine. Éste se pasea hacia la mesa del almuerzo y mira el menú. El Camarero vuelve á Crampton y continúa hablándole.) Hasta el abogado siguió la broma, aunque en mi presencia habló con el señorito con tanta confianza. Sí, señor, le aseguro á usted que nunca se puede imaginar lo que hacen á veces los respetables señores de Londres en cuanto les sopla el aire del mar.

CRAM. ¿De modo que hay un abogado con ellos?

CAM. Sí, señor, el abogado de la familia. Se llama, creo, McComas. (Va hacia la entrada del hotel con el gabán y el bastón, dichosamente inconsciente del efecto de bomba que acaba de producir en Crampton.)

CRAM. (Levantándose con rabia.) ¡McComas! (Llamando á Valentine.) ¡Valentine! (Otra vez con fiereza.) ¡Valentine! (Valentine se vuelve.) Esto es una emboscada, una conspiración. Aquí está mi familia, mis hijos, mi infernal mujer.

VAL. (Friamente.) Sí ¿eh? Vaya un encuentro interesante. (Reanuda su estudio del menú.)

CRAM. ¡Interesante! No para mí. No quiero nada con ellos y me largo. (Llamando al Camarero.) Venga mi gabán.

CAM. Aquí lo tiene, señor. (Vuelve, pone cuidadosamente contra la mesa del almuerzo, y delicadamente desdobra el gabán y para que se lo ponga Crampton.) Me parece que me he equivocado cuando creí que aquello era una broma del señorito joven, ¿no es así, señor?

CRAM. (Contesta con una especie de rugido Se para en el momento de querer meter los brazos en las mangas y se vuelve hacia Valentine con súbita sospecha.) Valentine, usted anda en esto. Usted fraguó este complot. Usted...

VAL. (Con decisión) ¡Tonterías! (Tira el menú y da la vuelta á la mesa para mirar con indiferencia por encima de la balaustrada.)

CRAM. (Enfadado.) ¿Qué demonios...? (McComas seguido de Felipe y Dolly salen del hotel. Vacila un momento al ver á Crampton.)

CAM. (Suavemente á Crampton.) Calma, señor. Ahí están, señor. (Recoge el bastón de Valentine y va hacia el hotel, llevando el gabán en el brazo; McComas

baja resueltamente los ángulos de su boca y va hacia Crampton el que retrocede y le mira fijamente con las manos puestas detrás de sí. McComas, con la frente más lisa que nunca, le mira con la majestad de una conciencia sin tacha)

CAM. (A parte, al pasar al lado de Felipe, para salir.) Ya lo sabe todo.

FEL. ¡Inapreciable William! (Avanza hacia la mesa.)

DOLLY (A parte, al Camarero.) ¿Qué efecto le produjo la noticia?

CAM. (A parte á Dolly.) En el primer momento se quedó pasmado, luego se resignó, de verdad que se resignó, señorito. (Lleva el bastón y el gabán adentro)

M'COM. (Después de mirar á Crampton sin acertar en su actitud.) ¡De modo que es usted mister Crampton!

CRAM. Sí, señor, cogido en una trampa, una trampa vil. ¿Son esos mis hijos?

FEL. (Con fría cortesía.) ¿Es ese nuestro padre?

M'COM. Sí... ejém... (Pierde toda seguridad y no puede proseguir.)

DOLLY (Convencional.) Tengo mucho gusto en volverle á ver. (Se pasea alrededor de la mesa cambiando de paso con Valentine una sonrisa y una palabra.)

FEL. Permítame cumplir mi primer deber de anfitrión encargando su vino de usted. (Toma la lista de los vinos de la mesa. Su atención cortés y la descuidada indiferencia de Dolly parece querer sólo continuar el conocimiento casual que hicieron por la mañana en casa del dentista. Ese descubrimiento afecta al padre tan vehementemente que empieza á temblar por todo su cuerpo. Su frente se pone húmeda y contempla silencioso á su hijo. Este se alegra poderosamente de su propia insensibilidad y de lo interesante de la situación y prosigue cortesmente.) Finch, como respetable abogado de la familia tomara, supongo, algún oportuno rancio.

M'COM. (Firme.) Sólo Apolinaris. No puedo tomar nada que caliente. (Se aparta al otro lado de la terraza, como quien deja la tentación detrás de sí.)

FEL. ¿Y usted, Valentine?

VAL. ¿Me despreciarán si pido cerveza de Munich?

FEL. Probablemente. Pero no importa, la pediré.

- También Dolly la bebe. (Volviéndose hacia Crampton con cortesía alegre.) ¿Y ahora, mister Crampton, qué podemos hacer por usted?
- GRAM. ¿Qué es eso, muchacho?
- FEL. ¡Muchacho! (Muy solemne.) ¿Quién tiene la culpa de que yo sea un muchacho? (Crampton le arranca bruscamente de las manos la lista de los vinos y hace como que la lee. Felipe se la deja con perfecta cortesía.)
- DOLLY (Mirando por encima del hombro derecho de Crampton) El whisky está en la penúltima página.
- GRAM. Déjame en paz, niña.
- DOLLY. ¡Niña! ¡No, no; puede usted llamarme Dolly si gusta, pero no debe usted llamarme niña. (Coge del brazo á Felipe, y los dos se quedan mirando á Crampton como á un extraño excéntrico.)
- GRAM (Frotándose la frente de rabia y angustia y, sin embargo, aliviado porque juegan con él.) McComas, parece ¡hum! que vamos á tener una comida agradable.
- M'COM. (Pusilánime.) No hay razón para que no sea agradable. (Con cara afligida.)
- FEL. Solo la cara de Finch es una fiesta.
- (Mistress Clandon y Gloria vienen del hotel. Mistress Clandon avanza con animosa posesión de sí misma y señalada dignidad en las maneras. Se para al pie de la escalera para dirigirse á Valentine que está en su camino. Gloria también se para mirando á Crampton con cierta repulsión.)
- CLAN. ¿Cómo está usted, mister Valentine? (El sonríe inclinándose. Ella pasa adelante y mira de frente á Crampton tratando de dirigirse á él con perfecta compostura, pero su aspecto le choca. Se para de repente y dice angustiada, con un toque de remordimiento.) Fergus, está usted muy cambiado.
- GRAM. (Con amargura.) Lo creo, un hombre cambia en dieciocho años.
- CLAN. (Turbada.) No... no quise decir eso. Espero que su salud es buena.
- GRAM. Gracias. No, no es mi salud, es mi dicha. A eso se refería lo del cambio, supongo.
- (Estallando de repente.) ¡Mírela usted, McComas; mírela y (Medio riendo, medio sollozando.) míreme á mí!

- FEL. ¡Chist! (Señalando la entrada del hotel en donde acaba de aparecer el Camarero.) ¡Orden delante de William!
- DOLLY (Tocando el brazo de William como para avisarle.)
¡Ejém!
(El Camarero va á la mesa de servicio y hace señal hacia la entrada de la cocina, de donde salen un camarero joven con platos soperos y un cocinero con gorra y delantal blanco, llevando una sopera. El camarero joven se queda y sirve; el cocinero sale y reaparece de vez en cuando trayendo las fuentes Corta pero no sirve. El Camarero se coloca al extremo de la mesa del almuerzo cerca de la escalera.)
- CLAN. (Cuando todos se juntan á la mesa) Supongo que todos se han visto ya unos á otros hoy. ¡Oh, no, dispénsennme. (Presentándolos) Mister Valentine. Mister McComas. (va al extremo de la mesa del lado del hotel.) Fergus, ¿quiere usted sentarse á la cabecera de la mesa?
- GRAM.
CAM. ¡Ah! (Con amargura) ¡La cabecera de la mesa! (Acercándole una silla con inofensivo modo de invitarle á sentarse.) Esta es la cabecera, señor. (Crampton se sienta.)
- CLAN. Mister Valentine, ¿quiere usted sentarse por ese lado (Indicando el lado junto á la balaustrada.) con Gloria? (Valentine y Gloria toman sus asientos, Gloria junto á Crampton, y Valentine junto á mistress Clandon.) Finch, debo ponerle á usted por este lado, entre Felipe y Dolly. Debe usted defenderse lo mejor que pueda. (Los tres aludidos toman el otro lado de la mesa, Dolly junto á su madre, Felipe junto á su padre y MacComas entre los dos. Se sirve la sopa.)
- CAM. (A Crampton.) ¿Caldosa, señor?
- GRAM. (A mistress Clandon.) ¿Nadie pronuncia una oración en esta familia?
- FEL. (Interrumpiéndole listo.) Veamos primero, William, lo que vamos á beber.
- CAM. Bien, señor. (Se desliza rápidamente alrededor de la mesa por la izquierda de Felipe. Al pasar dice en voz baja al Camarero joven.) Espera.
- FEL. Dos chicas de cerveza para nosotros, los niños, como siempre, William; una grande para este señor. (Indicando á Valentine.) Una

- grande de Apolinaris para mister McComas.
- CAM. Perfectamente.
- DOLLY Finch, tome usted con ello un poco de cerveza floja irlandesa.
- M'COM. (Escandalizado.) No, por Dios, gracias.
- FEL Un número cuatrocientos trece para mi madre y miss Gloria como antes; y... (Volviéndose hacia Crampton.) ¿para usted?
- GRAM. (Mohino y á punto de contestar ofensivamente.) Yo...
- CAM. (Melifluo.) Está bien, señor. Conozco los gustos de mister Crampton (Entra en el hotel.)
- FEL. (Mirando serio á su padre.) Frecuentan usted los bars. Mala costumbre. (El Cocinero, acompañado por un Camarero con una porción de platos calientes, trae el pescado de la cocina á la mesa de servicio y empieza á partirlo.)
- GRAM Ha aprendido usted su lección de su madre, según veo.
- CLAN. Felipe, hazme el favor de recordar que tus bromas son propias para irritar á las personas que no están acostumbradas á nosotros y que tu padre es nuestro huésped hoy
- GRAM (Con amargura.) Sí, un huésped á la cabecera de mi propia mesa. (Los platos soperos se quitan.)
- DOLLY (Asintiendo.) Sí, es penoso eso, ¿verdad? También para nosotros lo es, ¿sabe usted?
- FEL. ¡Chist! Dolly, los dos podríamos tener más tacto. (A Crampton.) Nuestras intenciones son buenas, mister Crampton; pero no estamos todavía muy fuertes en el apel filial. (El camarero vuelve con las bebidas.) William, venga usted y restablezca la buena armonía.
- CAM. (Alegre.) Sí, señor, por cierto. Chica de cerveza de Munich para usted, señorito. (A Crampton.) Seltz y cerveza floja, caballero. (A MacComas.) Apolinaris, señor. (A Dolly.) Chica Munich, señorita. (A mistress Clandon, echándole vino.) Cuatrocientos trece, señora. (A Valentine.) Grande de Munich para usted, señor. (A Gloria.) Cuatrocientos trece, miss.
- DOLLY (Bebiendo) Por la familia.
- FEL. (Brindando.) Por la casa y el hogar. (Se sirve el pescado.)

- M'COM. (Con un forzado tono de buen humor.) Estamos pasándolo perfectamente, después de todo.
- DOLLY (Crítica.) ¡Después de todo! ¿Después de qué, Finch?
- GRAM (Sarcástica.) Quiere decir que estais pasándolo perfectamente á pesar de la presencia de vuestro padre. ¿Es eso, mi-ster McComas?
- M'COM. (Desconcertado.) No, no. Dije después de todo para redondear la frase. Yo... ejém, ejém...
- CAM. (Con tacto.) ¿Un poco más de pescado, señor?
- M'COM. (Agradeciendo la interrupción) Gracias, gracias, tomé bastante.
- GRAM (A Felipe.) ¿Ha pensado usted ya en elegir una carrera?
- FEL. Todavía no, pero lo estoy pensando con empeño. ¡William!
- CAM. Mande.
- FEL. ¿Cuánto tiempo cree usted que tendría yo que aprender para ser un camarero realmente perfecto?
- CAM. Eso no se puede aprender, señor. Hay que haber nacido para ello. (Con confianza á Valentine, quien esta buscando algo con la mirada.) ¿Para la señorita? Voy. (Sirve pan á Gloria y prosigue.) Hay pocos que valen para ello.
- FEL. ¿No tiene usted algo así como un hijo?
- CAM. Sí, señor, sí. (A Gloria, bajando otra vez la voz.) ¿Un poco más de pescado, señorita? El asunto no vale mucho.
- GLOR. No, gracias. (Los platos del pescado se quitan.)
- DOLLY ¿Es también camarero su hijo de usted, William?
- CAM. (Poniendo pollo á Gloria.) ¡Oh, no, señorita; es demasiado alborotador para eso! Es de la curia.
- M'COM. Escribiente, supongo.
- CAM. (Con un toque de melancolía como recordando una pena atennada por el tiempo.) No señor, es doctor en derecho, como usted, caballero, y su bufete es de los buenos.
- M'COM. (Confuso.) Dispense usted.
- CAM. Señor, no tiene nada de particular. Ojalá fuese escribiente. Así se hubiese ganado la vida más pronto. (Aparte, á Valentine que vuelve

á buscar algo con la mirada.) La sal la tiene usted á su lado, señor. (Reanudando la conversación de antes.) Le tuve que mantener hasta los treinta y siete años. Pero ahora marcha bien. Gana un dineral.

M'COM. ¡La democracia, Crampton, la moderna democracial!

CAM. (Con calma.) No señor, no la democracia: sólo la instrucción, señor los colegios. Las universidades. (Dolly le tira de la manga y le habla en voz baja mientras él se inclina hacia ella.) ¿Cerveza en jarra, señorita? Muy bien, voy por ella. (A McComas) Ha tenido siempre buena vida, señor; nunca quiso trabajar de veras. (Entra en el hotel dejando a la reunión algo atónita por la alta posición de su hijo.)

VAL. ¿Quién de nosotros se atreverá ya á dar una orden á ese hombre?

DOLLY Espero que no se ofenderá por haberle yo mandado por cerveza

GRAM (Mohino.) Mientras es camarero, su obligación es servir. Si le hubiéseis tratado como se debe tratar á un camarero, se hubiese callado.

DOLLY ¡Qué lástima hubiese sido! Tal vez nos dé una recomendación para su hijo y por éste tengamos entrada en la sociedad de Londres. (El Camarero reaparece con la cerveza.)

GRAM (Gruñendo con desprecio.) ¡La sociedad de Londres! ¡La sociedad de Londres! No estás todavía para entrar en sociedad alguna, niña.

DOLLY (Perdiendo la calma.) Mire usted, mister Crampton, si usted se figura...

CAM. (Suavemente, á su lado.) Aquí está la jarra, señorita.

DOLLY (Distraída, recobra su buen humor después de lanzar un suspiro y dice por bajo á William.) Gracias, amigo William. Ha llegado usted á tiempo. (Bebe.)

M'COM. (Haciendo un nuevo esfuerzo para llevar la conversación por cauces no apasionados.) Si me permite usted cambiar de conversación, mistress Clandon, ¿cual es la religión establecida en Madera?

- GLOS. Supongo que la religión portuguesa; nunca he preguntado.
- DOLLY Por cuatesma los sirvientes vienen y se arrodillan delante de los amos y confiesan todo lo que han hecho de malo, y los amos hacen como que les perdonan. ¿Existe esta costumbre también en Inglaterra, William?
- CAM. Ordinariamente no. Puede que exista en alguna parte, pero no la he visto nunca, señorita. (Buscando la vista de mistress Clandon mientras el Camarero joven le ofrece la ensaladera.) Le gusta á usted más sin arreglar, señora; tengo un poco guardado para usted. (Le hace seña al joven de servir á Gloria.) Por aquí, José. (Coge de la mesa de servicio una ración especial de ensalada y lo coloca al lado de mistress Clandon. Al hacer esto observa que Dolly pone mala cara.) No es más que un poco de berro que por equivocación han mezclado con la lechuga, señorita (Le quita el plato con la ensalada.) Dispense. (Al joven le incita á servir más listo.) Vamos, José. (Reanudando la conversación general.) En este país, como es natural, seguimos los preceptos de la iglesia anglicana.
- DOLLY La iglesia anglicana. ¿Cuál es esa religión?
- GRAM. (Levantándose violentamente en medio de la consternación general.) Ve usted, McComas, cómo se han educado mis hijos. Lo ve usted, lo oye usted. Le tomo á usted de testigo... (sus palabras se hacen inarticuladas y está á punto de dar un puñetazo en la mesa cuando el Camarero se acerca y le quita el plato.)
- CLAN. (Con firmeza.) Siéntese, Fergus. No hay para qué enfadarse. No olvide usted que Dolly es una extranjera aquí. Le ruego que se siente.
- GRAM. (Cediendo á disgusto.) No sé si debo sentarme aquí donde tales cosas oigo. No sé.
- CAM. ¿Tomará usted queso, caballero, ó prefiere algún dulce frío?
- GRAM. (Distruido.) ¿Qué? ¡Ah!... queso, queso.
- DOLLY Traiga usted una cajetilla de cigarrillos, William.
- CAM. Ahí van, señorita. (Toma una cajetilla de la mesa de servicio y la coloca delante de Dolly, quien escoge

- un cigarro y se prepara á fumar. William vuelve á la mesa de servicio por una cajetilla de cerillas.)
- CRAM. (Mirando con espanto á Dolly.) ¡Pero fuma!
- DOLLY (Perdiendo la paciencia.) Realmente, mister Crampton, siento mucho molestarle. Voy á bajar á la playa para fumar. (Deja la mesa con petulante viveza y baja la escalera. El Camarero trata de darle las cerillas, pero ella se fué antes de que la alcanzara.)
- CRAM. (Furioso.) Margarita, llama á esa niña. Que vuelva, llámala.
- M'COM. (Tratando de poner paz.) Vamos, Crampton, no se sulfure. Es la hija de su padre, nada más.
- CLAN. (Con profundo resentimiento.) Espero que no, Finch. (Ella se levanta; todos se levantan un poco.) Mister Valentine, dispénsese usted. Temo que Dolly se haya ofendido y trastornado por lo que ha pasado. Voy á ver cómo está.
- CRAM. Para tomar parte contra mí, naturalmente.
- CLAN. (No haciéndole caso.) Gloria querida, ¿quieres reemplazarme mientras esté ausente? (Va hacia la escalera. La mirada de Crampton la sigue con odio amargo; los demás la observan con silencio embarazoso, sintiendo que el incidente es muy penoso.)
- CAM. (Cruzándose con ella para ofrecerle una caja de cerillas.) La señorita olvidó las cerillas, señora. Si quiere usted tener la bondad...
- CLAN. (Agradablemente impresionado por la cortesía del Camarero.) Muchas gracias. (Coge las cerillas y baja á la playa. El Camarero se hace acompañar de su ayudante y entra en la cocina dejando á los comensales abandonados á sí mismos.)
- CRAM. (Echándose hacia atrás en su silla.) ¡Vaya una madre, McComas! ¡Vaya una madre!
- GLOR. (Con firmeza.) Sí, una buena madre.
- CRAM. Y un mal padre ¿No es eso lo que quiere usted decir?
- VAL. (Levantándose indignado y dirigiéndose á Gloria.) Miss Clandon, yo...
- CRAM. (Volviéndose hacia él.) El apellido de esa muchacha es Crampton, mister Valentine, no Clandon. ¿Quiere usted juntarse con ellos para insultarme?
- VAL. (No haciéndole caso.) Estoy apenadísimo, miss

Clandon. De todo tengo yo la culpa; yo fui quien le trajo aquí. Yo soy responsable de él. Y estoy avergonzado de él.

CRAM. ¿Qué dice usted?

GLOR. (Levantándose irriamente.) No ha pasado nada, mister Valentine. Todos nos hemos portado un poco como chiquillos. Nuestra reunión ha sido un fracaso; levantemos la sesión y no pensemos más en ella. (Pone su silla á un lado y se vuelve hacia la escalera añadiendo, al pasar por delante de Crampton, en tono ligero.) Adiós, papá.

Baja la escalera con indiferencia fría. Todos la siguen con la mirada y así no notan la vuelta del Camarero desde el hotel, cargado con el gabán de Crampton, el bastón de Valentine, un par de toquillas y quitasoles, un quitasol grande de lona y algunas sillas de tijera.

CRAM. (A sí mismo, siguiendo á Gloria con una mirada iracunda) ¡Papá! ¡Papá! (Da un puñetazo violento sobre la mesa.) Me...

CAM. (Ofreciendo el gabán.) Este es de usted, caballero, si no me equivoco. (Crampton primero le mira, luego le arranca el gabán de las manos y atraviesa la terraza para ir al banco rústico, luchando con el gabán al querérselo poner. McComas se levanta, va para ayudarle; luego toma su sombrero y su quitasol del velador de hierro y se vuelve hacia la escalera. Mientras tanto el Camarero, después de entregar el gabán a Crampton, ofrece una parte de su carga á Felipe.) Los quitasoles de las señoras, señor. Hay un sol muy fuerte hoy. Es cosa mala para la tez. Voy á llevar yo abajo las sillas y el quitasol de lona.

FEL. Es usted viejo, papá William, pero es usted el hombre más atento que conozco. No, guarde usted los quitasoles y deme á mí las sillas. (Tomándolas.)

CAM. (Con desbordante gratitud.) Muchas gracias, señorito.

FEL. Finch, repartámonos la carga. (Le da dos sillas.) Végase usted por aquí. (Bajan juntos la escalera.)

VAL. (Al Camarero.) Déjeme algo que llevar... uno de estos. (Ofreciéndose á tomar un quitasol.)

- CAM. (Discreto.) Este es el de la señorita más joven. (Valentine lo suelta.) Dispénseme, creo que mejor será que coja usted esto. (Pone los quitasoles en la silla de Crampton y saca del bolsillo trasero de su frac un libro, entre cuyas hojas, para señalarlas, hay un pañuelo de señora.) La señorita mayor está leyendo este libro estos días. (Valentine lo coge vivamente.) Schopenhauer, como usted ve. (Recoge los quitasoles.) Es un autor muy interesante, señor, especialmente en lo que dice de las mujeres. (Baja la escalera. Valentine, á punto de seguirle, se acuerda de Crampton y cambia de decisión.)
- VAL. (Yendo algo excitado hacia Crampton.) Mire usted, Crampton, debiera usted estar del todo avergonzado.
- GRAM. (Reñidor.) ¡Avergonzado! ¿De qué?
- VAL. Por portarse como un oso. ¿Qué pensará de mí su hija por haberle yo traído á usted aquí?
- GRAM. Me importa un bledo lo que mi hija piense de usted.
- VAL. Claro, usted no piensa más que en sí. Usted es un perfecto egoísta.
- GRAM. (Indignado.) Ya oyó usted lo que soy... un padre... un padre á quien le han robado sus hijos. ¿Con qué se pueden ocupar los corazones de esa generación?... Aquí vine, al cabo de los años, para ver por primera vez lo que se ha hecho de mis hijos, para oír sus voces... y verme tratado como un extraño, invitado al almuerzo, ser mister Crampton. ¡Mister Crampton! ¿Qué derecho tienen de hablarme así? Soy su padre, no lo niegan. Soy un hombre con sentimientos humanos, con corazón; ¿no tengo derechos? ¿no tengo motivos de queja? ¿Qué personas he visto yo á mi lado durante todos estos años? Sirvientes, empleados, relaciones de negocios. Pero me han tratado con respeto, hasta con cariño. ¿Habríase alguno atrevido á hablarme como me habló esa niña, se habrá reído alguien de mí como aquel niño se estuvo riendo todo el tiempo? (Exasperado.)

¡Y eso lo hacen mis hijos, mis propios hijos! ¡Mister Crampton! Mis..

VAL. Vamos, que son chiquillos. La única que vale algo le llamó á usted papá.

CRAM. Sí: «adiós, papá.» ¡Adiós! ¡Oh! Sí, me tocó en el corazón... con un puñal.

VAL. (Tomando eso muy á mal.) Mire usted, Crampton, no hable usted mal de esa muchacha. Le trató á usted muy bien. Peor librado salí yo que usted, si vamos á ver.

CRAM. ¡Usted!

VAL. (Con impetu creciente.) Sí, yo. Estaba sentado á su lado. Y no le dije una sola cosa durante todo el tiempo... no se me ocurrió ni una palabra, por mucho que me esforzara. Y ni una palabra me dijo ella.

CRAM. ¿Y qué?

VAL. ¿Y qué? ¿Y qué? (Agarrándole con fuerza y hablando cada vez más de prisa.) Crampton, ¿sabe usted lo que me ha pasado hoy? Supongo que no creerá usted que suelo jugarles á mis pacientes la que le jugué hoy á usted.

CRAM. Claro que no.

VAL. La explicación es que estoy loco de remate, ó mejor dicho, que no he estado nunca en mis cabales antes. Soy capaz de todo; me he crecido, soy un hombre, y es la hija de usted quien me ha hecho hombre.

CRAM. ¿Se ha enamorado usted?

VAL. (Las palabras salen como un torrente.) ¡Enamorado! Lo que siento es más que amor. Es vida, fe, fuerza, iniciativa, seguridad, paraíso...

CRAM. (Interrumpiéndole con desprecio y acritud.) Tonte-rías, hombre. Con las rentas que usted tiene no puede casarse.

VAL. ¿Quién habla de casarse? Quiero besar su mano, quiero arrodillarme ante ella, quiero vivir para ella, quiero morir para ella, y esto me bastará. ¡Mire usted su libro! ¡Mire! (Besa el pañuelo.) Si me ofreciese usted todo su dinero porque no bajara yo á la playa á hablarle otra vez, con el pretexto de llevarle el libro, le contestaría á usted con una carcajada. (Se precipita con júbilo hacia la escalera, en

donde choca con los brazos del Camarero, que está su-
biendo. Los dos evitan una caída agarrándose mutua-
mente con los brazos y dando vueltas.)

CAM. (Suavemente.) ¡Cuidado, señor, cuidado!

VAL. (Avergonzado de su impetuosidad.) Dispense usted.

CAM. Nada, nada. Es muy natural á la edad de
usted. La señorita me ha mandado á buscar
su libro. Me tomo la libertad de rogarle á
usted que se lo lleve en seguida.

VAL. Con mucho gusto. Y usted permítame rega-
larle los honorarios de un dentista ganados
en seis semanas. (Le ofrece la pieza de plata que
le dió Dolly.)

CAM. (Como si la suma fuese mayor de lo que podía esperar)
Gracias, señor, muchas gracias. (Valentine baja
precipitadamente la escalera.) ¡Vaya un caballero
generoso y fino!

CRAM. (Gruñendo.) Y que hará su fortuna corriendo,
no hay duda. Yo sé á cuánto ascienden sus
honorarios en seis semanas. (Atraviesa la terra-
za, va al velador de hierro y se sienta en una silla.)

CAM. (Filosófico.) Bien, señor, ¿quién sabe? «¿Quién
sabe?» Ese es mi lema, y dispense usted
que me permita gastar ese lujo. (Volviendo á
ser Camarero.) Pero veo, señor, que usted ni
ha probado el agua de Seltz y la cerveza.
(Coge el sifón y la botella de la mesa del almuerzo y
coloca todo en el velador.) Sí, señor. ¿Quién
sabe? Ahí tiene usted á mi hijo. ¿Quién pen-
sara que llegaría algún día á llevar toga! Y
ahora gana nada menos que cincuenta gui-
neas al mes. ¡Qué ejemplo, señor!

CRAM. Espero que es agradecido y sabe recompen-
sarle por todo lo que ha hecho usted por él.

CAM. Nos llevamos muy bien, él y yo, señor, muy
bien, si se considera la diferencia de nues-
tras posiciones. (Con otra de sus inimitables tran-
siciones.) Un terroncito de azúcar, señor, para
quitarle su gusto soso al agua de seltz. Per-
mítame. (Deja caer un terrón en el vaso de Cramp-
ton.) Pero como yo le digo muchas veces á
mi hijo, ¿dónde está la diferencia después
de todo? Si yo tengo que llevar frac para
que sepan lo que soy, él tiene que llevar

toga y birrete para enseñar lo que es. Si mis ingresos se componen principalmente de propinas, y alguien se escapa sin darme algo, sus ingresos se componen de honorarios, y también más de uno se irá sin pagárselos. Si le gusta la sociedad y su profesión le pone en contacto con todas las clases, la mía en eso es parecida. Si hay algún inconveniente para un abogado en que un camarero sea su padre, señor, tampoco á un camarero le hace mucha gracia que su hijo sea abogado: muchos se lo achacan como una gran libertad que se ha tomado. ¿Se le ofrece algo más, señor?

CRAM. No, gracias. (Con humildad amarga.) Supongo que no hay inconveniente en que me siente aquí un momento: aquí no estorbo á los de la playa.

CAM. (Con emoción.) Es usted muy amable, señor, de aparentar como que no es una honra y un favor para nosotros el tenerle á usted en casa, mister Crampton. Deseamos que considere esta casa como suya.

CRAM. (Con ironía punzante.) ¡Mi casa!

CAM. (Pensativo.) Sí, señor, eso es cuestión de gustos. Yo digo que la gran ventaja de un hotel es que constituye un refugio cuando cansa ó no existe la vida del hogar.

CRAM. No he notado esa ventaja hoy.

CAM. Efectivamente, señor. Dios mío, siempre sucede lo que menos se esperaba. (Meneando la cabeza.) ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? (Entra en el hotel.)

CRAM. (Apoya en sus manos su cara abatida y triste y mira con ojos apagados en el vacío.) ¡El hogar! ¡El hogar! (Pone los brazos en el velador é inclina la cabeza, pero oye á alguien que se acerca y se incorpora de repente. Es Gloria quien ha subido sola la escalera, con su quitasol y su libro en la mano. El la mira como desafiando, con la brutal obstinación de su boca y el anhelo de sus ojos que se contradicen patéticamente uno á otro. Ella avanza hacia el rincón del banco rústico y queda de pie, de espalda al mismo, apoyada á un extremo en el respaldo y mirando á Crampton,

como extrañando su debilidad: tiene demasiada curiosidad para mostrarse indiferente con él, pero no le importan los lazos del parentesco.) ¿Qué hay?

GLOR. Necesito hablarle un momento.

GRAM. (Mirándole fijamente.) ¡De veras! Eso es chocante. Se encuentra con su padre después de dieciocho años, y ahora necesito hablarle un momento. Eso es conmovedor, ¿no le parece? (Apoya la cabeza en la mano y mira á otro lado, hundido en sombríos pensamientos.)

GLOR. Todo eso que dice usted, me parece irrazonable, injustificado. ¿Qué sentimientos espera que tengamos para con usted? ¿Qué es lo que deberíamos hacer para tenerle contento? ¿Qué es lo que desea? ¿Por qué es usted menos cortés con nosotros que las demás personas? Bien se ve que no nos quiere mucho... claro, ¿por qué nos había de querer? Pero, creo que podríamos vernos sin reñir.

GRAM. (Una terrible sombra gris pasa por encima de su cara.) ¿Se hace usted cuenta de que soy su padre?

GLOR. Ya lo creo.

GRAM. ¿Sabe usted lo que se me debe como á padre?

GLOR. ¿Por ejemplo?

GRAM. (Levantándose como para combatir á un monstruo.) ¡Por ejemplo! ¡Por ejemplo! ¡Qué pregunta! Pues se me debe cariño, respeto, obediencia...

GLOR. (Dejando su descuidada actitud de estar apoyada en el respaldo del banco y poniéndose enfrente de él con altanería.) No obedezco más que á mi sentido de lo que es justo y bueno. No respeto más que lo que es noble. Ese es mi deber. (Añade con menos firmeza.) En cuanto al cariño no puedo juzgarlo. No estoy segura de saber exactamente lo que es el cariño. (Se aparta con evidente repugnancia por esta parte de la conversación y va hacia la mesa del almuerzo á buscar una silla cómoda. Luego deposita en la mesa su libro y su quitasol.)

GRAM. (Siguiéndola con la mirada.) Pero, ¿sabe usted realmente lo que está diciendo?

- GLOR. (Volviéndose hacia él con vivacidad y severidad.) Dispense usted, pero esa es una pregunta descortés. Estoy hablando en serio con usted y espero que también usted me tome en serio á mí. (Coge una de las sillas de la mesa, la aparta de ella y se sienta un poco cansada, diciendo:) ¿No puede usted discutir esas cosas de una manera calmosa y razonable?
- GRAM. ¡Fría y razonable! No puedo. ¿Me entiende usted? No puedo.
- GLOR. (Con énfasis) No. Eso no lo puedo entender. No tengo simpatía por...
- GRAM. (Estremeciéndose nerviosamente.) Calle. No me diga nada más; no sabe lo que está haciendo. ¿Me quiere volver loco? (Ella frunce la frente, pues encuentra intolerable semejante petulancia. El añade pronto.) No, no estoy enfadado. De veras que no. Espere, espere; deme un momento para reflexionar. (Se queda un momento de pie, frunce las cejas y se retuerce las manos con una agitación que con trabajo domina. Luego toma la silla del extremo de la mesa y se sienta al lado de Gloria diciendo con un esfuerzo conmovedor para ser amable y tolerante.) Ya estoy mejor. Vamos á ver.
- GLOR. (Con firmeza.) ¿Ve usted? Todo es fácil cuando se piensa resueltamente en ello.
- GRAM. (Con susto súbito.) No, no pienses. Lo que necesito es que sientas. Eso es lo único que puede remediar la situación. Oye... Es que... pero antes... se me olvidaba. ¿Cómo te llamas? Vamos, quiero decir: ¿cuál nombre te dan de ordinario? .. Puesto que no te llamarán con el de Sofronia, que es con el que fuiste bautizada.
- GLOR. (Desagradablemente sorprendida.) ¡Sofronia! ¡Vaya un nombre! Yo me llamo Gloria. Siempre me han llamado así
- GRAM. (Sacando otra vez el genio.) Te llamas Sofronia, niña; así te bautizaron por tu tía Sofronia, mi hermana. ella te dió la primera Biblia con tu nombre escrito en la primera página.
- GLOR. Entonces mi madre me dió otro nombre.

- CRAM. (Enfadado.) No tenía derecho á hacerlo. No lo permitiré.
- GLOR. Usted no tiene derecho á darme el nombre de su hermana. No la conozco.
- CRAM. Estás diciendo sandeces. Hay extralimitaciones á las que yo pondré coto. No las tolero. ¿Me entiendes?
- GLOR. (Levantándose con decisión.) ¿De modo que lo que usted quiere es reñir?
- CRAM. (Asustado, suplicante.) No, no; siéntate, anda... (Ella le mira teniéndole en suspenso. El hace un esfuerzo y pronuncia el nombre con el que no está conforme.) Gloria. (Ella señala su satisfacción con un ligero movimiento de los labios y se vuelve á sentar) Eso es. Ya ves que solo deseo demostrarte que soy tu padre, mi... mi querida hija. (El intento de tratamiento cariñoso resulta tan torpe que ella, á pesar suyo, sonríe y se resigna á tratarle con un poco de indulgencia) Escucha ahora. Lo que quiero preguntarte es lo siguiente: ¿recuerdas algo á tu padre? Eras muy chiquita cuando te separaron de mí, pero ya lo entendías todo. ¿No recuerdas á alguien á quien querías ó (Timidamente.) á quien por lo menos á tu manera infantil no mirabas mal? Vamos ¿á alguien que te dejaba estar en su despacho y coger unos buquecitos que tú tomabas por juguetes? (La mira angustiado á la cara esperando una contestación y continúa con menos esperanza y más insistencia.) ¿A alguien que te dejaba hacer todo lo que querías y no te regañaba nunca, sino que sólo te decía que estuvieses quieta y no hablastes? ¿A alguien que era para tí lo que nadie, en una palabra, que era tu padre?
- GLOR. (sin conmoverse.) Si me pinta usted las cosas así, parece que me quiero acordar. Pero realmente no recuerdo nada.
- CRAM. (Anheloso.) Pero tu madre, ¿nunca te ha hablado de mí?
- GLOR. Nunca ha pronunciado su nombre de usted delante de mí. (Él gruñe involuntariamente. Ella le mira algo despreciativa y prosigue:) Excepto una vez: y entonces me recordó una cosa que yo había olvidado.

- GRAM. (Levantando los ojos con esperanza.) ¿Qué cosa fué esa?
- GLOR. (Sin piedad.) La fusta que usted compró para pegarme.
- GRAM. (Rechinando los dientes.) ¡Ah, venir con eso contra mí! ¡Para enemistarte conmigo! Cuando no necesitabas haberlo sabido. (Lanza un suspiro de desesperación.) ¡Maldita sea!
- GLOR. (Levantándose con violencia) ¡Infame! (Acentuando más.) ¡Infame! ¡Se atreve usted á maldecir á mi madre!
- GRAM. ¡Callate ó lo sentirás luego! Soy tu padre.
- GLOR. ¡Cuánto odio ese nombre! ¡Cuánto quiero el de madre! Lo mejor será que me deje usted sola.
- GRAM. Me aborreces. Me quieres matar. Alguien... yo... (Su voz se ahoga; está á punto de desmayarse.)
- GLOR. (Va hacia la balastrada sin apurarse y llama hacia la playa.) ¡Mister Valentine!
- VAL. (Contestando desde abajo) Señorita.
- GLOR. Haga usted el favor de subir un momento. Mister Crampton le necesita. (Vuelve á la mesa y echa agua en un vaso.)
- GRAM. (Recobrando el habla.) No; dejadme solo. No le necesito. Estoy bien te digo. No necesito ni de tu ayuda ni de la suya. (Se levanta y se pone tieso.) Lo dijiste; lo mejor será que me vaya. (Se pone el sombrero.) ¿Es esa tu última palabra?
- GLOR. Creo que sí. (Él la mira un momento con fiereza, meneando la cabeza como si estuviese conforme y entra en el hotel. Ella le mira con la misma firmeza hasta que desaparece, y entonces hace un ademán como de alivio y se vuelve para hablar con Valentine, quien viene subiendo precipitadamente la escalera.)
- VAL. (Jadeante.) ¿Qué pasa? (Mirando á su alrededor.) ¿Dónde está Crampton?
- GLOR. Se marchó. (La cara de Valentine se ilumina con súbita alegría mezclada con susto y angustia. Acaba de darse cuenta de que se halla solo con Gloria. Ella prosigue con indiferencia.) Pensé que se ponía malo, pero ya está bien. No quiso esperarle á usted. Lo siento. (Va hacia su libro y quitasol.)
- VAL. Me alegro. Me pone nervioso al fin y al

cabo. (Hace como que se deja arrebatar.) ¡Cómo puede ese hombre tener una hija tan hermosa?

GLOR. (Sorprendida por un momento; luego contestándole con desprecio cortés pero intencioso.) Esas palabras que acaba usted de pronunciar quieren ser los preliminares de una declaración. Permítame que le diga que encuentro muy tontas semejantes conversaciones. Mire usted, si hemos de ser amigos, seámoslo de un modo razonable y lógico. No tengo la intención de casarme, y si no está usted conforme con este estado de cosas, lo mejor será que no sigamos frecuentándonos.

VAL. (Timido.) Comprendo. Pero permítame usted una sola pregunta: ¿Su oposición al casamiento obedece á una averción contra tal institución ó contra mí personalmente?

GLOR. No le conozco á usted bastante, mister Valentine, para tener una opinión acerca de sus méritos personales. (Se aparta de él con suma indiferencia y se sienta en el banco rústico.) No creo, de todos modos, que las condiciones del matrimonio hoy día sean tales que una mujer que se respete á sí mismo las pueda aceptar.

VAL. (Cambiando al punto de tono y hablando con cordial sinceridad como aceptando francamente sus palabras y sus principios.) ¡Oh! ese es un punto de vista más que nos es común. Estoy del todo conforme con usted; las condiciones del matrimonio son en su mayor parte abominables. (Se quita el sombrero y lo tira alegremente sobre el velador.) No, lo que yo deseo es acabar con toda esa insensatez. (Se sienta á su lado de un modo tan natural que ella no piensa en oponerse y prosigue con entusiasmo.) ¿No es cosa horrible, bien pensado, que un hombre y una mujer casi no puedan dirigirse la palabra sin que se les suponga fines de esa índole? Como si no hubiese otros intereses ni otros objetos de conversación, como si la mujer no valiese para otra cosa.

GLOR. (Con interés.) ¡Oh! ahora empieza usted á ha-

blar humana y razonablemente, mister Valentine.

VAL. (Con una centelia en la mirada al ver el éxito de su estratagema de buen cazador.) Es claro, dos personas inteligentes como nosotros, ¿no han de alegrarse al encontrarse en este mundo estúpido y convencionalmente rutinario, con otra de e-s-píritu esclarecido y sin prejuicios?

GLOR. (Seria.) Espero encontrar muchas personas así en Inglaterra.

VAL. (Con duda.) ¡Hum! no sé que le diga. Hay muchas personas aquí, unos cuarenta millones, pero no todas pertenecen á las clases ilustradas como en Madera.

GLOR. (Ya con todo interés hacia su tema.) ¡Oh! en Madera no hay más que gente idiota y llena de prejuicios... seres débiles y sentimentales. Odio la debilidad y odio el sentimiento.

VAL. Eso es lo que la hace á usted tan inspiradora.

GLOR. (Con una ligera sonrisa.) ¿Soy inspiradora?

VAL. Sí. La fuerza es contagiosa.

GLOR. La debilidad sí que lo es.

VAL. (Con convicción.) Usted es fuerte. ¿Sabe usted que ha cambiado usted el mundo para mí esta mañana? Estaba malhumorado, pensando en mi alquiler sin pagar y temiendo por el futuro. Cuando entró usted, me quedé deslumbrado. (La frente de ella se anubia un poco. El prosigue con rapidez.) Fué una tontería, naturalmente, pero real y verdaderamente algo me aconteció. Explíquelo como quiera, el caso es que mi sangre (Vacila buscando una palabra bastante desapasionada) se oxigenó, mis músculos se fortalecieron, mi espíritu se aclaró, mis energías se despertaron. Es extraño, ¿verdad? considerando que soy un hombre nada sentimental.

GLOR. (Molesta, levantándose.) Bajemos á la playa.

VAL. (Sombrio, levantando los ojos hacia ella.) ¡Qué! ¿también usted siente...?

GLOR. ¡Sentir! ¿Qué?

VAL. Miedo.

GLOR. ¡Miedol

- VAL. Como si iba á suceder algo. A mí me sobrecogió en el preciso momento en que propuso usted que nos fuésemos á reunir con los demás.
- GLOR. (Atónita.) Eso es extraño... muy extraño. Tiene el mismo presentimiento.
- VAL. ¡Qué extraordinario! (Levantándose.) Pues bien, ¿vámonos?
- GLOR. ¡Írnos! ¡Oh! no, eso sería infantil. (Se vuelve á sentar. Se vuelve á su asiento al lado de ella y la observa con un aire de simpatía profunda. Ella está pensativa y un poco turbada al añadir:) ¿Qué será la explicación científica de esas fantasías que cruzan á veces por nuestro cerebro?
- VAL. Vaya usted á saber. Es una sensación singular que no puede uno remediar.
- GLOR. (Sublevándose contra ese concepto.) ¡Que no puede uno remediar!
- VAL. Sí. Como si la naturaleza después de permitirnos pertenecernos á nosotros mismos y hacer lo que nos parece bien y razonable durante años y años, levantara de repente su poderosa mano para cogerlos á sus dos niños pequeños por el cuello, á pesar nuestro, con el objeto de emplearnos para sus propios propósitos á su manera.
- GLOR. Algo fantástica me parece esa explicación.
- VAL. (Con nueva y extraña transición a un tono de extrema desesperación.) No sé. Ni me importa. (Estallando en reproches) ¡Oh, miss Clandon, miss Clandon! ¿Por qué hizo usted eso?
- GLOR. ¿Qué hice?
- VAL. Ha echado sobre mi ese encantamiento. Yo trato sinceramente de ser razonable... científico... lo que usted quiera. Pero... pero... ¡oh!... ¿no ve usted como ha puesto mi imaginación?
- GLOR. (Con severidad indignada é iracunda.) Espero que no sea tan necio, tan vulgar de pronunciar la palabra «amor».
- VAL. (Con apresuramiento irónico para negar tal debilidad) No, no, no. ¿Amor, dijo usted? ¡Quíá! Sabemos cosa mejor que eso. Llámemosla quí-mica. No puede usted negar que exista algo

que se llama acción química, afinidad química, combinación química... la fuerza más irresistible de todas las fuerzas naturales. Pues bien, usted me atrae irresistiblemente... químicamente.

GLOR.

(Despreciativamente.) ¡Tontería!

VAL.

Naturalmente que es tontería, niña estúpida. (Gloria retrocede sorprendida y ofendida.) Sí, niña estúpida, es o sí que es un hecho científico. Usted es una majadera, una marisabidilla, una bachillera ridícula. ¿Lo sabe usted? (Levantándose.) Ahora ya supongo, hemos acabado para siempre. (Va al velador y coge su sombrero.)

GLOR.

(Con calma fingida se sienta y toma una actitud parecida a la de una maestra de escuela delante del fotógrafo.) Eso demuestra lo poco que me conoce usted. No estoy en lo más mínimo ofendida. (El se para y pone el sombrero otra vez en el velador.) Siempre estoy dispuesta, mister Valentine, a que de mis defectos me hablen mis amigos aunque estos estén tan equivocados como usted. Tengo muchos defectos... muy grandes defectos... de carácter y de temperamento... pero sí hay una cosa que no soy, es lo que llama usted marisabidilla y bachillera. (Contrae los labios y le mira con firmeza, como para desafiarle, más dueña de sí misma que antes.)

VAL.

(Volviendo al extremo del banco rústico para mirarla con más énfasis.) Ya lo creo que lo es usted; mi razón y mis conocimientos y mi experiencia me lo dicen.

GLOR.

Permítame que le recuerde que su razón y sus conocimientos y su experiencia no son infalibles.

VAL.

O tengo que fiarme en ellos ó en mis ojos, mi corazón, mis instintos y mi imaginación que me están diciendo acerca de usted las mentiras más monstruosas.

GLOR.

(Su seguridad empieza á flaquear.) ¡Mentiras!

VAL.

(Obstinado.) Sí, mentiras. (Se vuelve á sentar á su lado.) ¿Puede usted suponer que yo crea que es usted la mujer más hermosa que hay en el mundo?

- GLOR. Eso es ridículo. Es una alusión personal.
- VAL. Claro que es ridículo. Pero de todos modos es lo que me dicen mis ojos. (Gloria hace un movimiento de protesta despreciativa.) Nada, no es adulación. Le juro que no creo á mis ojos. (Se ruboriza ella por no encontrarlo bien tampoco.) ¿(ree usted que si me vuelve la espalda asqueada por debilidad, voy á quedarme aquí llorando como un niño?
- GLOR. (Empieza a notar que tiene que decir pocas palabras para mantenerse firme.) ¿Para qué había usted de llorar?
- VAL. (Poniendo en su voz, intencionadamente, un toque sentimental.) Claro: no soy tan idiota. Y, sin embargo, me dice mi corazón, mi loco corazón, que debiera llorar. Pero yo discuto con él y le convengo. Aunque la quisiera á usted mil veces más, me esforzaría en mirar de frente á la verdad. Después de todo, es fácil ser juicioso; los hechos son los hechos. ¿Qué sitio es este? No es el cielo, es el hotel de la Marina. ¿Qué es el tiempo? No es la eternidad. Son las dos de la tarde. ¿Qué soy yo? Un dentista... un dentista de á cinco che-lines.
- GLOR. Y yo soy una bachillera ridícula.
- VAL. (Apasionado.) No, no, eso no lo puedo sufrir: una ilusión tiene que quedarme, la ilusión que se relaciona con usted. Yo la amo. (se vuelve hacia ella como si el impulso de tocarla fuese irreprimible; ella se levanta y está en guardia, con ira; él se levanta bruscamente y retrocede un paso.) ¡Ah, qué loco soy, qué tonto! No me comprende usted: lo mismo podría hablar con las piedras de la playa. (Se aparta, descorazonado.)
- GLOR. (Más segura por su retroceso y un poco arrepentida.) Lo siento; mi intención no es ofenderle, mister Valentine, pero, ¿qué quiere usted que diga?
- VAL. (Volviendo hacia ella y cambiando sus desvarios por calmoso y caballeroso respeto.) No puede usted decir nada, miss Clandon. Perdóneme: yo he tenido la culpa, ó, mejor dicho, la mala suerte. Ya ve usted; todo para mí dependía

de que le fuese simpático. (Ella va á hablar; él la para con un ademán suplicante.) ¡Oh! comprendo que no debe usted decir si me quiere ó no me quiere, pero...

GLOR. (Recordando sus principios.) ¡Que no debo! ¿Por qué no? ¡Soy una mujer libre y puedo decir lo que se me antoje.

VAL. (Como aterrado, retrocediendo.) ¡Oh, no hable, no lo quiero oír!

GLOR. (Ya sin ira alguna.) No se asuste. Conozco que es usted sentimental y un poco chiflado. Pero le quiero.

VAL. (Dejándose caer como aplastado en la silla de hierro.) ¡Entonces todo acabó! (Presenta la imagen de la desesperación.)

GLOR. (Extrañada acercándose á él.) Pero... ¿por qué?

VAL. Porque querer no es bastante. Pensándolo bien, yo mismo no sé si la quiero ó no la quiero.

GLOR. (Bajando la mirada hacia él con sorpresa é inquietud.) Lo siento.

VAL. (Luchando titánicamente con su pasión.) ¡Oh, no me tenga lástima! Su voz me está desgarrando el corazón. Déjeme solo, Gloria. Agita usted mi alma en lo más profundo, turbándome y conmoviéndome... No puedo luchar con ello... No puedo hablarle...

GLOR. (Encogiéndose de repente.) ¡Oh, cálese, no me diga lo que siente! No lo puedo soportar.

VAL. (Levantándose triunfante, su voz agonizante antes toma ahora una entonación fuerte, jubilosa y sonora.) ¡Ah, por fin llegó... el momento de tener yo ánimo; (Le coge las manos; ella le mira con terror.) el momento de tener ánimo los dos! (La atrae hacia sí y la besa con fuerza impetnosa riendo como un niño.) Ahora la hiciste, Gloria. Se acabaron mis penas, nos amamos. (Ella sólo alienta con fuerza.) ¡Pero qué cruel fuiste! ¡Y yo qué miedos pasé!

FEL. (Llamando desde la playa.) ¡Valentine!

DOLLY. (Dentro.) ¡Mister Valentine!

VAL. Adiós, adorada mía. Perdóname. (Le besa á Gloria rápidamente la mano y va corriendo hacia la escalera en donde encuentra á mistress Clandon que sube. Gloria, arrobada le sigue con los ojos.)

- CLAN. Los niños le buscan á usted, mister Valentine. (Mira ansiosamente á su alrededor.) ¿Se fué?
- VAL. (Turbado.) ¿Quién? (Recordando) ¡Ah! Crampton. Pues no hace poco que se fué. (Baja la escalera á saltos.)
- GLOR. (Dejándose caer en el banco.) ¡Mamá!
- CLAN. (Precipitándose alarmada hacia ella.) ¿Qué pasa, querida?
- GLOR. (Con reproche intenso.) ¿Por qué no me educaste como se debe?
- CLAN. (Atónita.) Hija mía, hice lo mejor que pude.
- GLOR. ¡Oh! no me enseñaste nada, nada.
- CLAN. ¿Pero qué te sucede?
- GLOR. (Con la expresión más intensa.) Me avergüenzo, me avergüenzo... sí... me avergüenzo. (Su cara se ruboriza fuertemente y se la tapa con las manos volviendo la espalda á su madre.)
-



ACTO TERCERO

El salón de la familia Clandon en el hotel. Un apartamento caro en el piso bajo, con una puerta vidriera de dos hojas que da al jardín. En el centro de la habitación hay una mesa maciza, rodeada de sillas y cubierta con un tapete color marrón sobre el que están dispuestos guías diversas opulentamente encuadernadas. Una persona que entrara desde la puerta vidriera y se acercara á dicha mesa tendría á su izquierda la chimenea y, á su derecha, una mesa de escribir junto á la pared, cerca de la puerta lateral, que esta más al fondo. Admiraría, si á su gusto correspondiese, el decorado de las paredes de Lincrusta Walton en color ciruela y bronce, con cornisa y zócalo; las consolas doradas en los rincones; los jarrones encima de pedestales de mármol veteado con peana de madera negra pulimentada, uno á cada lado de la puerta vidriera; la vitrina ornamental, cerca del jarrón situado del lado de la chimenea, cerrada en su centro por una puerta incrustada, y sus esquinas formadas por cristales curvos protegiendo cacharros azules y blancos baratos; la mesa de té, de bambú, con las hojas que se doblan, en el sitio correspondiente, por el otro lado de la puerta vidriera; las pinturas de trasatlánticos y perros de Landseer; la otomana de almohadones en una línea con la puerta lateral pero por el otro lado del cuarto, los dos asientos cómodos, del mismo modelo, cerca de la chimenea; y finalmente, echando una mirada alrededor y hacia arriba, vería encima de la puerta vidriera un macizo bastón de bronce sustentando un par de colgaduras de reps marrón con

franja verde claro. En conjunto, una habitación arreglada para lisonjear la vanidad de los ocupantes y reconciliarlos con el gasto diario de una libra por usarla.

Mistress Clandon está sentada á la mesa de escribir, corrigiendo pruebas. Gloria está de pie cerca de la vidriera, mirando afuera absorta en atormentados ensueños.

El reloj de la chimenea da las cinco con sonido mortecino, porque el timbre está encarcelado en un cenotafio de mármol negro que se opone á su sonoridad.

CLAN. ¡Las cinco ya! Creo será inútil esperar ya á los niños. Habrán tomado el té en cualquier sitio.

GLOR. (Cansada.) ¿Quieres que llame?

CLAN. Sí, hija. (Gloria va hacia la chimenea y tira el cordón de la campanilla.) He concluído con las pruebas, á Dios gracias.

GLOR. (Pascándose pensativa por la habitación y colocándose detrás de la silla de su madre.) ¿Qué pruebas?

CLAN. La nueva edición de «Las mujeres del siglo XX.»

GLOR. (Con una sonrisa amarga.) Ahí falta un capítulo.

CLAN. (Hojeando sus pruebas.) ¿Cómo o? No creo

GLOR. Quiero decir que falta uno por escribir. Tal vez lo escriba yo por tí... cuando conozca su final. (Vuelve hacia la vidriera.)

CLAN. Gloria, ¡más enigmas!

GLOR. ¡Oh! no, el mismo enigma.

CLAN. (Confusa y algo cohibida después de observarla por un momento.) Querida mía.

GLOR. (Volviendo.) ¿Pues?

CLAN. Sabes que nunca hago preguntas.

GLOR. (Arrodillándose al lado de la silla de su madre.) Lo sé, lo sé. (De repente abraza á su madre casi apasionadamente.)

CLAN. (Con calma, sonriendo pero cohibida.) Querida mía, te vas volviendo sentimental

GLOR. (Retrocediendo.) ¡Oh! no, no, No digas eso... ¡Oh!.. (Se levanta y se aleja con un ademán como si estuviese luchando consigo misma.)

CLAN. (Suavemente.) Hija mía ¿qué te pasa? ¿Qué...? (El Camarero entra con la bandeja del té.)

- CAM. Señoras, cuando llamaron supuse que querían el té.
- CLAN. Acertó usted, gracias. (Aparta su silla de la mesa de escribir y se vuelve á sentar. Gloria va hacia la chimenea y se sienta con la cara vuelta hacia la vidriera.)
- CAM. (Colocando la bandeja provisionalmente en la mesa del centro.) Me lo figuré. Es notable lo que los nervios se suelen aflojar por la tarde sin una taza de té. (Arregla la mesa de té y la coloca delante de Mistress Clandon siguiendo en su charla.) Los señoritos acaban de volver ahora, señora. Creo que hicieron una excursión en lancha. Es muy agradable el mar en tardes como esta... agradable y tonificante. (Recoge la bandeja de la mesa del centro y la coloca en la mesa de té.) Mister McComas no vendrá al té, señora; ha ido á hacer una visita á mister Crampton. (Coge dos sillas y coloca una á cada lado de la mesa de té.)
- GLOR. (Mirando á su alrededor como asustada.) ¿Y el otro caballero?
- CAM. (Tranquilizándola.) Descuide, señorita, que vendrá en seguida. Ha estado remando mucho y se fué á la botica á comprar algo para las ampollas. Pero viene en seguida, en seguida. (Gloria, muy agitada é impaciente, va precipitadamente hacia la puerta vidriera á la mesa.)
- CLAN. (Medio levantándose.) Glo... (Gloria sale. Mistress Clandon mira perpleja al Camarero que no revela la más mínima extrañeza.)
- CAM. (Cariñoso.) ¿Se ofrece algo más, señora?
- CLAN. Nada, gracias.
- CAM. Bien, señora. (En el momento en que se retira, Felipe y Dolly entran corriendo, alborozados. Se pone á un lado de la puerta, luego sale y cierra.)
- DOLLY. (Ansiosa.) Mamá, dame un poco de té. (Mistress Clandon le echa una taza.) Hemos andado en lancha. Valentine viene en seguida.
- FEL. No tiene costumbre de remar. ¿Dónde está Gloria?
- CLAN. (Angustiada, echando té para Felipe.) Felipe, algo extraño pasa con Gloria. ¿Ha sucedido algo? (Felipe y Dolly se miran y ahogan una risa.) ¿Qué hay?

- FEL. (Sentándose á su izquierda.) Romeo...
- DOLLY (Sentándose á su derecha.) Y Julieta.
- FEL. (Tomando su taza de manos de mistress Clandon.) Si, querida mamá: la historia de siempre. Dolly, no te tomes toda la leche. (Le coge arrebatadamente la jarrita.) Si, en la Primavera...
- DOLLY La fantasía de un joven...
- FEL. Fácilmente se vuelve hacia... gracias... (A mistress Clandon, quien le ofrece las pastas.) pensamientos de amor. También sucede á veces en Otoño. El joven, en este caso concreto, es...
- DOLLY Valentine.
- FEL. Y su fantasía se ha dirigido hacia Gloria, hasta el extremo de...
- DOLLY Besarla...
- FEL. En la terraza...
- DOLLY (Corrigiéndole.) En los labios, delante de todo el mundo.
- CLAN. (Incrédula.) ¡Felipe! ¡Dolly! ¿Estáis bromeando? (Menean la cabeza.) ¿Pero ella lo permitió?
- FEL. Al verlo creímos que ella le aplastaría con el rayo de su indignación.
- DOLLY Mas no le aplastó.
- FEL. Hasta parecía que le gustaba.
- DOLLY Por lo que pudimos juzgar. (Parando á Felipe que va á ccharse otra taza de té) ¡Alto, amigo, que ya te tomaste dos tazas!
- CLAN. (Muy turbada.) Hijos míos, tenéis que ausentaros cuando entre mister Valentine. Tengo que hablarle muy seriamente acerca de eso: ¿l'ara interrogarle acerca de sus intenciones? ¡Qué violación de «Los Principios del siglo XX!»
- DOLLY Bien hecho, mamá: hazle cantar. Saca lo que puedas del siglo XIX mientras dura.
- FEL. Calla, ahí está. (Entra Valentine.)
- VAL. Siento mucho venir tarde al té, mistress Clandon. (Ella levanta la tetera.) No, gracias, si yo nunca tomo té. Supongo que miss Dolly y Felipe le habrán explicado lo que ha pasado.
- FEL. (Levantándose, con aire serio.) Si, Valentine, lo hemos explicado.

DOLLY (Levantándose también, significativa.) Lo hemos explicado todo.

FEL. Era nuestro deber. (Muy serio.) Vente, Dolly. (Ofrece su brazo á Dolly, quien lo toma. Le miran con lástima y salen del brazo con grave continente. Valentine los sigue con la mirada, extrañado; luego mira á mistress Clandon como pidiendo una explicación.)

CLAN. (Levantándose y dejando la mesa de té.) Haga usted el favor de sentarse, mister Valentine. Necesito hablarle algo. (Valentine se sienta despacio en la otomana, y su conciencia prevé un cuarto de hora malo. Mistress Clandon toma la silla de Felipe y se sienta deliberadamente á conveniente distancia de él.) Debo empezar apelando á su consideración. Voy á hablar de un asunto del que entiendo muy poco, tal vez nada. Quiero decir el amor.

VAL. ¡El amor!

CLAN. Sí, el amor. ¡Oh! no necesita usted apurarse así, mister Valentine. No estoy enamorada de usted.

VAL. (Apurado.) ¡Oh! realmente, señora .. (Recobrando su serenidad.) Estaría yo demasiado orgulloso si lo estuviese usted.

CLAN. Gracias, mister Valentine, pero soy demasiado vieja para empezar.

VAL. ¡Empezar! ¿Es que nunca..?

CLAN. Nunca. Mi caso es bastante frecuente, mister Valentine. Me casé antes de tener la suficiente edad para conocer lo que estaba haciendo. Como sabe usted, el resultado fué una desilusión amarga, tanto para mi esposo como para mí. Así, pues, ve usted que, aunque soy una mujer casada, nunca he estado enamorada; nunca he tenido una aventura amorosa, y para ser del todo franca con usted, mister Valentine, lo que he visto de los asuntos amorosos de otras personas, no ha contribuído á que yo deplorase esa laguna en mi experiencia. (Valentine, con aire sombrío, la mira escépticamente y no dice nada. Ella se ruboriza un poco y añade con ligero enfado.) ¿No me cree usted?

VAL. (Confuso por ver su pensamiento adivinado.) ¡Oh! ¿por qué no? ¿por qué no?

- CLAN. Permítame que le diga, mister Valentine, que una vida dedicada á la causa de la humanidad ofrece entusiasmos y pasiones que son infinitamente mayores y más nobles que las infatuaciones personalmente egoístas y los sentimentalismos y pasiones, ¿verdad? (Valentine, notando perfectamente que ella le desprecia por ello, contesta negativamente con un meneo de cabeza.) Ya me lo figuraba. Pues bien, estoy en situación desventajosa al discutir los tales asuntos amorosos en los que usted parece ser una especialidad.
- VAL. (Inquieto.) ¿A dónde quiere usted llegar, mistress Clandon?
- CLAN. Creo que lo sabe usted.
- VAL. ¿Me quiere usted hablar de Gloria?
- CLAN. Sí. De Gloria.
- VAL. (Rindiéndose) Pues bien, lo confieso, estoy enamorado de Gloria. (Haciendo un ademán para pararla.) Ya sé lo que va usted á decir: que no tengo dinero.
- CLAN. Eldinero me importa poco, mister Valentine.
- VAL. Entonces es usted muy diferente de las otras madres con las que he tenido que tratar.
- CLAN. ¡Oh! ya vamos al grano, mister Valentine. En este particular tiene usted mucha práctica. (El abre la boca para protestar, ella le interrumpe con alguna indignación.) ¡Oh! ¿se figura usted, por poco que yo entienda de esos asuntos, que no tengo bastante sentido común para conocer que un hombre que en una sola entrevista logra con una mujer, como es mi hija, lo que usted logró no es precisamente un novicio.
- VAL. Le aseguro á usted...
- CLAN. (Parándole.) No le censuro, mister Valentine. Es asunto de Gloria tener cuidado de sí y usted tiene el derecho de divertirse como puede. Pero...
- VAL. (Protestando.) ¡Divertirme! ¡Por Dios, mistress Clandon!...
- CLAN. (Sin dejarle seguir.) Por su honor, mister Valentine, ¿es usted formal?

- VAL. (Desesperado.) Por mi honor, soy formal. (Ella le mira interrogativamente. Su espíritu humorístico vuelve á despertarse y añade con malicia.) Siempre he sido formal, pero de poco me ha servido.
- CLAN. Eso es lo que yo me temía (severa.) Mister Valentine, es usted uno de los hombres que juegan con los sentimientos de las mujeres.
- VAL. Bien, ¿y qué? Si la causa de la humanidad es la única causa que merece ser tomada en serio. De todos modos, comprendo. (Levantándose y cogiendo su sombrero con cumplida cortesía.) Usted desea que no continúe mis visitas aquí.
- CLAN. No; tengo bastante sentido para saber perfectamente que la mejor probabilidad que tiene Gloria de escapar de sus redes de usted es conocerle á usted mejor.
- VAL. (Alarmado sinceramente.) ¡Oh, no diga usted eso, mistress Clandon! No lo piensa usted, ¿verdad?
- CLAN. Tengo mucha confianza, mister Valentine, en la educación que he dado á Gloria desde su más tierna infancia.
- VAL. (Maravillosamente aliviado.) ¡Oh, muy bien! Muy bien. (Se vuelve á sentar y tira descuidadamente su sombrero á un lado, con el aire de quien ya no tiene que temer nada.)
- CLAN. (Indignada por su desahogo.) ¿Qué quiere usted decir con eso?
- VAL. (Volviéndose hacia ella confidencialmente.) Vamos, ¿quiere usted que le enseñe algo, mistress Clandon?
- CLAN. (Tiesa.) Siempre estoy dispuesta á aprender algo.
- VAL. ¿Sabe usted algo de balística, artillería, buques de guerra, etc.?
- CLAN. ¿Qué tiene que ver eso con Gloria?
- VAL. Mucho... á guisa de comparación. Durante todo este siglo, señora, el progreso de la artillería ha sido un duelo entre los constructores de cañones y los constructores de blindajes. El uno construía un buque á prueba de los mejores cañones, luego venía otro y hacía un cañón mejor con el que echaba á

pique el mejor buque. Se hacía un buque más resistente y en seguida venía un cañón que daba al traste con él. Y así sucesivamente. Pues bien, el duelo, la lucha de los sexos, es exactamente igual.

CLAN. La lucha de los sexos.

VAL. Sí, ¿no ha oído usted hablar de la lucha de los sexos? ¡Oh! dispense, olvidaba que ha vivido hasta ahora en Madera y hace poco que en Europa conocemos esa expresión. ¿Tengo que explicársela?

CLAN. (respreciativa.) No hace falta.

VAL. Claro que no. Pues bien, ¿qué es lo que sucede en la lucha de los sexos? La madre de otros tiempos recibía una educación chapada á la antigua para estar armada contra los ataques del hombre. El resultado lo sabe usted: el hombre chapado á la antigua la vencía. Entonces la mujer de otros tiempos resolvió proteger más eficazmente á su hija .. encontrar un blindage bastante fuerte para resistir al hombre chapado á la antigua. Dió á su hija una educación científica... como hizo usted. Eso derrotó al hombre chapado á la antigua: dijo que no era elegante, que no era propio de mujeres y que sé yo más. Pero como vió que con ello no salía bien parado, tuvo que abandonar su antigua táctica, sabe usted, y se arrodilló y juró amar eternamente y obedecer y así sucesivamente.

CLAN. Dispense usted; la mujer fué la que juró todo eso.

VAL. Sí, ¿eh? Puede que tenga usted razón... puede: claro. Pues bien, ¿qué hizo el hombre? Lo mismo que hacen los constructores de cañones: fué un paso más adelante que la mujer, se educó científicamente y la derrotó en este terreno como la había derrotado antes en el antiguo. No tenía yo veintitres años y ya sabía todas las tretas para vencer á la mujer de ideas modernistas. Ya ve usted que no tengo nada de retrógado.

CLAN. Ya veo.

VAL. Pero existe una clase de muchachas contra las que todas las estratagemas son inútiles.

CLAN. ¿Cuales? Dígame.

VAL. Las que están del todo chapadas á la antigua. Si usted hubiese educado á Gloria por el sistema antiguo, me hubiese costado dieciocho meses conseguir lo que conseguí esta tarde en dieciocho minutos. Sí, señora, créalo, la educación superior entregó á Gloria en mis manos, y usted fué la que le inspiró su fe inquebretable en aquella educación superior.

CLAN. (Levantándose.) Mister Valentine, es usted muy listo.

VAL. (Levantándose también,) ¡Oh! Mistress Clandon..

CLAN. Y no me ha enseñado usted nada. Adiós.

VAL. (Espantado.) ¡Adiós! Pero.. ¿no podría yo verla á ella antes de marcharme?

CLAN. Temo que no vuelva hasta que usted se haya marchado, mister Valentine. Salió de la habitación expresamente para no encontrarse con usted.

VAL. (Pensativo.) Esa es una buena señal. Adiós. (Se inclina y va hacia la puerta aparentemente muy satisfecho.)

CLAN. (Alarmada.) ¿Por qué cree usted que es buena señal?

VAL. (Volviéndose ya junto á la puerta.) Porque le tengo á ella un miedo cervical, y parece que me lo tiene ella también á mí. (Quiere salir y se encuentra frente á frente con Gloria, que acaba de entrar. Ella le mira con firmeza. El no sabe á dónde mirar; luego mira á mistress Clandon; después otra vez á Gloria, completamente confuso.)

GLOR. (Pálida y conservando su calma con dificultad.) Mamá, ¿es verdad lo que me dijo Dolly?

CLAN. ¿Qué te dijo, querida?

GLOR. Que has hablado de mí á este caballero.

VAL. (Murmurando.) ¡Este caballero! ¡Vamos!

CLAN. (Aspera.) Mister Valentine, ¿puede usted callar un momento? (Valentine las mira con aire triste; luego, con un gesto de desesperación, retrocede hacia la otomana y tira en ella su sombrero.)

- GLOR. (Encarándose con su madre.) Mamá, ¿qué derecho tienes para hacer eso?
- CLAN. No creo haber dicho algo á que no tuviese derecho, Gloria.
- VAL. (Dándole la razón.) Es verdad, es verdad. (Gloria le mira con indecible desprecio.) Dispénsame. (Se sienta avergonzado en la otomana.)
- GLOR. Creo que nadie tiene derecho alguno á pensar en cosas que solo á mí me atañen. (Se aparta de ellos para ocultar la profunda emoción con la que lucha.)
- CLAN. Querida mía: si he ofendido tu amor propio.
- GLOR. (Volviéndose por un momento.) ¡Mi amor propio! ¡Mi amor propio! ¡Oh! no tengo ninguno ya, y he conocido que no tengo por qué tenerlo. (Apartándose otra vez.) Porque una mujer que no sabe guardarse á sí misma no puede ser guardada por nadie. Nadie tiene el derecho de intentarlo... ni aun su propia madre. Sé que he perdido tu confianza... como he perdido el respeto de este hombre... (Se interrumpe para reprimir un sollozo.)
- VAL. (Sin aliento.) ¡Este hombre! (Murmurando otra vez.) ¡Oh!
- CLAN. (En voz baja.) Caballero, haga usted el favor de callar.
- GLOR. (Continuando.) Pero por lo menos tengo el derecho de que me dejen sola en mi desgracia. Soy una de esas débiles criaturas nacidas para ser dominadas por el primer hombre que les eche la vista encima y tengo que cumplir con mi destino. Evítame al menos la humillación de tratar de salvarme. (Se sienta, con el pañuelo en los ojos, al extremo de la mesa.)
- VAL. (Levantándose bruscamente.) Mire usted...
- CLAN. Mister Val...
- VAL. (Sin hacer caso.) Nada; quiero hablar: he estado callado por lo menos durante treinta segundos. (Va hacia Gloria.) Miss Clandon.
- GLOR. (Con amargura.) ¿Por qué, miss Clandon? Demasiado sabe usted que se me puede llamar Gloria.
- VAL. No me atrevo. Luego me haría usted los re-

proches más violentos acusándome de falta de respeto. Sepa usted que es una equivocación garrafal el creer que yo pueda no tenerle respeto. Es verdad que no respeto su antiguo amor propio, y con razón, porque ese amor propio, en realidad, no era más que cobardía. No respetaba su inteligencia, porque de eso tengo yo mismo más que usted, y no tiene nada de particular: es una especialidad masculina. Pero cuando me conmovió usted en lo más profundo de mi alma, cuando vino el momento supremo, cuando me hizo usted valiente ¡ah! entonces, entonces...

GLOR. Entonces me tuvo usted respeto, supongo.
VAL. ¡Quí! Entonces la adoré. (Se levanta Gloria súbitamente y le vuelve la espalda.) Y ese momento

no me lo podrá usted quitar nunca. Suceda lo que quiera no me importa. (Se pasea por la habitación con jubilosas exclamaciones.) Sé perfectamente que estoy hablando tonterías, pero no lo puedo remediar. (A mistress Clandon.) Amo á Gloria... y no hay más allá.

CLAN. (Con énfasis.) Mister Valentine, es usted un hombre muy peligroso. Gloria, ven aquí. (Gloria, extrañándose por el mandato, obedece y está de pie, con la cabeza baja, á la derecha de su madre, mientras Valentine se queda del lado opuesto. Mistress Clandon entonces empieza á hablar con ironía intensa.) Pregunta á ese hombre á quien entusiasmaste é hiciste valiente, cuántas mujeres lo hicieron antes que tú, (Gloria levanta la vista con enfado celoso.) cuántas veces ha puesto la trampa en la que caíste, cuántas veces la cebó con los mismos dichos; cuánto se ha ejercitado en adquirir perfección como dueñista en la lucha de sexos.

VAL. No está bien, mistress Clandon. Está usted abusando de mis confidencias.

CLAN. Pregúntaselo, Gloria.

GLOR. (En una explosión de rabia, lanzándose hacia él con los puños cerrados.) ¿Es verdad eso?

VAL. No se ponga enfadada...

GLOR. (Interrumpiéndole implacable) ¿Es eso verdad?

- ¿Ha dicho usted aquéllas entes? ¿Sin tió usted lo mismo para con otras mujeres?
- VAL. (Ingenno.) Sí. (Gloria levanta los puños)
- CLAN. (Aterrorizada, se precipita hacia ella y le detiene los brazos) ¡Gloria! ¡Por Dios! Te olvidas de ti misma.
- (Gloria, con profunda espiración, abandona lentamente su actitud amenazadora.)
- VAL. Considere usted que el poder de un hombre de amar y de admirar es como todos sus demás poderes, ha tenido que ejercerlo varias veces antes de saber su valor.
- CLAN. Otro de sus dichos, Gloria. Ten cuidado.
- VAL. (Protestando.) ¡Oh!
- GLOR. (A mistress Clandon, con despreciativa posesión de sí misma.) ¿Crees que necesito ya advertencias? (A Valentine.) Usted ha tratado de enamorarme.
- VAL. Es verdad.
- GLOR. Pues bien, ha logrado usted hacérsese odioso, profundamente odioso.
- VAL. (Filosofando.) Es sorprendente cuán pequeña diferencia hay entre el odio y el amor. (Gloria le vuelve indignada la espalda. El prosigue vuelto hacia mistress Clandon.) Conozco hombres cuyas mujeres los quieren y se portan exactamente así.
- CLAN. Dispénsese, mister Valentine, pero me parece que sería mejor que se fuera usted.
- GLOR. Por mí, no tienes que despedirle, mamá. El no me importa nada ya; y divertirá á Dolly y á Felipe. (Se sienta con fingida indiferencia al extremo de la mesa cerca de la vidriera.)
- VAL. (Alegre) Naturalmente, ese es el modo razonable de mirar la cosa. Vamos, mistress Clandon, no puede usted reñir con una mariposa como soy yo.
- CLAN. Desconfío mucho de usted mister Valentine, pero, sin embargo, me repugna creer que su desgraciada ligereza sea meramente falta de pundonor y de dignidad.
- GLOR. (Para sí, pero alto.) Sí, falta de pundonor y de dignidad.
- CLAN. Así, pues, lo mejor será llamar á Felipe y Dolly y terminar normalmente la visita.

- VAL. (Como si acabase de oír la mayor amabilidad.) Me confunde usted mistress Clandon. Muchísimas gracias. (El Camarero entra)
- CAM. Señora, mister McComas desea hablarla.
- CLAN. Muy bien, que pase.
- CAM. Desea verla en el salón de recibir, señora.
- CLAN. ¿Y por qué no aquí?
- CAM. No sé decirle, señora, pero supongo que es porque no gustara de hablar en presencia de los señoritos jóvenes.
- CLAN. Dígale que no están aquí.
- CAM. Están muy cerca de la puerta señora, y, por una razón ú otra, lo observan todo con gran atención.
- GLOR. Bien, voy al salón. (Vase.
- CAM. (Le abre la puerta; ella sale. El vuelve hacia el centro de la habitación, y su mirada cruza con la de Valentine que expresa el deseo de que se marche.) Comprendido, señor, sólo voy á recoger el servicio de té. (Cogiendo la bandeja.) Dispense usted. (Sale.)
- VAL. (A Gloria) Mire usted. Me perdonará más tarde ó más temprano. Perdóneme, pues, desde luego.
- GLOR. (Levantándose para dar más fuerza á sus palabras.) Nunca, mientras crezca yerba y corra agua, nunca, nunca, nunca.
- VAL. (sin inmutarse) Bien, no me importa. Ya nada puede hacerme desgraciado. No volveré á ser desgraciado, nunca, nunca, nunca mientras crezca yerba y corra agua. Con sólo pensar en usted me volveré loco de alegría. (Los labios de ella se crispan con expresión escéptica; él prosigue al punto.) No, jamas he pronunciado semejantes palabras delante de otra mujer: esto es completamente nuevo.
- GLOR. Ya no lo será cuando lo diga á otra mujer.
- VAL. ¡Oh, no diga usted eso, Gloria, no diga usted eso! (Se arrodilla delante de ella.)
- GLOR. Levántese, levántese. ¡Cómo se atreve! (Felipe y Dolly corriendo, como de costumbre, á quién puede más, hacen irrupción. Se quedan parados al ver la situación. Valentine se levanta precipitadamente.)
- FEL. (Discreto.) Dispense usted. Vente, Dolly. (Se vuelve para salir.)

GLOR. (Enojada.) Mamá va á volver en seguida, Felipe. (Severa.) Esperadla aquí. (Se vuelve hacia la vidriera, donde se queda de pie mirando afuera, de espalda á los demás.)

FEL. (significativo.) No me parece mal. ¡Hum!

DOLLY ¡Ejém!

FEL. Parece usted estar de muy buen humor, Valentine.

VAL. Lo estoy. (Se coloca entre los dos.) Miren, los dos saben ustedes lo que está pasando, ¿verdad? (Gloria vuelve de prisa como para lanzarle á la cara otra nueva ofensa.)

DOLLY Perfectamente.

VAL. Pues bien, todo se acabó. Me han rechazado y escarmentado. Apenas si mi presencia aquí es tolerada. Comprenderán que tengo razón al decir que todo se acabó. Su hermana no quiere escuchar mis declaraciones ni demostrarme el más mínimo interés. (Gloria satisfecha, vuelve desdeñosa hacia la vidriera.) Está claro, ¿eh?

DOLLY Bien empleado le está. Tenía usted demasiada prisa.

FEL. (Dándole golpecitos en el hombro.) No se apure por ello. Si se hubiese usted casado con Gloria, ni de su propia alma hubiese usted sido dueño. Ahora puede usted empezar un nuevo capítulo de su vida.

DOLLY Capítulo diecisiete, poco más ó menos, se me figura.

VAL. (Desconcertado por esa broma.) No diga usted eso. Con observaciones irreflexivas por el estilo se suele causar mucho daño.

DOLLY Sí, ¿eh? ¡Caramba!

FEL. ¡Hum! (Va hacia la chimenea y se planta allí en una actitud de cabeza de familia.)

McComas, con aire muy serio, entra precipitadamente con mistress Clandon quien antes que todo echa una mirada inquieta hacia Gloria. Al ver dónde está quiere ir hacia ella, pero Gloria viene á su encuentro con expresión señalada de afecto y confianza. Finalmente mistress Clandon se sienta en su asiento anterior, y Gloria se coloca detrás de ella. McComas al ir hacia la otomana es interpelado por Dolly.

- DOLLY ¿Qué hay de bueno, Finch?
M'COM. (Severo.) Noticias muy graves de su padre, miss Clandon. Verdaderamente graves. (sigue hacia la otomana y se sienta en ella. Dolly, al parecer profundamente impresionada, sigue detrás de él y se sienta á su lado, á su derecha.)
- VAL. Lo mejor será que yo me vaya.
M'COM. Nada de eso, mister Valentine. Tiene usted parte, y no poca, en este asunto. (Valentine aparta una silla de la mesa y se sienta en ella á caballo, cerca de la otomana, con los brazos apoyados en el respaldo.) Mistress Clandon: su esposo de usted reclama á sus dos hijos menores, que son menores de edad. (Mistress Clandon, bruscamente alarmada, mira instintivamente hacia Dolly para ver si no le pasa nada.)
- DOLLY (Emocionada.) ¡Oh, qué bueno es! Nos quiere, mamá.
- M'COM. Siento, miss Dorotea, tener que desengañarla en esto.
- DOLLY (En éxtasis.) ¡Me ha llamado Dorotea! (Apoyándose en su hombro.) ¡Oh, Finch!
- M'COM. (Nervioso, apartándose.) No, no, vamos.
CLAN. (Reprendiéndola.) Vamos, Dolly. (A McComas.) El acta de separación me confiere á mí la custodia de mis hijos.
- M'COM. También contiene la cláusula de que usted no se ha de acercar á él ni molestarle en modo alguno.
- CLAN. ¿Y falté á ella á caso?
- M'COM. Para saber si la conducta de sus hijos menores puede legalmente calificarse de molestia, habría que consultar con un abogado. De todos modos, mister Crampton no sólo afirma haber sido molestado, sino que cree haber sido atraído aquí por una conjura en la que mister Valentine obró como agente de usted.
- VAL. ¿Qué dice usted?
- M'COM. Dice que usted le narcotizó, mister Valentine.
- VAL. Y es verdad. (Todos se quedan atónitos.)
- M'COM. ¿Pero con qué fin lo hizo usted?
- DOLLY Con el de cargar cinco chelines más.

M'COM. (Con tono seco, á Dolly.) Debo rogarla, miss Clandon, no interrumpir esta conversación muy seria con observaciones improcedentes. (Con vehemencia.) Insisto en que los asuntos serios se discutan con seriedad y respeto. (Esta salida produce un silencio embarazoso y desconcierta hasta al mismo McComas. Tose y luego prosigue mirando á Gloria.) Miss Clandon, es mi deber decirle que su señor padre está también persuadido de que mister Valentine desea casarse con usted...

VAL. (Interviniendo con destreza.) Y es verdad.

M'COM. (Ofendido.) En ese caso, caballero, no le sorprenderá oír que el padre de esa señorita le considera á usted como á un cazador de dote.

VAL. Y lo soy. ¿Cree usted que mi mujer podría vivir con lo que gano? ¡Diez peniques por semana!

M'COM. (Sublevado.) No tengo que decir más, caballero. Me voy y diré á mister Crampton que en esta familia no hay sitio para un padre. (Va hacia la puerta.)

CLAN. (Con autoridad calmosa.) Finch. (El hace alto.) Si mister Valentine no puede estar formal, usted sí puede. Siéntese. (McComas, después de breve lucha, entre su dignidad y su amistad, sucumbe, sentándose ahora á igual distancia entre Dolly y mistress Clandon.) Usted sabe que todo aquello es una patraña... que Fergus no cree en ella más que usted. Pues bien, deme usted un consejo verdadero, un consejo sincero y amistoso. Ya sabe que siempre he tenido gran fe en sus juicios. Le prometo que los niños estarán quietos.

M'COM. (Resignándose.) Bueno, bueno. Lo que quiero decir es lo siguiente. En el arreglo que hubo entre usted y su esposo, mistress Clandon, él llevó una desventaja muy grande.

CLAN. ¿Cómo es eso?

M'COM. Claro, usted era una mujer de ideas avanzadas, acostumbrada á desafiar la opinión pública y sin consideración por lo que el mundo pudiese decir.

CLAN. (Orgullosa de ello.) Sí, esa es la verdad. (Gloria, detrás de la silla, se inclina y besa el pelo de su madre, una demostración que desconcierta á ésta en extremo.)

M'COM. Por otra parte, señora, su esposo tenía horror á verse figurar en los papeles, tanto por consideración á sus negocios como á los prejuicios de una familia chapada á la antigua.

CLAN. Sin contar sus propios prejuicios.

M'COM. No hay duda, señora, de que se portó mal...

CLAN. (Con ira.) Muy mal.

M'COM. Pero, ¿tuvo él solo la culpa?

CLAU. ¿La tuve yo?

M'COM. (Cohibido.) Claro que no.

GLOR. (Mirándole con atención.) No habla usted como piensa, mister McComas.

M'COM. Señorita, me apura usted. Pues bien, permítame que le diga lo siguiente: Cuando existe un matrimonio mal avenido,—aquí no se trata de la culpa de nadie, sino de la incompatibilidad de los caracteres y gustos,—y cuando el marido se ve privado por esa desgracia de los beneficios del hogar que al casarse anhelara, cuando, en una palabra, prefiere vivir sin mujer alguna que con la suya—en lo que ella puede no tener culpa alguna,—¿es de extrañar que al principio empeore él las cosas maldiciéndola, y aun en su desesperación, beba alguna vez un poco más de lo debido y hable con inusitada violencia, ó busque cariño en otra parte?

CLAN. Yo no le maldije. Solo me libré de él con mis hijos.

M'COM. Sí, pero puso usted condiciones muy duras, mistress Clandon. Le tenía usted á su merced; le obligó á bajar la cerviz cuando usted le amenazó con hacer público el asunto pidiendo el divorcio ante los tribunales. Suponga que hubiese él tenido el suficiente poder y le hubiese empleado en quitarle á usted sus hijos, criándolos y educándolos sin decirles el nombre de usted, ¿cuales serían sus sentimientos? ¿Qué haría usted?

Pues bien, ¿no quiere usted tener alguna indulgencia con los sentimientos de él?... Por humanidad.

CLAN. Nunca he podido descubrir sus sentimientos. Descubrí, sí, su genio y su... (Se extremece.) sus maneras suaves.

M'COM. (Pensativo.) Las mujeres son ustedes á veces muy duras, mistress Clandon.

VAL. Eso es verdad.

GLOR. (Enfadada.) ¡Cállese! (El obedece.)

M'COM. (Aunando todas sus fuerzas.) Déjeme hacerle una última advertencia, mistress Clandon. Créame usted, hay hombres que tienen sentimientos muy buenos, pero no son capaces de expresarlos. Lo que se echa de menos en Crampton, es aquel barniz de cortesía, el arte de demostrar atenciones sin valor y decir cumplidos mentirosos de una manera amable y encantadora. Si viviese usted en Londres, en donde todas las relaciones sociales descansan sobre una base de falsa fineza y bondad, y puede darse el caso de conocer usted á una persona durante veinte años sin enterarse de que le odia hasta la muerte, bien pronto se le abrirían los ojos. Allí se hacen cosas desagradables de una manera amable. decimos cosas amargas con voz dulce; antes de despedazar á los amigos les damos cloroformo. Pero piense usted en el reverso de la medalla; en las personas que hacen cosas amables de una manera desagradable, personas cuyo contacto hiere, cuya voz molesta, cuyo temperamento les hace cometer barbaridades, personas que ofenden y hacen sufrir á los á quienes quieren, hasta cuando tratan de hacerse simpáticas y que necesitan cariño lo mismo que cualquiera de nosotros. Crampton tiene un genio abominable, es toy conforme. No tiene ni maneras, ni tacto, ni gracia. Nunca será capaz de ganarse el afecto de alguien, como ese alguien no se contente con la intención. Pero, ¿no merece algún cariño... ó siquiera commisera-

ción, siquiera por parte de su propia carne y sangre?...

DOLLY. (Muy emocionada.) ¡Qué bien ha hablado usted, Finch! ¡Pero qué bien!

FEL. (Convencido.) Eso es elocuencia, Finch, lo demás es música.

DOLLY. Mamá, démosle ocasión de hablar más. Convidale á comer.

CLAN. No, Dolly, con tanto hablar antes yo no almorcé. Mi querido Finch, es completamente inútil hablarme en favor de Fergus. Usted nunca ha estado casado con él; yo sí.

M'COM. (A Gloria.) Hasta ahora, miss Clandon, me he abstenido de dirigirme á usted, por que si es verdad lo que me dijo mister Crampton, ha sido usted aun más dura que su madre.

GLOR. (Desafiando.) Apela usted, de la fuerza de la madre, á la debilidad de la hija.

M'COM. No apelo á su debilidad, miss Clandon. En vez de dirigirme á la inteligencia de la madre, me dirijo al corazón de la hija.

GLOR. He aprendido á desconfiar de mi corazón. (Con mirada enfadada hacia Valentine.) Quisiera arrancarme el corazón y arrojarlo, si pudiese. Mi contestación á usted es la de mi madre. (Va hacia mistress Clandon y la abraza, pero mistress Clandon, incapaz de aguantar semejante demostración, se suelta lo más pronto que puede hacerlo sin herir los sentimientos de Gloria.)

M'COM. (Derrotado.) Bien, pues lo siento mucho, mucho. He hecho lo que he podido. (Se levanta y se prepara para salir, profundamente contrariado.)

CLAN. ¿Pero qué esperaba usted, Finch? ¿Qué quiere usted que hagamos?

M'COM. El primer paso que usted y Crampton tendrán que dar es obtener la opinión de un abogado acerca de si es válida ó no el acta de separación. Ahora, ¿por qué no obtener desde luego esa opinión y celebrar una reunión amistosa... una reunión neutral, digámoslo así... para orillar la dificultad... aquí... en este hotel... esta misma noche? ¿Qué le parece á usted?

- CLAN. Pero, ¿de dónde vamos á sacar esa opinión jurídica?
- M COM. Pues se nos presenta una ocasión que ni soñada. Al venir yo acá desde la casa de Crampton encontré á un jurisconsulto eminente de Londres, quien me debe algunos favores. Ha venido á pasar el domingo aquí para respirar el aire del mar y visitar á un pariente que vive en esta población. Le hablé de nuestro asunto y me dijo que, si se celebraba una reunión de las partes, él estaba dispuesto á presenciarla y darnos su opinión. Creo que se debe aprovechar esta probabilidad de un arreglo amistoso. Yo traeré acá á mi amigo y persuadiré también á Crampton que venga. Vamos, consienta usted.
- CLAN. (Después de un momento de reflexión.) Finch, no necesito conocer la opinión de un abogado, porque sólo me guío por mi propia opinión. No necesito volver á verme con Fergus, porque no le quiero y no creo que la entrevista pueda producir bien alguno. Sin embargo, (Levantándose.) usted ha persuadido á los niños de que aun podría haber arreglo. Haga usted como guste.
- M'COM. (Apretándole la mano.) Gracias, señora. ¿Es buena hora á las nueve?
- CLAN. Perfectamente. Felipe, haz el favor de llamar. (Felipe tira de la campanilla.) Pero si me han de acusar de conspirar con mister Valentine, creo que será mejor que ese señor esté presente.
- VAL. (Levantándose.) Estoy conforme con usted. Creo que es mi presencia indispensable.
- M'COM. No hay inconveniente, creo. Tengo buenas esperanzas de que se logre un arreglo. Adiós, señores, y hasta luego. (Sale y encuentra en la puerta al Camarero)
- CLAN. Vendrán algunas visitas á las nueve, William; ¿podremos comer media hora antes que de costumbre?
- CAM. (En la puerta.) A las siete estará la comida, señora. Para nosotros será una ventaja con

tanto como tenemos que hacer esta noche, pues viene la música y habrá concierto é iluminación.

DOLLY. ¡Iluminación!

FEL. ¡Concierto! ¿Pero qué dice usted, William?

CAM. Sí, y habrá baile de máscaras.

DOLLY. (Precipitándose juntos hacia él.) ¡Baile de máscaras!

FEL. (Precipitándose juntos hacia él.) ¡Baile de máscaras!

CAM. Sí, señor, organizado por la junta de regatas á favor de la lancha salvavidas. (A mistress clandon.) Aquí se dan fiestas con frecuencia, señora. En el jardín se cuelgan faroles chinos, y está muy bonito. La gente quiere divertirse, es natural. (A Felipe.) Los billetes se toman abajo, cuestan cinco chelines; las señoras pagan la mitad.

FEL. (Cogiéndole del brazo para sacarle de la habitación.) Ande usted al despacho, William

DOLLY. (Sin aliento, cogiéndole del otro brazo.) Á prisa, á tomar los billetes antes de que se acaben.

CLAN. Pero, por Dios, ¿qué van á hacer esos chicos? (saliendo.) Tengo que impedirlo. (Habla detrás de ellos y desaparecen. Gloria mira con frialdad á Valentine y luego saca el reloj.)

VAL. Comprendo. Me despide usted. Me voy.

GLOR. (Con cortesía desdeñosa.) Le debo á usted una excusa, mister Valentine. Conozco que le he hablado con aspereza, tal vez con descortesía..

VAL. Nada de eso.

GLOR. Mi única dispensa es que es muy difícil tener respeto y consideración á una persona que no tiene dignidad de carácter.

VAL. (Prosaico.) ¿Cómo va á tener dignidad un hombre que está chiflado por una mujer?

GLOR. (Con sencillez.) No me diga esas cosas. No quiero. Para mí son insultos.

VAL. No son insultos, son locuras. Pero no puedo remediarlas.

GLOR. Si estuviese usted realmente enamorado, no estaría usted loco: el amor le prestaría dignidad, seriedad, hasta hermosura.

VAL. ¿Cree usted realmente que el amor me volvería guapo? (Ella le devuelve con desprecio la es-

palda.) Ya ve usted como no habla en serio. El amor no puede dar á nadie cualidades nuevas. Solo puede reforzar las con que ha nacido uno.

GLOR. (Volviéndose otra vez hacia él.) Dígame, ¿con qué cualidades ha nacido usted?

VAL. Mi cualidad principal es la ligereza de corazón.

GLOR. Y ligereza de cabeza y ligereza de conciencia y ligereza de cuanto constituye un carácter!

VAL. Sí, ligereza, nada más que ligereza; el mundo entero ahora es como una pluma bailando en la luz; y Gloria es el sol. (Ella meneaba la cabeza con enfado.) Dispense, que me voy. A las nueve estaré otra vez aquí. Adiós. (Sale alegremente; ella se queda en pie, en el centro del salón siguiéndole con la mirada.)



ACTO CUARTO

La misma habitación. Son las nueve de la noche. Las lámparas están encendidas pero las cortinas están sin correr. Las ventanas están del todo abiertas y fuera se ven hileras de faroles chinos entre los árboles y la bóveda del cielo llena de estrellas. La banda de música está tocando bailes en el jardín, ahogando el murmullo del mar.

El Camarero entra é introduce á Crampton y á MacComas. Crampton tiene aire de angustia y de pena. Se sienta, tímido y fatigado, en la otomana.

CAM. Las señoras han ido á dar una vuelta por el jardín para ver los trajes de las máscaras. Si quieren ustedes hacer el favor de sentarse iré á avisarlas. (Va á salir por la puerta vidriera, pero MacComas le para.)

M'COM. Espere usted un momento. Si viene otro caballero le introduce usted sin tardar; le estamos esperando.

CAM. Muy bien, señor. ¿Cómo se llama ese caballero?

M'COM. Boon. Mister Boon. Mistress Clandon no le conoce, de modo que presentará su tarjeta. Su apellido, aunque se pronuncie Boon (Bun N. D. T.) se escribe Bohun. No se le olvide.

CAM. (Sonriendo.) Descuide usted. Mi propio apellido es Boon, aunque aquí me conocen con el

de Balmy Walters. Tendría el derecho de escribir Bohun también, (Bohun es en Inglaterra un apellido aristocrático. N. D. T.) pero no me tomo esa libertad. El apellido data de los Normandos y no cuadra bien á un camarero.

M'COM. (Citando.) Bien, bien. «Un corazón fiel vale más que una corona nobiliaria, y la sencilla fe más que sangre normanda »

CAM. Eso depende de la posición que ocupa uno en la vida, señor. Si fuese usted camarero, señor, vería usted que la fe sencilla le valía tan poco como la sangre normanda. Lo más práctico para mí es escribir mi apellido con dos oes y aguzar lo más posible mi entendimiento. Pero le estoy entreteniendo. Dispénseme, pero tiene usted la culpa por ser tan amable. Voy á decir á las señoras que están ustedes aquí. (Sale por la vidriera.)

M'COM. Crampton, quedamos en que puedo descansar en usted.

CRAM. Sí, sí. Tendré calma, tendré paciencia. Haré lo que pueda.

M'COM. Considere que le he puesto á usted en buen lugar. He echado toda la culpa á su familia.

CRAM. A mí me dijo usted que toda la culpa era mía.

M'COM. Le dije á usted la verdad.

CRAM. (Lastimero) Si siquiera me tratasen con alguna consideración.

M'COM. Mi querido Crampton, le tratarán á usted como es debido. Ya se sabe lo que son chiquillos. Si por ese lado es usted demasiado exigente, lo mejor será que nos vayamos desde luego.

CRAM. Pero yo tengo derecho...

M'COM. (Intolerante.) No me hable usted de sus derechos. Dígame francamente, Crampton, su promesa de portarse bien, ¿se refería sólo al caso de que no tuviese usted motivo alguno de queja? Si es así... (Se mueve como si fuese á marcharse.)

CRAM. (Lloroso.) No, hombre, no. Pero déjeme usted

en paz. Bastante me han zarandeado y atormentado. Le digo á usted que haré lo que pueda. Pero si esa muchacha empieza á hablarme así y mirarme... (Se interrumpe y sepulta la cara en las manos.)

M'COM. (Tranquilizándole.) Vamos, vamos, que todo se arreglará, si usted tiene paciencia. Vaya, animese, que viene alguien. (Crampton demasiado abatido para preocuparse mucho, apenas cambia de actitud. Gloria entra desde el jardín. McComas va hacia la vidriera á su encuentro, de modo que puede hablar con ella sin ser oído por Crampton.) Ahí le tiene usted, miss Clandon. Sea usted amable con él. La dejaré a usted con él un momento. (Entra en el jardín. Gloria entra en el salón y va con frialdad hacia el centro.)

CRAM. (Echando una mirada alarmado á su alrededor.) ¿Dónde está McComas?

GLOR. (Con cierta amabilidad.) Salió para dejarnos solos. Es un hombre de mucho tacto. (Se acerca á él y dice:) ¿Qué tal, papá?

CRAM. (Animándose.) Bien, hija mía. ¿Y tú? (Se miran un momento uno á otro, con media sonrisa.)

GLOR. Démonos la mano. (Se dan la mano.)

CRAM (Sin soltarle la mano.) Querida, siento haber esta tarde hablado de tu madre en términos algo violentos.

GLOR. No hagas caso, papá. Yo misma estuve muy tonta y muy presumida, pero luego entré en razón, me hicieron entrar en razón. (Se sienta en el suelo al lado de su silla.)

CRAM. ¿Qué te ha pasado, hija mía?

GLOR. Nada. Estaba yo antes desempeñando el papel de hija de mi madre, pero ya no quiero, soy hija de mi padre. (Le mira sonriendo.) ¿No es eso entrar en razón?

CRAM (Enfadado.) ¡Qué! (La expresión jocosa de ella no se altera. Él se rinde.) Sí, hija, sí; así será. (Ella menea la cabeza asintiendo.) Conozco que á veces tengo mal genio, pero sé lo que es justo y razonable, aunque no obre en consecuencia.

¿Me quieres creer?

GLOR. ¡Que si te creo! Naturalmente, pues yo también soy así, me pasa lo mismo. Sé lo que

es justo y razonable y fuerte y noble tanto como ella, pero ¡ah! ¡las cosas que hago, las cosas que hago, las cosas que dejo que hagan otros!...

CRAM. (Un poco mohino á pesar suyo.) ¡Tanto como ella! ¿Quieres decir tu madre?

GLOR. Sí, mi madre! (Se vuelve de rodillas hacia él y le coge las manos.) Escucha. No hables mal de ella, ni una palabra, ni con el pensamiento. Ella es superior á nosotros, á tí y á mí, como el cielo está por encima de nosotros. ¿Estás conforme?

CRAM. Sí, sí, querida, como quieras.

GLOR. (No satisfecha soltando sus manos y retirándose de él.) Tú no la quieres.

CRAM. ¡Ayl hija, tú no has estado casada con ella. Yo sí. (Ella se levanta despacio mirándole con creciente frialdad.) Cometió una grave falta contra mí casándose conmigo sin quererme. Pero fuera de esa, la culpa estuvo toda por mi parte, lo confieso. (Le ofrece otra vez la mano.)

GLOR. (Cogiéndola con firmeza y decisión.) Ten cuidado. Es un asunto peligroso para discutirlo conmigo. Mis sentimientos, mis sentimientos míseros, cobardes y femeniles tal vez estén de tu lado, pero mi conciencia está del suyo.

CRAM. Estoy muy contento con esa partición, querida. Te estoy agradecido (Valentine entra. Gloria inmediatamente se vuelve altanera)

VAL. Dispénsame, pero no he podido encontrar un sirviente para anunciarme: basta el imprescindible William parece estar en el baile. Yo también hubiese ido pero no tengo los cinco chelines que cuesta la entrada. ¿Cómo sigue usted, Crampton? Mejor ¿eh?

CRAM. He recobrado el sentido, mister Valentine, pero no por usted.

VAL. ¡Mírele á ese ingrato, miss Clandon! Le he librado de un dolor atroz y ahora me rebaja.

GLOR. (Con frialdad.) Siento que mi madre no esté aquí para recibirle, mister Valentine. Todavía no son las nueve y el caballero del que

habló mister McComas, el abogado, no ha venido todavía.

VAL. Ya lo creo que ha venido. Le encontré y hablé con él. (Con alegre malicia) Estoy seguro que le será á usted simpático; es la propia encarnación de la intelectualidad. Puede usted oír su cerebro trabajar.

GLOR. (No entendiendo la sorna.) ¿Dónde está?

VAL. Se compró una nariz postiza y ha entrado en el baile.

GRAM. (Refunfuñando, mirando su reloj) Parece que todo el mundo ha ido á ese baile de máscaras en vez de acudir a nuestra reunión aquí.

VAL. ¡Oh! vendrá á tiempo. Fue hace media hora cuando le ví. No quise pegarle un sablazo de cinco chelines y entrar con él; así, pues, me metí entre la gente del pueblo y estuve mirando por la verja hasta que ví entrar aquí á miss Clandon.

GLOR. ¡A eso hemos llegado! ¡Que usted me sigue los pasos para importunarme con sus miradas!

VAL. Sí, debieran encadenarme. (Gloria le vuelve la espalda y va hacia la chimenea. Él toma el desaire con filosofía y va al otro extremo del salón. El Camarero aparece en la vidriera é introduce á mistress Clandon y McComas.)

CLAN. (Entrando con precipitación.) Siento mucho haberlos hecho esperar.

(Un extraño, grotescamente majestuoso, en un dominó y con nariz postiza y gafas enormes, entra por la vidriera.)

CAM. (Al Extraño.) Dispense usted, caballero; este es un departamento particular. Si me lo permite le enseñaré el ambigú y los cuartos de cenar. Por aquí, señor.

(Entra en el jardín y se aleja en la creencia de que el extraño le sigue. Pero el majestuoso ser entra derecho en el salón y va hacia el extremo de la mesa, donde se quita la nariz y el dominó, y luego envuelve la nariz en el dominó, con el que hace un rollo y lo tira sobre la mesa como un campeón boxeador tira su guante. Ahora se ve que es un hombretón de entre cuarenta y cincuenta años, con toda la cara afeitada, de una pali-

dez trasnochada realzada por el pelo negro tieso, cortado á rape y untado de aceite, y cejas muy pobladas. Física y moralmente es un hombre basto, pero de gran penetración y lógica. Su entrada es bastante imponente é inquietante. Su voz es tremenda y amenazadora.)

EXT. Soy Bohun. (Sorpresa general) ¿Tengo el honor de hablar con mistress Clandon? (Mistress Clandon se inclina. Bohun también.) ¿Con miss Clandon? (Gloria se inclina. Bohun también.) ¿Con mister Clandon?

CRAM. (Insistiendo en decir su verdadero nombre, con aspereza.) Me llamo Crampton.

BOH. Bien. (sin hacerle caso se vuelve hacia Valentine) ¿Es usted mister Clandon?

VAL. (Considerando que su pundonor exige que no se deje impresionar.) ¿Tengo yo cara de eso? Me llamo Valentine. Yo fui quien le narcotizó.

BOH. Ah, perfectamente. ¿Entonces mister Clandon no ha venido todavía?

CAM. (Entrando con afán por la vidriera.) Dispense usted, señora, ¿no puede usted decirme lo que fué de aquel...? (Reconoce á Bohun y pierde todo dominio sobre sí. También Bohun se queda parado. Después de un momento de confusión evidente, el Camarero se serena lo bastante para dirigirse á Bohun.) Dispense usted, caballero, pero ¿fué... fué usted?

BOH. (Sin inmutarse.) Sí, fui yo.

CAM. (Desfallecido.) ¡Oh! (Incapaz de reprimir sus lágrimas.) ¡Tú, Walter, con una nariz postiza! (cae casi desvanecido en una silla junto á la mesa) Dispense usted, señora, me ha dado un vahído.

BOH. (Con voz de trueno.) Le dispensará usted, señora, si le digo que es mi padre.

CAM. (Con el corazón desgarrado.) ¡Oh, no; no, Walter! ¡Un camarero tu padre, y encima una nariz postiza! ¿Qué pensarán de tí?

CLAN. (Se acerca al Camarero con suma amabilidad.) Tengo mucho gusto en saberlo, mister Bohun. Su padre de usted ha sido un excelente amigo para nosotros desde que vinimos aquí. (Bohun se inclina gravemente.)

CAM. (Meneando la cabeza.) ¡Oh, no diga eso, señora! Es usted demasiado bondadosa. De veras

que es usted buena y fina. Pero mirando mi propia posición, dispense que yo sea el padre de ese caballero. Es una casualidad, ¿sabe usted? (Se levanta débil.) Perdónenme por haberlos molestado. (Empieza á andar a lo largo de la mesa, apoyándose de silla en silla, con la mirada dirigida á la puerta.)

BOH. Un momento. (El Camarero se para descorazonado.) El Camarero ha sido t stigo de lo que pasó hoy; ¿no es así, señora?

CLAN. Sí, creo que presencié la mayor parte de ello.

BOH. (Inexorable) Le necesitaremos.

CLAN. (Amable.) Siéntese usted, William, haga el favor.

CAM. (serio.) Dispénseme, señora, pero tengo que recoger los manteles y las servilletas. No me atrevo á sentarme en presencia de ustedes, me di-pen-sarán. (Mira á todos alternativamente con una expresión que parte el corazón.)

GLOR. No perdamos el tiempo. Lo que quiere William es seguir cuidando de nosotros. Me gustaría una taza de café.

CAM. (Poniéndose contento) ¿Café, señorita? (Lanza un ligero suspiro de esperanza) En seguida. ¡Qué oportuna estuvo la señorita! (A mistress Clandon con timidez y expectación.) ¿Y usted, señora, tomará algo?

CLAN. Hombre... hace tanto calor, me parece que no de-agradará á nadie que pida una ponchera de limonada con vino tinto.

CAM. (Radiante) ¡Limonada con vino tinto! Muy bien, s-ñora

GLOR. Entonces yo también tomaré limonada. Echele un poco de yerba aromática.

CAM. (Encantado.) ¡Yerba aromática! Perfectamente, señorita. (A Bohun.) ¿Para usted qué pongo?

BOH. Si mistress Clandon me permite tomaré un whisky con sifón.

CAM. Bien, señor. (A Crampton.) Para usted cerveza irlandesa, ¿no? (Crampton asiente con un gruñido. El Camarero mira interrogativamente á Valentine.)

VAL. Me gusta la limonada.

CAM. Bien. (Resumiendo.) De modo que una ponchera, sifón, whisky y cerveza irlandesa.

- CLAN. Eso es.
 CAM. Perfectamente. En seguida lo traigo. (Se va por la vidriera después de haber recorrido toda la gama de la felicidad humana en menos de dos minutos.)
- M'COM. Podemos empezar ahora, supongo.
 BOH. Será mejor que esperemos á que venga el esposo de mistress Clandon.
- CRAM. ¿Qué dice usted? Soy yo su esposo.
 BOH. Pero si acaba usted de decir que se llamaba Crampton.
- CRAM. Así es.
 CLAN. Yo...
 GLOR. Mi...
 M'COM. La señora...
 VAL. Usted...
 BOH. (Atronándolos con sus palabras.) Los cuatro hablando á la vez.
- (Atronándolos con sus palabras.) Un momento. (Silencio sepulcral.) Permitame. Siéntense todos. (Obedecen humildemente. Gloria toma el sillón de cuero de la chimenea, Valentine se desliza hacia ella y se sienta en la otomana en frente de la vidriera, de modo que pueda mirarla. Crampton se sienta en la otomana de espaldas á Valentine. Mistress Clandon, quien durante todo el tiempo ha estado al extremo opuesto de la habitación para evitar á Crampton lo más posible, se sienta cerca de la puerta con McComas á su lado, á la izquierda. Bohun se coloca presidencialmente en medio del grupo cerca del ángulo de la mesa al lado de mistress Clandon. Cuando todos han tomado asiento, fija su vista en Crampton y empieza) En esta familia, por lo visto, el apellido del esposo es Crampton, el de la esposa Clandon. Así, pues, desde un principio se nos presenta un elemento de confusión.
- VAL. (Levantándose y hablando en su dirección con una rodilla en la otomana.) Pero si es muy sencillo...
 BOH. (Aniquilándole con un trueno vocal.) Lo sé. Mistress Clandon tomó otro apellido. Esa es la obvia explicación que temió usted que no pudiera yo encontrar sólo. Me toma usted por un tonto, mister Valentine; (Parándole al ver que va á protestar.) no diga usted nada, y antes de interrumpirme, piénselo.
- VAL. (Aplastado.) Eso es sencillamente buscarle cin-

co pies al gato. ¿Qué más da un apellido que otro? (Se vuelve á sentar.)

BoH. Le voy á decir, caballero, lo que importa al caso. Importa que si esta diferencia de familia ha de allanarse como todos esperamos, mistress Clandon, por conveniencia social y por decoro, tendrá que volver á llevar el apellido de su marido. (Mistress Clandon adopta una expresión de obstinación decidida.) O mister Crampton tendrá que llamarse mister Clandon. (Crampton toma un aire que quiere decir que no piensa en hacer cosa por el estilo.) ¿Usted cree que ese es un asunto facil, mister Valentine? (Mira con atención á mistress Clandon luego á Crampton.) Por mi parte no lo creo. (Se echa hacia atrás en su silla y frunce las cejas.)

M'COM. (Timidamente.) Opino, Bohun, que deberíamos ocuparnos primero de las cuestiones de monta.

BoH. McComas, le digo que no habrá dificultades por las cuestiones de monta. No las hay nunca. Son los detalles insignificantes los que nos darán que hacer. (McComas parece considerar eso como una paradoja.) No está usted conforme conmigo, ¿eh?

M'COM. (Aduñador.) Si lo estuviese...

BoH. (Interrumpiéndole.) Si lo estuviese usted, sería usted lo que soy, en vez de ser lo que es usted.

M'COM. (Rebajándose.) Naturalmente, Bohun, su especialidad de usted...

BoH.. (Interrumpiéndole otra vez.) Mi especialidad consiste en tener razón cuando otros no la tienen. Si estuviese usted conforme conmigo, maldita la falta que hacía yo aquí. (Con un meneo de cabeza da por terminado el incidente; luego se vuelve de repente hacia Crampton.) Ahora usted, mister Crampton, dígame: ¿cuál es el punto en este asunto que más le importa?

CRAM. (Hablando despacio.) Quisiera prescindir de toda consideración egoísta...

BoH. (Interrumpiéndole.) Es lo que hacemos todos, mister Crampton. (A mistress Clandon.) ¿Quiere usted también, mistress Clandon, prescindir de todo egoísmo?

- CLAN. Sí. Al estar aquí no consulto ni siquiera mis sentimientos.
- BOH. ¿Usted también, miss Clandon, piersa así?
- GLOR. Sí, señor.
- BOH. Ya lo dije. Todos estamos en el mismo caso.
- VAL. Excepto yo. Mis fines son egoístas.
- BOH. Eso es porque se figura que el afectar sinceridad producirá mejor efecto en miss Clandon que el afectar desinterés. (Valentine, completamente desconcertado por esa justa observación, acude á una sonrisa débil y muda. Bohun, satisfecho de haber eficazmente ahogado toda rebelión, se echa atrás en su silla, con el aire de estar dispuesto á oír con tolerancia todas las quejas.) Ahora, mister Crampton, empiece usted. Queda sentado que el egoísmo no tiene cabida aquí. Las personas empiezan siempre con esa afirmación.
- CRAM. Pero yo lo pienso.
- BOH. Bien, pues. A ver ese punto.
- CRAM. Toda persona razonable reconocerá que está desprovisto de todo egoísmo. Conciérne á los niños.
- BOH. Bueno. ¿Qué hay de los niños?
- CRAM. (con emoción.) Ellos han...
- BOH. (Interrumpiéndole.) ¡Alto! Nos va usted á hablar de sus sentimientos, mister Crampton. No lo haga. Simpatizo, pero no tengo nada que ver con ellos. Díganos exactamente lo que desea, á eso vamos.
- CRAM. (cohibido) Es una pregunta muy difícil de contestar, mister Bohun.
- BOH. Vamos, voy á ayudarle. ¿Qué tiene usted que objetar en lo de los niños?
- CRAM. Pues protesto contra la manera de que se han criado. (La frente de mistress Clandon se frunce significativamente.)
- BOH. ¿Como cree usted que esto podría ahora cambiarse?
- CRAM. Pido, ante todo, que se vistan de un modo más sencillo.
- VAL. ¡Tontería!
- BOH. (Echándose otra vez hacia atrás en su silla, ofendido)

por la interrupción de Valentine.) Cuando haya usted concluido, mister Valentine, cuando haya concluido de veras...

VAL. ¿Qué se puede decir del traje de miss Clandon?

GRAM. (Acalorándose, á Valentine.) Mi opinión vale tanto como la de usted.

GLOR. (Reprendiéndole con suavidad.) Papá.

GRAM. (Cediendo.) No aludo á tí, querida. (Hablando serio á Bohun.) ¡Pero, los dos más jóvenes! Usted no los ha visto, mister Bohun. Si no, tendría que confesar que visten de un modo frívolo y demasiado llamativo.

CLAN. (Impaciente.) ¿Cree usted que yo encargo sus trajes? Realmente, esto es infantil.

GRAM. (Levantándose furioso.) ¡Infantil! (Mistress Clandon se levanta indignada.)

M'CCOM { (Todos se levantan y hablan á la vez.) Crampton,
VAL. { usted prometió... Es ridículo. Visten de un
GLOR. { modo encantador. Vamos, tengamos juicio.

(Tumulto. De repente oyen un tintineo de copas en la habitación contigua. Se vuelven, avergonzados, y ven que el Camarero acaba de volver del bar del jardín y hace sonar las copas al colocar la bandeja en la mesa con cuidado. Se produce un silencio profundo.)

CAM: (A Crampton, colocando un bock delante de él en la mesa.) Su cerveza, señor. (Crampton se sienta un poco ruborizado. El Camarero pone otro vaso y un sifón aparte, diciendo á Bohun:) Whi-ky y sifón para usted, señor. (Bohun agita impaciente una mano. El Camarero coloca en el centro una gran ponchera de cristal.) La limonada. (Todos vuelven á sus asientos. Reina la paz.)

CLAN. (Humildemente á Bohun.) Temo que le hayamos interrumpido, mister Bohun.

BOH. (Con calma.) Así es. (Al Camarero, quien va á salir.) Espere usted un momento.

CAM. Bien, señor, bien. (Se coloca detrás de la silla de Bohun.)

CLAN. (Al Camarero.) Dispense usted que le detengamos. Mister Bohun lo desea.

CAM. (Ahora del todo repuesto.) No haga usted caso, señora. Para mí es un placer escucharle. ¡Como es tan listo y tan sabio!

BOH. (Reanudando los debates.) Ahora, mister Crampton, estamos esperando su decisión. ¿Retira usted su objeción contra el modo de vestir de sus hijos ó la mantiene?

CRAM. (Defendiéndose.) Mister Bohun, considere usted un momento mi situación. Yo tengo que tener en cuenta no solamente mis propias ideas, sino también las de mi hermana Sofronía y de mi cuñado y de todas sus relaciones. Tienen un horror grande á todo lo que sea... sea... pues...

BOH. Vamos, dígalo de una vez.

CRAM. No sé cómo decirlo. (Desesperado.) Vaya, que esos dos chicos les chocaría. No valen para frecuentar á mis sobrinos. Y es lo que siento.

CLAN. (Con ira reprimida.) Mister Valentine, ¿ha notado usted algo de particular en Dolly y Felipe?

VAL. Yo, nada. Sandeces. Visten con un gusto exquisito.

CRAM. Eso lo dice usted.

CLAN. William, usted ve á diario á personas de la buena sociedad inglesa. Dígame francamente. ¿Le ha chocado á usted algo en el modo de vestir de mis hijos?

CAM. (Con convicción.) Nada, nada, señora. (Persuasivo.) Le aseguro á usted, caballero, que no se puede pedir más en gusto, elegancia y buen tono. Podrían ser los hijos de un deán, le aseguro, señor, y todo el mundo los encontraría correctos. No hay más que mirarlos...

(En este momento, un Arlequín y una Colombina bailando con la música de la banda tocando en el jardín un vals, entran girando en la habitación. El traje de Arlequín se compone de pequeños losanjes azules y dorados alternativamente. Lleva un espadón dorado, y su careta está puesta en la frente dejando el rostro descubierto. Las faldas de la Colombina representan un campo de trigo durante la recolección: es de color oro, naranja y rojo amapola. Una pequeña chaqueta de terciopelo representa los estambres de la amapola. Pasa la linda pareja por entre McComas y Bohun, y luego describe un círculo alrededor de la mesa á cuyo extremo, al concluirse el vals, se quedan parados en

medio de la reunión, formando un cuadro viviente: el Arlequín con la rodilla izquierda puesta en tierra y la Colombina en pie en su rodilla derecha, con los brazos graciosamente encorvados por encima de la cabeza. Sin embargo, esa posición no resulta muy bien y amenaza con terminar con una catástrofe.)

COL. (Gritando.) ¡Que me bajen! ¡Que me voy á caer! ¡Papá, bájame!

GRAM. (Corriendo hacia ella y cogiéndola de la mano.) ¡Hija mía!

DOLLY (Baja de un salto con su ayuda.) Gracias, papá, por tu amabilidad. (Felipe se cuelga el espadón, se sienta en un lado de la mesa y se echa algo de limonada en una copa. Crampton vuelve á la otomana.) ¡Qué bueno estuvo aquello! ¡Lo que nos hemos divertido! (Se sienta, de un salto, en el otro lado de la mesa y alienta con trabajo.) ¡Oh, limonada, qué bien! (Bebe.)

BOH. (Con voz de trueno.) ¿Esta es la señorita más joven?

DOLLY (Bajándose precipitadamente de la mesa, asustada por su voz formidable.) Sí, señor. Y usted, ¿quién es?

CLAN. Este señor es mister Bohun, quien tiene la amabilidad de venir esta noche á arreglar asuntos de familia.

DOLLY Entonces bien *bohunido* sea.

FEL. Calla, tonta. ¿Crées que eso es chiste?

GRAM. Mister Bohun, McComas, apelo á ustedes. Díganme francamente: ¿está bien eso? ¿Tendría algo de particular que la familia de mi hermana protestase contra semejantes maneras?

DOLLY (Poniéndose roja.) ¡Otra vez con la misma!

GRAM. (Conciliador.) Bien, bien; después de todo, es natural á tu edad.

DOLLY (Obstinada.) Mi edad no importa. ¿Está bien hecho?

GRAM. Sí, hija, sí. (Se sienta con humildad.)

DOLLY (Insistiendo.) ¿Te gusta?

GRAM. Pero, hija, ¿cómo puedes suponer que ese modo de ser me guste y que lo apruebe?

DOLLY (Resuelta á no dejarle en paz.) Si no te gusta, ¿por que dices que está bien hecho?

M'COM. (Levantándose enfadado y escandalizado.) La ver-

dad, debo confesar... (Bohun, quien ha escuchado á Dolly con la aprobación más manifiesta, está al quite inmediatamente.)

BOH Dispense, no interrumpa usted, McComas. El método de la señorita es excelente. (A Dolly con clamoroso énfasis.) Apriete usted, mistress Clandon, apriete.

DOLLY (Volviéndose hacia Bohun.) Por Dios, usted gusta de usar la violencia, por lo visto. ¿Procede usted siempre así?

BOH. (Levantándose.) Siempre. No trate usted de apurarme, señorita, que es usted demasiado joven para eso. (Coge la silla de McComas de al lado de mistress Clandon y la coloca al lado de la suya.) Siéntese. (Dolly, fascinada, obedece, y Bohun se vuelve á sentar. McComas, privado de su asiento, coge una silla en el otro lado, entre la mesa y la otomana.) Ahora, mister Crampton, la situación es la siguiente: usted cree le gustaría que sus dos hijos menores viviesen á su lado de usted. Pero no le gustaría.. (Crampton trata de protestar, pero Bohun no lo permite en manera alguna.) no, no le gustaría; usted se figura que le gustaría, pero yo sé mejor lo que hay. Usted quisiera que esta señorita renunciase para siempre á vestirse como una colombina de teatro por la noche y como una colombina á la moda por el día. Pues bien, ella no renunciará. Ella cree que sí, pero...

DOLLY (Interrumpiéndole) No, no lo creo. (Con resolución.) Nunca renunciaré á vestir bonitamente. Nunca. Como dijo Gloria á aquel pretendiente en Madera: nunca, nunca, nunca, mientras crezca yerba y corra agua.

VAL. (Levantándose con la mayor agitación.) ¡Qué, qué! (Hablando atropelladamente.) ¿Cuándo dijo eso? ¿A quién dijo eso?

BOH. (Echándose hacia atrás con aire autoritario.) Le ruego á usted, mister Valentine...

VAL. (Apasionado.) Caballero, no me interrumpa usted, que este es asunto serio. Insisto en saber á quién dijo aquello miss Clandon.

DOLLY Tal vez lo recuerde Felipe. ¿Qué fué, Felipe? ¿El número tres ó el número cinco?

- VAL. ¡El número cinco!!
FEL. ¡Animo, Valentine! No fué el número cinco, fué sólo un tímido alférez de navío que no la dejaba ni á sol ni á sombra, el más paciente é inocente de los mortales.
- GLOR. (Con frialdad.) ¿Qué están ustedes discutiendo?
VAL. (Muy colorado.) Dispénsenme, siento haber interrumpido. No volveré á entrometerme, mistress Clandon. (Se inclina delante de mistress Clandon y sale al jardín, hirviendo con rabia reprimida.)
- DOLLY ¡Hum! ¡Hum!
FEL. ¡Ah! ¡Ah!
GLOR. Haga usted el favor de proseguir, mister Bohun.
- DOLLY (Interrumpiéndole al ver que Bohun, frunciendo formidablemente la frente, se recoge para un nuevo avance.) Se ha empeñado usted en meternos miedo, mister Bohun.
- BOH. Yo...
DOLLY (Interrumpiéndole.) Ya lo creo que se empeña en eso. Se figura que no, pero es así. Lo conozco por sus cejas.
- BOH. (Capitulando.) Mistress Clandon, estos son niños listos, de clara inteligencia, muy bien educados. Lo declaro sin rebozo. En cambio, ¿puede usted indicarme algún medio para hacer que se callen?
- CLAN. Dolly, querida...
FEL. Nuestro defecto antiguo, Dolly. Silencio. (Dolly mantiene la boca cerrada con los dedos.)
- CLAN. Ahora, mister Bohun, antes de que empiecen otra vez...
- CAM. (En voz baja.) Pronto, pronto.
DOLLY (Guiñándole un ojo.) El buenazo de William.
FEL. ¡Christ!
BOH. (Se dispara de repente con voz tonitruante, dirigiéndose á Dolly.) ¿Tiene usted alguna intención de casarse?
- DOLLY ¡Yo! No sé. Finch me llamó una vez Dorothea.
- M'COM. A mí no me metan en líos. Mister Bohun, si á esa señorita la traté con alguna confianza, fué como á hija de mi antigua amiga.

- DOLLY. Pues me pareció notar cierta simpatía...
(McComas se levanta indignado.)
- CRAM. (Se levanta solícito á contenerle.) No se sulfure, McComas. No riñamos. Tenga usted paciencia.
- M'COM. No quiero tener paciencia. Eso es demasiado. Me choca su debilidad de carácter, amigo Crampton. Digo que es monstruoso.
- DOLLY. Mister Bohun, métale en cintura á Finch.
- BOH. Voy. Oiga usted, McComas, está usted haciendo el ridículo. Siéntese.
- M'COM. Yo...
- BOH. (Con ademán imperativo.) Nada, siéntese, siéntese. (McComas se sienta cabizbajo, y Crampton, muy aliviado, vuelve á la otomana.)
- DOLLY. Gracias, Bohun.
- BOH. Ahora escúchenme ustedes todos. No me meto, McComas, en si usted ha tenido ó no ha tenido las confianzas que dice esa señorita. (McComas quiere protestar.) Nada, no me interrumpa; si no se casa con usted se casará con cualquiera otro. Y esto ofrece la solución de la dificultad, dimanando de no llevar ella el apellido de su padre. La hermana mayor también desea casarse.
- GLOR. (Ruborizándose.) ¡Mister Bohun!
- BOH. Sí lo desea. Se figura que no lo desea, pero lo desea.
- GLOR. (Levantándose.) Haga usted el favor de callar. ¿Qué sabe usted de mis intenciones?
- BOH. (Levantándose.) Es inútil, miss Clandon; á mí no me engaña. Le digo á usted que dentro de poco su apellido no será ni Clandon ni Crampton, y si quisiera, podría decirle el apellido que llevará. (Va al otro extremo de la mesa, en donde desdobra su dominó y coloca en la mesa la nariz postiza. Todos se levantan y Felipe va hacia la vidriera. Bohun, con un ademán, manda al Camarero que le ayude á vestirse.) Mister Crampton, su intención de dirigirse á los tribunales es un absurdo; sus hijos de usted serán mayores de edad antes de que haya recaído fallo. (Dejando que el Camarero le ponga el dominó.) Aquí no cabe más que un arreglo amistoso.

- Si usted necesita á su familia más que ella á usted, sacará usted la peor parte; en cambio si su familia le necesita más á usted que usted á ella, saldrá usted con ventaja. (Se lisa el dominó con la mano y coge la nariz postiza. Dolly le mira con admiración.) La fuerza de la posición de su familia reside en ser personas sumamente simpáticas. La de usted estriba en su cuantiosa fortuna. (Se pone la nariz postiza, quedando de nuevo grotescamente transformado.)
- DOLLY. (Corriendo hacia él.) ¡Oh! Ahora se parece usted siquiera á un ser humano. ¿No quiere usted bailar conmigo? ¿Sabe usted bailar? (Felipe volviendo á su papel de arlequín, blande su espadón como para embrujarlos.)
- BOH. (Estruendoso.) Sí, sé. Se figura usted que no sé, pero sé. Véngase conmigo. (La coge y se aleja por la vidriera bailando y haciendo temblar las paredes, pero con propiedad y ligereza. Mientras tanto el Camarero se ocupa en volver las sillas á su sitio acostumbrado.)
- FEL. ¡Adelante con los faroles! Puede el baile continuar. Oiga, William.
- CAM. Mande, señorito.
- FEL. ¿Puede usted proporcionar un par de dominós y de narices postizas para mi padre y mister McComas?
- M'COM. Para mí, no; en mi vida. Protesto...
- GRAM. Vamos, hombre, ¿qué mal hay en ello, por una vez, McComas? No seamos aguafiestas.
- M'COM. Crampton, usted no es el hombre que yo creía. (Aspero.) Los malos genios siempre son unos cobardes. (Va asqueado hacia la vidriera.)
- GRAM. (siguiéndole.) No se enfade usted. Hay que ser complaciente. Traiga los disfraces, Camarero.
- CAM. Voy corriendo. (Va delante de ellos hasta la vidriera y luego se pone á un lado para dejarlos pasar.) Por aquí, señores. ¿También querran narices?
- M'COM. (Furioso, al salir.) Me basta con las mías.
- GRAM. (Volviéndose á la salida hacia Felipe en un arranque de cariño paternal.) Vente con nosotros, hijo mío, vente. (Sale.)

- FEL. (Siguiéndole con alegría) Voy, papá, voy. (En el umbral de la vidriera se para y sigue á Crampton con la mirada; luego, colocándose el espadón dorado por encima de la cabeza, dice en voz baja á mistress Clandon y Gloria.) ¿Comprendéis lo patético de la situación? (Desaparece.)
- CLAN. (Sola, con Gloria.) ¿Por qué salió mister Valentine tan bruscamente? Me ha chocado.
- GLOR. (Malhumorada.) No sé. Es decir, sí lo sé. Vamos á ver cómo bailan. (Van hacia la vidriera y encuentran á Valentine que viene del jardín con expresión de tristeza.)
- VAL. (Con tono seco.) Dispénsame. Creí que toda la reunión se había dispersado ya.
- GLOR. (De mal talante.) Entonces, ¿por qué ha vuelto usted?
- VAL. He vuelto porque no tengo un penique. Por allí no puedo salir sin tomar una entrada de cinco chelines.
- CLAN. No sé qué le noto, mister Valentine. Parece que algo le ha molestado.
- GLOR. No hagas caso, mamá. Eso es un nuevo insulto para mí, nada más.
- CLAN. (Sin notar que Gloria intencionadamente está buscando un altercado.) ¡Gloria!
- VAL. Mistress Clandon, diga usted, ¿he dicho algo insultante? ¿He hecho algo insultante?
- GLOR. Aunque callando ha dado usted á entender que mi pasado es igual al de usted. Ese es el peor de los insultos.
- VAL. Yo no he dado á entender nada. Declaro además que mi pasado es intachable en comparación con el suyo.
- CLAN. (Muy indignada.) ¡Mister Valentine!
- VAL. ¿Qué quiere usted que piense cuando me entero de que su hija se ha expresado exactamente igual con otros hombres que conmigo, cuando oigo que ha tenido ya por lo menos cinco novios, sin contar un alferez de navío tímido? Eso ya es demasiado, ¿sabe usted?
- CLAN. Pero, mister Valentine, ¿ha podido usted tomar en serio esas bromas de los niños?
- VAL. Serán bromas para usted, para ella quizás.

Pero me figuro lo que con ellas habrán sufrido aquellos hombres. (Con cómica y verdadera sinceridad.) No tiene usted presentes las existencias aniquiladas, los casamientos, contraídos por desesperación y los suicidios, los.. los... los..

GLOR. (Interrumpiéndole con desdén.) Mamá, este hombre es un idiota sentimental. (Se aleja hacia la chimenea.)

CLAN. (Sobrecogida.) ¡Por Dios, hija mía, esa es una grosería!

VAL. No soy un idiota sentimental. Lo fui. Ya estoy curado para siempre. (Se sienta mohino.)

CLAN. Mister Valentine, nos tiene usted que dispensar á todos. Las mujeres tienen que olvidar los falsos buenos modales de su esclavitud antes de adquirir los verdaderos buenos modales de su libertad. No crea usted que Gloria es una mujer vulgar, (Gloria se vuelve atónita hacia ella.) no lo es.

GLOR. ¡Mamá, le haces excusas por mí!

CLAN. Querida mía, tienes algunos defectos de la juventud así como tienes sus cualidades; y mister Valentine parece tener ideas demasiado anticuadas respecto de su propio sexo para que guste de que le llamen idiota. Pero creo que lo mejor será que nos vayamos á ver lo que hace Dolly. (Va hacia la vidriera. Valentine se levanta.)

GLOR. Vete tú, mamá. Deseo hablar á solas con mister Valentine.

CLAN. (Quiere reprenderla.) Querida mía... (Recordándose.) Dispensa, Gloria. Haz lo que te parezca. (Se inclina hacia Valentine y sale.)

VAL. ¡Lástima que no sea viuda su mamá de usted! Vale mil veces más que usted.

GLOR. Esta es la primera cosa buena que le oigo decir á usted.

VAL. Tonterías. Mire, dígame lo que tiene que decirme y déjeme marchar.

GLOR. No tengo que decir más que lo siguiente. Me ha rebajado usted por un momento esta tarde á su propio nivel. ¿Cree usted, si aquello me hubiese pasado ya una vez antes,

que no hubiera yo estado apercebida, que no hubiera sabido lo que iba á suceder, que no hubiera desconfiado de mi mísera debilidad?

VAL. (Riñendo con apasionamiento.) No hable usted de ese modo. ¿A mí qué me importa sino lo que llama usted su debilidad? Se creyó usted muy segura, ¿verdad?, parapetada detrás de sus ideas avanzadas. Pues encontré una satisfacción en arrollarlas al primer asalto.

GLOR. (Insolente al sentir que ahora puede hacer con él lo que quiera.) ¿De veras?

VAL. ¿Pero por qué lo hice? Porque me tentó el deseo de despertar su corazón, de remover las profundidades en usted. ¿Por qué estuve tentado? Porque la Naturaleza, cuando yo quería bromear con usted, tenía conmigo designios muy serios. Cuando llegó el momento supremo, ¿quién fué despertado? ¿quién fué removido? Yo, yo. Me sentí arrojado; usted sólo se extrañó y se ofendió. Usted es una señorita como hay miles, demasiado vulgar para permitir á los alféreces tímidos ir tan lejos como fui yo. Eso es todo. No quiero molestarla con reconvenciones usuales. Adiós. (Se vuelve decidido hacia la izquierda.)

GLOR. Espere. (Él vacila.) Si le digo la verdad, ¿no se figurará que le quiero hacer concesiones?

VAL. ¡Bah! Ya sé lo que me va á decir. Que no es usted vulgar y adocenada, que yo tenía razón, que usted realmente tiene sentimientos profundos. Se lisonjea usted con creerlo. (Ella retrocede.) Bien, concedo que no es usted vulgar bajo todos conceptos; es usted una muchacha lista, (Gloria aboga una exclamación de rabia y avanza amenazadora hacia él.) pero todavía no ha sido despertada. Yo no le llamé la atención, le soy indiferente. Esa es mi tragedia, no la suya. Adiós. (Va hacia la puerta. Ella le sigue con la mirada espantada con verle escapar de sus manos. Al poner la mano en el picaporte, se para; luego vuelve hacia ella, tendiéndole la mano. Separémonos sin reñir.)

GLOR. (Se alegra de su medio triunfo y volviéndole la espalda con toda intención.) Adiós. Espero que las heridas de su corazón pronto se cicatrizarán.

VAL. (Conoce de repente que, á pesar de todo, queda dueño de la situación.) Me pondré bueno otra vez: esas heridas sanan sin dañar. Después de todo, todavía tengo á mi Gloria.

GLOR. (Mirándole de frente.) ¿Qué quiere usted decir con eso?

VAL. La Gloria de mis pensamientos.

GLOR. (Orgullosa.) Quédese con esa Gloria... la Gloria de sus pensamientos. (Su emoción empieza á abrirse camino al través de su orgullo.) La verdadera Gloria, la mujer despreciada, ofendida, horrorizada... sí, sí... casi enloquecida por la vergüenza de que todo su dominio de sí misma había quedado por los suelos á su primer encuentro con... con... (Se ruboriza otra vez y se tapa la cara con la mano izquierda, mientras pone la derecha sobre el brazo izquierdo de Valentine para sostenerse)

VAL. Tenga usted cuidado, que estoy perdiendo el juicio otra vez. (Reconcentrando todo su ánimo quita la mano de la cara y la coloca en su hombro derecho volviéndole hacia sí y mirándole á los ojos. Él empieza á protestar agitadamente.) Gloria, no sea usted loca; es inútil, no tengo un penique ni por donde me venga.

GLOR. ¿No puede usted ganar dinero? Otros hombres lo hacen.

VAL. (Medio encantado, medlo asustado.) Yo no sé... serías desgraciada... amor mío. No sería más que un cazador de dotes si... (Ella le abraza y le besa.) ¡Dios mío! (sin aliento.) ¡Oh! yo... (Casi sollozando.) no entiendo nada á las mujeres; doce años de experiencia no bastan. (En un arranque de celos le rechaza y él cae en la silla como una hoja empujada por el viento, cuando entra Dolly bailando, valsando con el Camarero seguida de mistress Clandon y Finch que valsan juntos y Felipe que hace piruetas solo.)

DOLLY (Cayendo en la silla á la mesa de escribir.) ¡Oh! no puedo respirar. ¡Qué bien valsa usted, William!

- CLAN. (Desplomándose en el sillón de cuero de la chimenea.) ¡Oh! Finch, ¿cómo pudo usted inducirme á esas locuras? Hace veinte años que no había bailado.
- GLOR. (Imperativa á Valentine.) Levántese. (Valentine se levanta cabizbajo.) ¡Fuera escrúpulos falsos! Díga usted á mi madre que hemos acordado casarnos. (Un silencio de estupefacción sigue. Valentine, cogido de pánico, los mira como si pensara en escaparse.)
- DOLLY (Interrumpiendo el silencio.) El número seis.
- FEL. ¡Chist!
- DOLLY (Tumultuoso.) ¡Oh! mis sentimientos. Necesito besar á alguien y dentro de la familia nadie quiere. ¿Dónde está Finch?
- M'COM. (Con brusquedad.) De ninguna manera. (Crampton aparece en la vidriera.)
- DOLLY (Corriendo hacia Crampton.) Vienes á punto, papá. (Le besa.) Ahora (Llevándole adelante.) bendícelos.
- GLOR. No. No quiero eso, ni en broma. Si necesito una bendición, pediré la de mi madre.
- CRAM. (A Gloria, con profunda desilusión.) ¿He de entender que te has prometido á ese joven?
- GLOR. (Resueltamente.) Sí. ¿Piensas ser nuestro amigo ó...
- DOLLY (Interviniendo.) ... ó nuestro padre?
- CRAM. Quisiera ser ambas cosas, hija mía. Pero, en verdad, mister Valentine, apelo á sus sentimientos de honor.
- VAL. Tiene usted razón. Es una locura. Cuando vayamos juntos al baile tendré que pedirle á ella prestados cinco chelines para la entrada. Gloria, no se precipite, que se está usted malbaratando. Lo mejor será que me vaya y que no vuelvan ustedes á verme. No me suicidaré, ni siquiera seré desgraciado. Para mí será un alivio el alejarme; estoy asustado, literalmente asustado, no crean que es mentira.
- GLOR. (Determinada.) Usted no se va.
- VAL. (Sumiso.) No, querida, claro que no. Pero... no hay nadie aquí que hable con juicio y nos devuelva la razón á todos. Yo no puedo.

¿Dónde está Bohun? Bohun es nuestro hombre. Felipe, haga usted el favor de traer á Bohun...

FEL. Le traigo al instante, vivo ó muerto. (Hace molinetes en el aire con su espadón y sale corriendo.)

CAM. (Suavemente á Valentine.) Dispénsame que le dirija la palabra, señor, para decirle, que no deje usted que una cuestión de cinco chelines sea obstáculo para su dicha. Cuando usted quiera puede usted entrar en el baile y pagará cuando quiera y le convenga. Tendremos mucho gusto en complacerle en esto.

FEL. (Reaparece.) Ya viene. (Esgrime el espadón delante de la vidriera Bohun entra quitándose la nariz postiza y tirándola sobre la mesa al pasar entre Gloria y Valentine.)

VAL. El caso es, mister Bohun...

M'COM. (Interrumpiendo desde la chimenea.) Dispense usted: hace falta que sea un abogado el que le explique el caso. Pues bien, estos dos jóvenes se han dado palabra de casarse. La señorita tiene alguna fortuna y (Mirando á Crampton.) tendrá luego probablemente más aún.

CRAM. Es posible. Lo espero.

VAL. Y el señor no tiene un penique.

BOH. (Cogiéndolas al vuelo, á Valentine.) Entonces insista usted en que se haga un contrato matrimonial. Eso ofende su delicadeza; sucede ordinariamente con las precauciones más razonables. Pero me pide usted su consejo y se lo doy. Haga contrato.

GLOR. (Altanera.) Tendrá su contrato.

VAL. Caballero, no necesito consejo para mí. Dé-selo usted á ella.

BOH. No lo aceptaría. Cuando esté usted casado con ella tampoco aceptará consejos de usted. (Volviéndose de repente hacia Gloria.) Le digo á usted que no. Usted se figura que los aceptará, pero no los aceptará. El trabajará y ganará dinero. (Volviéndose de repente hacia Valentine.) ¡Oh! sí, le aseguro; usted se figura que no, pero trabajará, y mucho. Ya le hará ella trabajar.

- CRAM. (Sólo medio persuadido.) Entonces, mister Bohun, ¿no cree usted que ese matrimonio sea una locura?
- BOH. Sí lo creo; todos los matrimonios son una locura. Es una locura nacer, es una locura casarse; es una locura vivir; cuerdo es el morir.
- CAM. (Metiéndose entre Crampton y Valentine.) Tanto peor para la cordura, señores; si me permiten ustedes decir mi opinión. (A Valentine con bondad.) Anímese, señor, anímese: todos los hombres se asustan cuando se trata de casarse, pero muchas veces el matrimonio resulta muy agradable, muy deleitoso y dichoso, señor, de vez en cuando. Yo nunca he mandado en mi casa; mi mujer se parecía á la señorita, (Por Gloria.) tenía un carácter enérgico y dominante que lo heredó mi hijo. Pero si tuviese que vivir otra vez mi vida, haría lo mismo otra vez, se lo aseguro. ¿Quién sabe lo que es la dicha, quién sabe?
- FEL. Permítame que diga que si Gloria está decidida...
- DOLLY No hay más que hablar, y estamos perdiendo lástimosamente todos los bailes.
- VAL. (Galantemente á Gloria.) ¿Será para mí este primer baile?
- BOH. (Interponiéndose con decisión.) Dispense usted. Reclamo ese privilegio á guisa de honorarios de abogado. ¿Me hará usted el honor? Gracias. (Se aleja bailando con Gloria y desaparece entre los farolillos dejando á Valentine con la boca abierta.)
- VAL. (Recobrando el habla.) Dolly... ¿quiere usted?... (Ofreciéndose para bailar.)
- DOLLY Tontería. (Evitándole y corriendo alrededor de la mesa para dirigirse á la chimenea.) Finch, mi Finch. (Se precipita sobre McComas y le obliga á bailar.)
- M'COM. ¡Por Dios! suélteme, realmente... (Es arrastrado, bailando, hacia fuera.)
- VAL. (Haciendo un último esfuerzo.) Mistress Clandon ¿me permite...?
- FEL. (Llegando antes que él.) Ven, mamá. (Coge á su madre y la hace salir en vertiginoso baile.)

- CLAN (reprendiéndole.) Felipe, vamos, Felipe... (Comparte la suerte de McComas.)
- GRAM (Siguiéndolos con alegría senil.) ¡Eh! ¡eh! ¡Ji, ji ji!
- VAL. (Sale al jardín riéndose de la broma.)
(Se desploma en la otomana y mira al Camarero, como extraviado.) No parece sino que ya estoy casado. (El Camarero meneaba suavemente la cabeza y contempla con cariñosa compasión el caído en la lucha de sexos.)
-

Precio: DOS pesetas